

RETORCIDO

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

natasha knight

RETORCIDO

LEGADO OSCURO
LIBRO 3

NATASHA KNIGHT

Traducido por
FLOR SILVA MEURINNE

Derechos de autor

Copyright © 2024 por Natasha Knight

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Portada de Coverluv

ÍNDICE

Nota de la Autora
Prólogo
1. Gregory
2. Amelia
3. Gregory
4. Amelia
5. Gregory
6. Amelia
7. Gregory
8. Amelia
9. Gregory
10. Amelia
11. Amelia
12. Gregory
13. Amelia
14. Amelia
15. Gregory
16. Amelia
17. Gregory
18. Amelia
19. Amelia
20. Gregory
21. Amelia
22. Amelia
23. Gregory
24. Amelia
25. Gregory
26. Amelia
27. Gregory
28. Gregory
29. Amelia
30. Gregory
Epílogo 1
Epílogo 2
Muestra de Daño

Acerca del Autor

NOTA DE LA AUTORA

Retorcido es el tercer libro de la trilogía Legado oscuro. Te recomiendo que leas Cautiva y Dividida antes de leer Retorcido.

¡Puedes encontrar los enlaces de compra para Cautiva aquí para Dividida aquí!

PRÓLOGO

AMELIA

Dice que juntos lo retorcieron.

Le dieron forma al monstruo en el que se ha convertido.

Pero no puedes convertirte en algo que no estuvo dentro de ti todo el tiempo.

Una lágrima cae sobre el cuaderno de bocetos en mi regazo, la gota desdibuja el grafito. La limpio con la punta de mi dedo y veo cómo la mancha se extiende hasta el borde de la página.

Parece que no puedo dejar de dibujar esa noche.

La noche en que los hermanos Scafoni acecharon en nuestra casa y nos hicieron usar esas vestiduras podridas y repugnantes y nos obligaron a pararnos en esos bloques antiguos mientras Sebastian Scafoni, el maldito primogénito, nos miraba como si fuéramos ganando.

No puedo dejar de dibujar la mirada en su rostro cuando vio a Helena.

Incluso si no estuviera atada como estaba, ella habría destacado.

Siempre pensó que era el patito feo, pero es la más hermosa de todas. Es especial. Siempre lo ha sido. Diferente de nosotras. Y mucho más fuerte.

Mierda.

Me paso el dorso de la mano por la nariz y escucho el sonido de las lágrimas que caen gordas y pesadas sobre la página y esta vez, cuando pongo la mano sobre el boceto, es para untar la humedad como si pudiera borrar esa noche. Sacarla de la página. Eliminarla de la historia como si nunca hubiera sucedido.

—Oh, mira lo que has hecho —dice. Su voz es profunda y baja, y juro que puedo sentirla tanto como escucharla.

Él me coge la mano con la suya enguantada y la retira.

—Está arruinada.

Lo miro. Por fin me obligo a mirarlo.

—Te odio.

Sonríe. Encoge un hombro, su agarre crece infinitamente más fuerte.

Miro mi palma, que es negra por el lápiz, y miro la página que tengo delante.

Tiene razón. Está arruinada.

Pero no importa. Tengo docenas así.

Cientos.

Miles.

No puedo dejar de dibujar esa noche.

No puede evitar que suceda.

No se puede impedir que los malditos Scafoni entren en nuestras vidas, alterando todo. Llegan a nuestra casa como reyes, como si fueran dueños del lugar.

Aunque, supongo que así es.

Lo poseían todo. Nuestra casa. Nuestras tierras. Nuestros padres.

Mi hermana.

A mí.

Me obligo a encontrarme con los oscuros ojos de Gregory Scafoni con sus extrañas motas turquesas y me pregunto cómo pude pensar que era un ángel.

Mi ángel.

Mi salvador.

Cuando todo lo que es, es el diablo.

GREGORY

La he estado observando durante semanas.

Siguiéndola desde las sombras. Siempre cerca.

Al acecho, como un fantasma.

Y es algo bueno para ella porque no soy el único monstruo en estas calles. Parece atraerlos como abejas a la miel.

Una muy, muy dulce miel.

Siente mi presencia. Lo sé.

Lo veo en la forma en que mira por encima del hombro cuando sale a la calle. La forma en que escanea cada habitación en la que entra.

Incluso dentro de su apartamento prestado, sabe que no está sola.

No está segura.

No fue difícil encontrarla. Arreglar todo para ella.

Y esta noche, después de todos los preparativos, toda la espera, cosecharé mi propia chica Willow.

Elijo un asiento en la esquina más oscura del bar, busco en mi teléfono la señal de que está en camino, reviso mi reloj cuando todavía no la tengo.

Pero ella estará aquí. No tiene opción.

El barman aparece con mi bebida. Me hace una seña con la cabeza a modo de desconfiado reconocimiento. Me he convertido en un habitual del viejísimo bar en las últimas semanas. Es uno de los últimos que aún permite fumar. Disfruto de un cigarrillo de vez en cuando, pero incluso odio el olor rancio persistente y la constante niebla de humo. No sé qué es lo que la ha atraído a este lugar.

O tal vez yo lo hago.

Es tan opuesto a lo que ella era.

O quién pensé que era.

Me pregunto si la noche de la cosecha la rompió o si estuvo rota todo el tiempo.

Vuelvo a revisar mi teléfono. Aun así, no hay mensaje. Le envío un mensaje de texto a Matteo.

¿Algo?

Nada.

Me trago la bebida. Señal para otro.

La puerta se abre entonces, y juro que cada vez que entra en una habitación, algo cambia dentro de ella. Como si hubiera una carga de energía, un cable, vivo y peligroso, chispeando electricidad.

Este cambio es casi palpable.

Y sé en un instante cómo pasó desapercibida por Matteo.

El barman la vuelve a mirar. Sonríe.

Ella se dirige a su lugar habitual mientras él pone una bebida frente a ella.

Oigo su voz tranquila desde aquí. La veo levantar la mano, señalando el número tres.

El barman levanta una ceja y ella se mete el pelo detrás de la oreja y asiente con la cabeza. Las puntas de sus dedos son negras. Debe haberlo hecho ella misma.

Un momento después, alinea tres vasos y vierte tequila. La botella más cara que tiene.

Sonrío.

En los meses que ha estado fuera de casa, ha cambiado. La dócil y temerosa muñeca Barbie se ha ido. ¿Alguna vez lo fue? La oscuridad dentro de ella ahora también está en el exterior. Se encargó de eso esta noche.

Bebe el primer trago y empuja uno hacia el barman. Le gusta, puedo verlo. Probablemente sea el único tipo en este lugar que no la mira como si quisiera comérsela viva. Aunque también tiene unos ochenta años.

Chasquean los dos vasos restantes y se los toman. Una vez más, ella cierra los ojos mientras se traga el líquido. El anciano la observa con la ternura de un padre, y creo que ella acaba de pedir otra ronda porque él duda.

Pero ella insiste, y siempre se sale con la suya.

Así es con las mujeres hermosas.

Los hombres se arrodillan para adorarlas.

El pensamiento hace que mi mandíbula se tense.

Lo hice, ¿no?

Me arrodillé.

Adoré.

El *whisky* sabe amargo al tragarlo.

Coge algunas de las servilletas de la barra y el lápiz que el barman ya ha puesto delante de ella. Parece que nunca se acuerda de traer el suyo. Sé que tiene mejores lápices. Cuadernos de bocetos llenos de la imagen que dibujará esta noche.

Una y otra vez, la misma.

Demonios, está tan obsesionada como yo.

Comienza, casi ausente, sorbiendo uno de los vasos. Se frota el ojo derecho con la base de la mano. Revisa su reloj.

Sé lo que está esperando.

A quién está esperando.

Y es hora de que haga mi movimiento.

Me deslizo de mi taburete y me dirijo hacia ella. Su lápiz se detiene, y de nuevo, empuja el cabello negro detrás de su oreja, y veo cómo cambia solo su mirada, mirándome desde el rabillo del ojo.

El anciano también ve porque de repente está más cerca, limpiando un vaso, con los ojos entrecerrados hacia mí.

Es protector.

Me alegro.

Ha sido mi aliado durante las últimas semanas y ni siquiera lo sabe. Porque yo también he sido protector. He estado derrotando a los monstruos. No soy el único depredador de la ciudad.

Su lápiz se mueve de nuevo, pero su espalda se ha vuelto rígida.

Tomo asiento junto al de ella, inclino mi cuerpo hacia ella. Pongo mi bota en el reposapiés de su taburete y me inclino para mirar la servilleta y cuando inhalo, huelo tinte para el cabello y a ella.

—Creo que la dama prefiere estar sola —dice el barman.

No me molesto en mirar al anciano. En cambio, me encuentro con los espectaculares ojos azules de Amelia Willow y en ese instante, sé que ella sabe quién soy.

Sé que no tiene ninguna duda.

—Me gusta lo que hiciste con tu cabello —digo, empujando ese mismo mechón desobediente detrás de su oreja, sintiendo su estremecimiento mientras mi mano enguantada toca la suave piel de su mejilla.

Mi mirada se dirige a su boca, con los labios brillantes y carnosos separados por la sorpresa. Creo que me gustaría besar esos labios.

Hundir los dientes en ellos.

Miro la gargantilla alrededor de su cuello. Un sencillo trozo de cinta negra a juego con su cabello oscuro recién teñido. El cuello de su suéter extragrande es ancho. Lo empujo un poco, lo veo deslizarse fuera de su hombro para revelar un tirante de sujetador rojo.

Y cuando coloco dos dedos sobre su pulso, siento el rápido golpeteo de su corazón.

—Escucha —comienza el barman.

Me encuentro con sus ojos de nuevo, sonrío.

Todavía me está mirando, con los ojos aún muy abiertos. Puedo oír su respiración. Es una respiración superficial y temblorosa.

—Dije que la dama prefiere estar sola —dice, de nuevo, el anciano.

—¿Prefieres estar sola, Amelia? —le pregunto, sin apartar nunca mis ojos de los suyos, deslizando mis dedos sobre su delicada clavícula hasta el hueco justo debajo de su garganta.

Intenta hablar, pero tiene que aclararse la garganta para pronunciar las palabras.

—Está bien, Bobby —dice, con un ligero temblor en su suave voz. Nunca me quita los ojos de encima—. Lo conozco.

AMELIA

He sabido que alguien me estaba siguiendo durante semanas.

Sin apartar la mirada, arrugo la servilleta, la dejo en la barra.

Todo cambiará esta noche.

Es lo que quiero, ¿no? Por eso estoy aquí.

Sus dedos en mi garganta están enguantados, pero juro que puedo sentir el calor de ellos en mí. Los está deslizando de nuevo sobre mi clavícula, su tacto suave y sé lo que está haciendo. Me hace saber que puede sentir lo rápido que late mi corazón.

—¿Estás segura, Amy? —pregunta Bobby—. Le pediré que se vaya...

—No. —Me vuelvo hacia el barman. Es dulce, ha sido muy amable conmigo—. Está bien. En serio.

—Sí, Bobby, está bien —dice Gregory Scafoni.

Sé que es Gregory y no Ethan. No tengo ninguna duda.

Tal vez sea la mano enguantada la que lo delata. Helena dijo que se había lastimado la mano. Pero no me dijo más. Nunca me contó más.

Lo miro. Es tan guapo como recuerdo. ¿Por qué los monstruos son siempre tan jodidamente bellos?

—No seas grosero con él —le digo a Gregory, mis palabras son independientes de mis pensamientos.

Gregory sonríe, coge uno de los vasos, del que he bebido, y empuja el otro hacia mí con el fondo de su vaso.

Lo recojo.

Él chasquea el suyo con el mío y se traga el contenido.

Hago lo mismo, ya un poco ebria por los dos anteriores, pero necesitando la sensación de ardor. El efecto adormecedor del licor.

Deja su vaso vacío, recoge un puñado de cacahuetes rancios y se los tira a la boca. Lo veo masticar mientras me mira.

Sus dedos acarician un mechón de mi nuevo cabello más corto y oscuro. Lo corté esta noche. Tomé las tijeras de la cocina y corté casi veinticinco centímetros, por lo que ahora cae justo por encima de mis hombros. Una especie de metamorfosis. El comienzo de una.

Estoy segura de que es irregular, pero no me importa.

El color también, todavía hay manchas de negro en mis sienes, en las yemas de mis dedos, en las toallas de baño arruinadas.

Pasar de rubio a negro es un cambio radical.

Pero ahora también soy diferente. Más audaz.

O tal vez nunca he sido quien se suponía que debía ser.

—Te queda bien —dice, encontrándose con mis ojos de nuevo—. Mejor que el rubio.

—No me conoces. ¿Cómo puedes saber qué me queda?

Sonríe.

—¿Eras tú? —pregunto.

—¿Era yo qué?

—¿Siguiéndome?

Asiente. —Deberías estar agradecida. Atraes al tipo menos que deseable.

—¿Como tú?

Su sonrisa se ensancha y se nota satisfecho.

Exhalo en voz alta, cambio mi mirada a los vasos vacíos. Miro a Bobby, pero él niega con la cabeza. Está apoyado en la parte posterior de la barra, con los brazos cruzados sobre su pecho. Por primera vez desde que lo conozco, me doy cuenta de que por mayor que sea, probablemente pueda ganarle a la mayoría de los hombres aquí.

Y no le gusta este.

Vuelvo a Gregory.

Escribe algo en su teléfono y se lo mete en el bolsillo y me doy cuenta de que solo lleva el guante en una mano, no en ambas. Creo que es extraño.

Pero esta noche no es la noche para esto. Para él. Esta noche, le devuelvo la generosidad a la mujer cuyo apartamento he estado ocupando.

Generosidad. Descarto la palabra.

Soy una idiota.

La puerta se abre y me giro para ver si es ella la que ha venido a buscarme, pero no es así. Es un hombre y está vestido con un traje oscuro, y está parado justo dentro de la puerta, con las manos juntas y estoy bastante segura de que lo he visto antes.

—Necesito otro trago —le digo a Gregory.

Se vuelve hacia Bobby y cuando el anciano todavía no nos trae más tequila, Gregory se inclina sobre la barra para tomar la botella y nos sirve a cada uno un trago.

Veo el puño de Bobby, pero también ha visto al hombre en la puerta.

Cuando levanto el vaso, mi mano tiembla tanto que parte del tequila salpica la barra antes de que pueda llevarlo a mis labios para tragarlo.

—No eres lo que creía —dice.

—¿Qué creías?

—Preciosa, pero aburrida.

Silencio. No tengo nada que decir al respecto.

—¿Qué quieres? —finalmente pregunto.

—Muchas cosas. Todo.

—¿Qué quieres conmigo?

Sonríe. —Muchas cosas. Todo.

La puerta se abre entonces y esta vez es ella, la mujer que he estado esperando. Charlie está con ella y cuando me ven se les abre la boca.

Es la primera vez en días que la sonrisa en mi cara es real porque pienso que se jodan.

Después de un momento, la mujer entrecierra los ojos y Charlie me mira con tristeza. Sin embargo, no se lo creo. Me tendió una trampa. Fingió ser mi amigo y me tendió una trampa.

—¿Amigos tuyos? —pregunta Gregory.

Me vuelvo hacia él, lo miro de perfil, la afilada línea de su mandíbula, la oscura barba a lo largo de ella, el mero crecimiento de unos días.

Su hombre en la puerta mete una mano dentro de su chaqueta, pero Gregory le dedica un mínimo movimiento de cabeza y deja caer el brazo a su lado.

—No amigos, no —digo, deslizándome de mi taburete de bar para pararme a medida que se acercan.

Gregory también se para, y lo miro y creo que me equivoqué en los bocetos. Sus rasgos, esos son exactos, pero la oscuridad que se aferra a él, no capturé eso.

Estaba demasiado ocupada haciendo un demonio de Sebastian Scafoni.

Charlie y Madame Liona se detienen a unos metros de nosotros.

—¿Qué le ocurrió a tu cabello? —pregunta ella.

—Lo teñí.

—Eso veo. ¿Por qué demonios hiciste eso?

—¿Quién coño eres? —pregunta Gregory.

Ambos se vuelven hacia él.

Coloco mi mano en su antebrazo. Quiero detenerlo, pero por un momento, lo único que puedo hacer es sentir su férrea fuerza. Absorber la extraña energía que pasa de él a mí.

No aparta la mirada de ellos. ¿Me está defendiendo? ¿Protegiéndome de ellos? No es mi aliado, ni mi amigo, ni está remotamente de mi lado.

Madame Liona se vuelve hacia él.

—Soy la dueña de tu novia.

Gregory se acerca a ella y, por primera vez desde que la conozco, se encoge.

—¿Tengo que llamar a la policía? —pregunta Bobby desde detrás de la barra.

—No, Bobby, está bien. Ya nos vamos —digo, sin mirar atrás.

—Amy —grita.

Me volteo para verlo. Intento sonreír, pero siento las lágrimas que me niego a derramar. —Está muy bien. Estaré bien.

¿Sin embargo, lo haré?

Charlie revisa su reloj. Le susurra algo al oído a Madame Liona.

—No eres dueña de nada —dice Gregory, como si toda la conversación con Bobby no hubiera sucedido en absoluto—. Tu nombre.

Ella se tambalea, otra primicia, y miro a Gregory, su espalda. A lo grande que es. Lo aterrador que sé que puede ser.

—Soy Madame Liona.

Asiente con la cabeza, retrocede, se ajusta los gemelos. —¿Cuál es su deuda, Madame Liona? —pregunta casualmente, sin siquiera mirarla.

—No es de tu incumbencia —dice—. No hay necesidad de un caballero blanco, aunque de todos modos no pareces serlo. La han comprado y pagado. —Se gira hacia mí—. Discutiremos lo del cabello —dice, agarrándome el brazo, preparándose para llevarme.

En cuanto lo hace, la mano de Gregory la sujeta de la muñeca y veo por su cara que le duele.

—La cosa es que nunca estuvo a la venta —dice.

Una vez más, Madame Liona está nerviosa.

Gregory retira su mano de mí con fuerza, pero se aferra a ella, retorciéndole un poco el brazo mientras se interpone entre nosotros, casi custodiándome de ella.

—Pero soy un hombre de negocios. Dime las condiciones exactas de la transacción.

—No es negociable...

—Los términos.

Cuando no responde de inmediato, él la tuerce un poco más.

—Las vírgenes son difíciles de conseguir. Especialmente las que se ven como ella. Mi cliente ha comprado las tres virginidades.

Siento que un rubor se arrastra por mi cuello. No me atrevo a mirar hacia atrás a Bobby, solo espero que no haya escuchado.

Gregory no me mira. Ya lo sabe. Mi vestido no estaba marcado, solo el de Helena.

Dios, qué humillación.

—¿Cuánto pagó? —le pregunta de forma casual, como si fuera la conversación más común sobre las transacciones más ordinarias.

Dice el número, una cantidad ridícula de dinero.

—Aunque espera una rubia.

—Bueno, eso es muy malo para él, ¿no? —Le suelta la muñeca con un empujón que la pone unos pasos más lejos de mí.

El hombre en la puerta da un paso adelante ahora.

Gregory se vuelve hacia Charlie. —¿Y quién eres tú?

La mirada de Charlie cae sobre mí, luego vuelve a Gregory y cuando retrocede, se encuentra con el otro hombre que tiene el doble de altura y luce cien veces más peligroso. Charlie deja escapar un grito decididamente femenino.

Detrás de mí, escucho el amartilleo de lo que sé que es una escopeta.

—Es suficiente —dice Bobby—. Amy, ven aquí. Detrás de la barra conmigo. El resto de ustedes, basuras, lárguense de aquí antes de que le haga un agujero a uno de ustedes.

Gregory se gira hacia él su expresión exactamente igual como si tener una escopeta apuntándole fuera lo más normal.

—Qué noble de tu parte —dice. Extiende la mano, toca la punta de la escopeta con la punta de un dedo enguantado y la inclina hacia Madame Liona—. Apunta hacia ella.

—Maldito bastardo. —dice Bobby, pero el hombre de Gregory amartilla el revólver que ahora sostiene a su lado. Tengo la sensación de que tiene mucha más experiencia que Bobby con esa escopeta.

—Esto es lo que va a suceder —dice Gregory—. Voy a duplicar lo que ese imbécil pagó por la chica. Vas a entrar en tu auto y desaparecerás y nunca volverás a acercarte a ella. ¿Está claro?

—¿Qué? —pregunto.

Gregory se vuelve hacia mí, su expresión fría. Eleva las cejas.

—Yo no…

Juro que pone los ojos en blanco en ese momento. —Quizás sea un diablo, pero soy el diablo al que ya conoces, cariño.

Trago saliva.

Sonríe, se vuelve hacia la mujer.

—¿Doble? —Sus ojos codiciosos se abren, ya está haciendo los cálculos.

—Matteo —dice Gregory.

El hombre de la pistola da un paso adelante. —Ponla en el auto. Espera con ella. —Se gira hacia mí—. Tiene el hábito de desaparecer.

Sin decir una palabra, el hombre tiene su mano envuelta alrededor de mi brazo y me está alejando.

—¡Espera!

Todos me voltean a ver.

—No estuve de acuerdo.

—No te pregunté si estabas de acuerdo. Pero si prefieres que te folle un extraño esta noche... —se detiene. Se vuelve hacia Liona—. —¿Cuántos años tiene?

—Ah... sesenta.

Gregory devuelve su mirada a mí. —¿Prefieres tener que chupar a un gordo de sesenta años?

Siento que la sangre abandona mi rostro.

—Eso pensé.

Le hace gestos a Matteo, que continúa guiándome.

—Pero... —Estamos afuera antes de que se reconozca ese «pero» y un momento después, estoy en el asiento trasero de una camioneta con vidrios polarizados y el hombre, Matteo, está de pie junto a las puertas cerradas.

Mi abrigo todavía está dentro. Mi bolso también. Que es donde está mi teléfono.

Aunque, ¿a quién llamaría? ¿La policía? ¿A Helena?

No cinco minutos después, Gregory sale con mi abrigo y mi bolso. Abre la puerta y se sube al asiento trasero conmigo. Matteo toma el asiento del conductor y pone en el motor marcha.

—Abróchate el cinturón de seguridad. —Gregory abre mi bolso.

—¿Qué?

Me mira. —Abróchate el cinturón de seguridad. Es la ley. —Me dedica una sonrisa que me dice que le importa un carajo cualquier ley.

Pero cuando no me muevo para hacer lo que dice, murmura algo en voz baja y me cruza para abrocharme el cinturón antes de reanudar su búsqueda dentro de mi bolso.

—¿Qué estás haciendo? Eso es mío.

Saca mi teléfono móvil, abre la parte trasera y retira la batería antes de meter ambos en su bolsillo.

—Ahora es mío —dice—. Igual que tú.

Encuentra mis llaves y también las toma.

Nos detenemos fuera del hotel donde está mi apartamento, el apartamento de Madame Liona.

—Quédate aquí, Matteo. Regresamos enseguida. —Se gira hacia mí—. Tenemos que recoger tus cosas. No volverás aquí.

—No entiendo lo que acaba de pasar —digo mientras abre la puerta para salir.

Suspira, como si estuviera hablando con alguien lento, y cierra la puerta. —Le debías dinero a esa imbécil y yo lo pagué. A cambio, compré lo que ya habías vendido. Y me decepciona saberlo. Pensé que tendrías más respeto por tu cuerpo, Amelia.

Sé que se burla de mí. Puedo verlo en su rostro.

—Jódete.

Sonríe de par en par, lo suficiente como para mostrar sus dientes blancos y perfectos.

—Te voy a joder —dice—. Ese es el punto de esta transacción.

—¿No puedes acostarte con alguien a la antigua? —No sé por qué lo pregunto.

Se acerca más, la sonrisa desaparece y la sustituye algo más oscuro, más depredador y premeditado. Agarra un puñado de pelo en mi nuca y tira de él, haciéndome gritar.

Golpeo mis manos contra su pecho para empujarlo, sintiendo el músculo duro allí. No soy rival para su sólida fuerza.

—Aprende esto ahora, Amelia Willow. Me perteneces. Y no te dejaré ir hasta que me haya hartado de ti.

Retuerce los dedos en mi cabello.

—Madame sea cual sea su puto nombre, tenía razón en una cosa. No soy un caballero blanco.

No soy tu amigo. No hice esto por la bondad de mi corazón. Tú y yo, esto estaba destinado a suceder. El destino y toda esa mierda. —Hace una pausa e inclina la cabeza—. ¿Y sabes qué? No creo que vayas a luchar conmigo.

—Lucharé contigo.

Resopla. —He escuchado esas palabras antes.

Antes de poder preguntarle qué quiere decir, tira de mi cabeza hacia atrás con fuerza y me cuesta mucho no llorar de dolor.

—Ahora sé buena o tendré que lastimarte de verdad.

GREGORY

No me da ningún problema mientras caminamos por el vestíbulo y subimos el ascensor. Sin embargo, está por llegar. Puedo sentirlo. Supongo que todavía está procesando lo que acaba de pasar.

Veo su reflejo en las pulidas puertas del ascensor, su delicada piel se nota aún más por el cabello oscuro. Este cambio solo la ha hecho más llamativa.

—¿Por qué negro? —pregunto.

—¿Qué? —pregunta como si estuviera perdida en sus pensamientos.

—Tu cabello.

Sacude la cabeza con desdén. —Estaba cansada de cómo me veía. Cansada de parecerme a ellas.

—Tus hermanas.

—Eres un genio —dice con una sonrisa cuando se abren las puertas del ascensor.

Sonrío, aprieto mi agarre en su brazo. —Voy a dejarlo pasar.

Caminamos por el pasillo hasta su apartamento e introduzco la llave en la cerradura.

—Espera —comienza cuando abro la puerta—. ¿Cómo sabes cuál es el mío?

—Ya te lo he dicho. Te he estado observando durante semanas.

—¿Por qué? No entiendo por qué.

Entramos y la libero después de cerrar la puerta. Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo y saco la servilleta que había dejado en la barra. Está arrugada, pero es lo mismo que ha estado dibujando desde siempre.

—Esto —digo.

Ella lo reconoce, trata de quitármelo, pero yo lo pongo fuera de su alcance.

—Las has estado dejando como tarjetas de presentación.

—¿Las estás coleccionando? —pregunta.

—No me gusta desperdiciar el buen arte. Tienes mucho talento.

Su frente se arruga y sus ojos se estrechan mientras me estudia.

—Es educado dar las gracias cuando alguien te hace un cumplido.

—Quédate tus cumplidos. No significas nada para mí.

—No creo que eso sea cierto. —Reviso mi reloj—. Tienes diez minutos para recoger lo que necesitas.

—¿A qué te refieres?

Levanto las cejas. —Me refiero a empacar lo que quieres llevarte.

—No es esa parte.

Sé a lo que se refería. Es fácil joderla porque creo que sé algo sobre ella.

—Estás tan obsesionada con eso como yo, Amelia.

La preocupación profundiza el azul de sus ojos. Noto el fino anillo dorado que rodea su pupila.

—Obsesionada con la cosecha. El legado de la chica Willow. Tal vez incluso lo encuentras algo romántico.

Ella resopla. —No hay nada romántico en lo que hizo tu hermano. En cómo lo hizo.

—¿No? —Me adelanto a ella para entrar en el dormitorio.

Me sigue de cerca.

Voy directamente a la mesa, donde se apilan cuaderno tras cuaderno todos los bocetos. Abro uno, con el pulgar por las páginas, hago lo mismo con otro y luego con otro.

—¿Has estado aquí dentro?

—Ahora lo entiendes.

—¿Cómo?

—Dinero. El dinero lo compra todo. —Inclino la cabeza—. Incluso a ti. También compró a tu hermana. ¿U olvidaste lo fácil que es comprar y vender chicas Willow?

Se deja caer al borde de la cama y no estoy seguro de si es su nuevo color de cabello lo que la hace lucir más pálida o lo que dije.

—El tiempo corre, Amelia. —Cierro los cuadernos—. Esperaré en la otra habitación.

—No estoy obsesionada —dice cuando estoy en la puerta.

Me detengo y me vuelvo.

—Simplemente no lo entiendo. No entiendo cómo me siento —dice como si yo tuviera la respuesta.

—¿Cómo si lo quisieras?

Ella fija su mirada en la mía y por lo que veo dentro de sus ojos sé que tengo razón.

—No lo quiero —niega.

Levanto las cejas. No me interesa perder el tiempo con esta conversación. Toco la carátula de mi reloj y salgo de la habitación para sentarme en una de las sillas mientras la espero. Busco en mi bolsillo lo que necesito cuando me da el problema que espero y estudio el arte en la servilleta.

Este es ligeramente diferente a la mayoría de los otros. En esta, ella me ha dibujado a mí, no a Sebastian. Está incompleto, así que no sé cuál chica Willow está de pie en el bloque delante de mí, pero puedo adivinarlo.

Y hace que todo esto sea mucho más interesante.

Unos minutos más tarde, sale del dormitorio con una mochila sobre un hombro y una bolsa de viaje en la otra mano. Cuando me muevo para quitarle la bolsa, ella la retira.

Se detiene en la caja fuerte e introduce su código para desbloquearla. Del interior toma su pasaporte.

—Tomaré eso —digo, aliviándola de eso antes de que pueda discutir. Me lo meto en el bolsillo—. Vamos.

—¿A dónde?

—A casa.

Parece confundida por eso y se detiene, se vuelve hacia mí. —¿Es en serio? —pregunta—. Quiero decir, lo que hiciste, lo que... compraste... No es legal ni nada por el estilo. No tengo que ir contigo.

—No, no tienes que. Pero puedo obligarte. Si es parte de su fantasía, quiero decir, que te tomen por la fuerza...

—¿Qué? ¡No! Por Dios.

Me río. —Solo me estoy divirtiendo contigo. Aunque, sí tengo una pregunta. —Mi sonrisa desaparece—. ¿Vas a darme algún problema?

Da un paso atrás, acercándose a la puerta.

—¿Te refieres a que si voy a salir de aquí contigo? ¿Subirme a la parte trasera de esa camioneta y dejarte secuestrarme?

—Sí, exactamente eso.

—¡Por supuesto que no, imbécil! —Me lanza la bolsa de viaje y ¿qué mierda hay en ella, piedras?

La aviento, me abalanzo mientras ella alcanza el pomo de la puerta, con una mano sujetando su garganta, presionándola contra la puerta. Soy fácilmente más rápido que ella, más fuerte, y realmente es mejor que esto sucediera aquí que en el vestíbulo.

Pero lo que no espero es un puto cuchillo en mi garganta.

—¡Suéltame, maldito enfermo!

Me clava la punta en el cuello, rompiéndome la piel.

Pero en cuanto ve que la sangre mancha el borde del cuchillo, se congela y sus ojos se abren en pánico. Está muy asustada para hacer algo más y es la fracción de segundo que necesito.

—Mi culpa —digo, apretando su garganta, cerrando mi otra mano alrededor de la suya con el cuchillo y la giro hacia atrás hasta que suelta un grito y el cuchillo cae al suelo de madera falsa.

—¿Un puto cuchillo para carne?

—Mi... brazo.

—¿Dónde diablos lo conseguiste? ¿Duermes con un cuchillo debajo de la almohada?

Hace un sonido de gorgoteo y su cara es rosa.

Relajo mi agarre en su garganta. No quiero matarla. Pero en el instante en que lo hago, me está arañando con su mano libre y cuando capturo eso, golpea su rodilla contra mis pelotas.

—Carajo.

Me doblo y en el instante en que la suelto, vuelve a intentar la puerta, pero la he cerrado con llave doble y cuando la abre, se detiene con el gancho.

Me inclino contra ella, cerrándola y la derribo al suelo, mis pelotas arden. Pongo mi peso encima de ella a medida que pasa la ola de dolor insoportable y vuelvo a capturar sus muñecas.

—Eso fue un error, Amelia —digo con los dientes apretados.

Es un dolor jodidamente fuerte.

Intenta liberar las piernas probablemente para romperme las pelotas, pero eso no sucederá. De ninguna manera.

—Sabía que esto sería así —digo, metiendo la mano en el bolsillo para sacar una jeringa—. Pero no te preocupes, estoy preparado.

Deja de luchar cuando la ve, sus ojos se agrandan aún más. —¿Qué es eso? —pregunta, reiniciando su esfuerzo, intentando liberarse de mí.

Pero la tengo.

Y no la voy a dejar ir.

Quito la tapa con los dientes y la escupo a un lado. —Relajante muscular —digo con una sonrisa—. O algo así.

—¡No lo hagas!

—Tendrás un espantoso dolor de cabeza mañana, pero te lo ganaste.

Me levanto, la mantengo atrapada entre mis muslos y exprimo el aire de la aguja.

—No, no. ¡Por favor, no! Por favor. Voy contigo. ¡Lo haré!

—Demasiado tarde, cariño. —Usando mi brazo, fuerzo su cara hacia un lado, contento por el

cabello más corto—. Ahora, no te muevas.

—¡Por favor!

Pero ya es muy tarde para ella. Introduzco la aguja en su piel y la veo apretar los ojos mientras vacío el contenido del cilindro en ella.

Hace un ruido y, cuando me siento y la suelto, gira la cabeza para mirarme.

—La próxima vez sé más inteligente —digo.

Parpadea, luchando contra la droga e intenta golpearme una, dos veces, pero su brazo simplemente cae al suelo.

Tomo su mano y me pongo de pie, ignorando el dolor, tirando de su cuerpo flácido conmigo. La levanto sobre mi hombro y saco mi teléfono del bolsillo para llamar a Matteo.

—Cambio de planes. Nos vemos en la entrada de servicio.

Se ríe. Supongo que ambos sabíamos cómo iba a ser esto.

—Estaré allí en un minuto —dice.

Abro su mochila, miro dentro. Los cuadernos. No escaparía sin ellos. Después de cerrarla, la tomo y la coloco sobre mi hombro libre, dejo la bolsa donde está y le doy una buena palmada en el culo antes de salir por la puerta con la mayor dignidad posible.

No puedo tomar el maldito ascensor con ella desmayada sobre mi hombro, así que busco las escaleras y bajo catorce pisos.

Catorce jodidos pisos.

Bueno, técnicamente trece, supongo.

Tal vez hay algo de verdad en que los trece son de mala suerte. Lo fue para ella.

La costa está despejada hasta que salgo por donde paso junto a dos del personal de cocina fumando. Matteo abre la puerta trasera del auto y sonrío a los hombres.

—Nunca sabe cuándo parar —les digo, sugiriendo que está ebria.

Parecen confundidos sobre qué hacer, pero no me importa. La tengo en la parte trasera de la camioneta y nos vamos antes de que puedan pensar.

AMELIA

Una vez vi una película en la que estos gánsteres tenían la cabeza de este tipo en algún tipo de férreo dispositivo, y el tipo estaba gritando mientras apretaban las mandíbulas, rompiendo su cráneo, literalmente exprimiendo su cerebro por sus orejas. Era asqueroso y no podía apartar la mirada.

Así es como se siente mi cabeza en este momento.

—Buenos días, cariño.

Mis oídos tardan en absorber las palabras, en reconocer al hombre al que pertenecen.

En recordar.

Nos estamos moviendo. Puedo sentir la vibración de estar en algún tipo de vehículo.

Mi cara descansa contra algo frío, pero cuando intento levantar la cabeza, creo que va a explotar.

Gruño.

Se ríe y mi cabeza rebota contra lo frío y duro. Vidrio.

—Despierta. Te estás perdiendo la mejor parte.

Abro un párpado a la vez porque es como si estuvieran pegados. Levanto los brazos, y se sienten pesados, como peso muerto, pero me froto los ojos, y cuando los abro, veo el resplandor naranja profundo de un amanecer a través de densos árboles.

El auto golpea un bache, sacudiéndome contra el hombre sentado a mi lado.

Jadeo, rebotando contra su duro cuerpo, y me vuelvo hacia él y, mierda, es real. Anoche. Madame Liona. Charlie. Él.

Gregory Scafoni.

Todo es real.

—¿Qué me diste?

Limpia con una mano enguantada la esquina de mi boca y creo que estuve babeando.

—Un relajante muscular. Te lo dije.

Un auto pasa frente a nosotros por una carretera que parece demasiado estrecha para dos autos. Es más bajo que el nuestro. Estamos en una camioneta. Sin embargo, una camioneta diferente a la de anoche.

Y la matrícula del auto que pasa, también es diferente.

Un rectángulo estrecho y largo en azul y blanco con una *I* y un círculo de estrellas doradas. El pánico me hace apretar la nariz contra el cristal para ver el auto que desaparece, intentando distinguir la matrícula porque no es estadounidense.

—¿Dónde estamos?

Se ríe. —Relájate. Mierda. Estás muy tensa.

Me dirijo a él y una ola de náuseas me hace cubrirme la boca.

—Mierda. Detén el auto —ordena, nos paramos chirriando y apenas me tiene afuera antes de vomitar a lo largo de la carretera.

Estoy doblada. Me está sosteniendo por la cintura y una mano tiene mi cabello, o la mayor parte, y estamos parados en aproximadamente treinta centímetros de nieve.

—¿Dónde estamos? —pregunto de nuevo, pero otra ola golpea y vomito de nuevo—. ¿Qué me hiciste?

Después de unos minutos, me enderezo, pasándome el dorso de la mano por la boca, probando la bilis.

El conductor se acerca, le da a Gregory una especie de trapo que usa para limpiarme la cara.

—¿Terminaste? —pregunta.

Como si pudiera controlarlo.

—Dale un poco de agua —dice.

El conductor mete la mano en el auto, saca una botella de agua y la abre.

—Enjuágate —dice Gregory, entregándomela.

Lo hago porque mi boca sabe asquerosa, pero el agua no va a sacar ese sabor.

Siento otra ola, pero no queda nada. Y cuando me vuelve a meter en el auto, no lucho. No tengo fuerzas para hacerlo. Solo dejo que me asegure y me siento allí, sintiéndome asquerosa y fría porque mis pies y *jeans* están mojados de la nieve y mi cabeza palpita y no puedo sacarme el sabor del vómito de la boca.

—Me duele la cabeza.

—Aprende la lección.

Lo miro fijamente. —Espero que tus pelotas te duelan tanto como mi cabeza.

—Ahí está —dice con una risa mientras volvemos a conducir.

—¿Dónde estamos?

—A unos cuarenta y cinco minutos de Roma.

—¿Roma?

Asiente.

Vuelvo a mirar afuera, leo una señal de tráfico desconocida, un círculo rojo con el número ochenta en el medio. ¿Un límite de velocidad?

—¿Roma? —pregunto de nuevo.

—Estas son las afueras. No estamos en Roma propiamente dicha.

—¿Cómo?

Me desmayé. Tendríamos que haber tomado un vuelo. Los funcionarios de inmigración lo habrían detenido. Alguien lo habría detenido.

—¿Te acuerdas de lo que te dije anoche? ¿Acerca de que el dinero lo compra todo? —Igual que anoche, me mira como si fuera lenta.

—La gente lo habría visto.

—Avión privado. Nadie lo vio, nadie a quien le importara.

—Me secuestraste.

—No me dejaste otra opción cuando a) intentaste apuñalarme y b) golpeaste tu rodilla contra mis pelotas.

Miro su cuello, el pequeño pinchazo donde le rompí la piel. Fui débil.

—La próxima vez lo haré bien con el cuchillo —digo.

—Si hay una próxima vez, pensarás que la forma en que te sientes en este momento fueron

unas malditas vacaciones comparado con cuanto te dolerá cuando termine contigo.

No está sonriendo, ni feliz, ni satisfecho, ni nada.

Me está advirtiendo.

Y no dudo que hará exactamente lo que dice.

—¿A dónde me llevas?

—A casa. Te lo dije anoche. Espero que no seas siempre tan olvidadiza.

—Me drogaste, imbécil.

—Me dejaste sin ninguna elección. Gasté mucho dinero en ti anoche.

Se arruga mi frente, recordando los detalles.

Dios, ¿habría seguido adelante si él no hubiera estado allí? ¿Realmente me habría ido con Madame Liona? ¿Hubiera tenido relaciones sexuales con un extraño?

No. No puedo pensar en eso.

—Ni siquiera me has agradecido por salvarte de cualquier pervertido que haya comprado tus *virginidades*. Mierda. Qué palabra.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué lo hice?

Asiento.

—Porque soy un hombre egoísta. Te quiero para mí. —Nuevamente, es muy serio, pero diferente. Sin amenazas de violencia Algo más.

Algo oscuro, pero también solitario.

Como si hubiera algo vacío en él.

Siento un escalofrío repentino y me duele el estómago. Sin embargo, no es que vaya a vomitar de nuevo. Más como me sentí después de la cosecha.

Deseo.

Es lo más extraño. No puedo entenderlo.

Lo único que sé es que está mal.

El auto disminuye la velocidad y escucho el clic de la señal de giro cuando tomamos un giro brusco y comenzamos a subir cuesta arriba, la carretera es más accidentada, sin pavimentar, demasiado estrecha para permitir cualquier error de juicio.

Gregory desplaza su mirada hacia el parabrisas delantero y yo hago lo mismo.

Es invierno, así que los árboles están desnudos. La nieve cubre el suelo y se adhiere a cada rama creando un paraíso invernal casi como en una postal. El intenso amanecer naranja ha dado paso a cielos azules despejados y sé que todavía está silencioso ahí fuera. Casi escucharías el aleteo de las alas de un ave.

Miro a Gregory Scafoni. La barba de días a lo largo de su mandíbula es más gruesa.

—¿Cuánto tiempo he estado desmayada?

Mueve su mirada hacia mí. —Durante la noche.

Damos otro giro y me estudia.

Parpadeo y miro hacia otro lado.

—Me gusta tu cabello así.

Me vuelvo hacia él. —¿Porque me parezco a ella?

No sé por qué lo pregunto. Esto es parte de esa extrañeza. Ese deseo. Anhelo.

Sus ojos se estrechan y es como si me estuviera leyendo, como si estuviera entendiendo algo.

Vuelvo mi atención a la escena nevada afuera, me paso una mano por los ojos mojados con la esperanza de que no se dé cuenta.

Hay algo muy malo en mí.

La camioneta se ralentiza a medida que nos acercamos a las puertas oxidadas ya abiertas a lo largo del antiguo muro de piedra de una enorme propiedad.

Todo a su alrededor es blanco, una gruesa y pesada nieve y árboles densos, un jardín cubierto de maleza que conduce a un camino sinuoso hacia una casa de la que solo puedo ver el techo durante mucho tiempo. Una enorme casa, una finca; una antigua y medio en ruinas como las paredes de piedra del perímetro y la puerta cansada.

Y todo lo que puedo pensar es lo hermoso que es.

Cuán inquietante.

Como algo que el tiempo olvidó.

Dos de las cuatro chimeneas humean, y donde la nieve no se aferra, veo las paredes de color terracota asociadas con todo lo italiano. Hay tres pisos y en la parte superior las ventanas están cerradas con madera clavada en los marcos ornamentados, de aspecto casi árabe.

El segundo piso cuenta con un amplio balcón. La nieve cubre las enormes y retorcidas ramas que se tejen a través de la barandilla de hierro forjado. Allí, las persianas de madera están abiertas, las ventanas son como ojos observando nuestro acercamiento.

Y justo se siente así. Como si la casa nos viera llegar.

Llegamos a una enorme fuente que casi me imagino fluyendo agua en primavera y verano, excepto que se está desmoronando. Pero es casi más bonita por la decadencia.

El conductor vira a su alrededor para detenerse frente a la casa.

Los escalones de piedra anchos, tres de ellos, conducen al porche, que es tan ancho como el balcón de arriba. Está seco debajo, la nieve no ha penetrado aquí y puedo ver el bonito color de la pared, como el del amanecer de esta mañana.

Hay un fuego ardiendo en la gran chimenea al aire libre y cuando se abre la puerta, una mujer mayor sale limpiándose las manos en su delantal y sonrío porque por un momento, por un único y fugaz momento, olvido donde estoy, con quien estoy y como llegué aquí.

Me olvido de que soy una cautiva.

Una chica Willow para el hermoso e implacable maldito Scafoni a mi lado.

Sin embargo, todo lo que se necesita para recordármelo es que abran la puerta de la camioneta y la mano de Gregory como un tornillo de banco en mi brazo que me empuja del asiento y me saca del vehículo. Me atrapa cuando tropiezo, pero no me está mirando.

Sus ojos están fijos en la casa y los míos están fijos en él.

Casa.

Él había dicho que íbamos a casa.

Me estremezco cuando una ráfaga de viento helado envía nieve por las piernas aún húmedas de mis *jeans*, me abrazo y Gregory finalmente se vuelve hacia mí.

—Bienvenida a Villa de Rossi, Amelia Willow. Espero que seas muy infeliz aquí.

GREGORY

Dirijo a Amelia hacia la entrada principal. No está luchando, pero eso es probablemente una combinación de sentirse débil por la droga y la imposibilidad de su nueva situación.

Al principio, cuando decidí por primera vez que la quería, pensé que tendría que obligarla. Y todavía lo hago, hasta cierto punto, pero también hay algo más. Una parte de ella se siente atraída por esto.

Por el legado de la chica Willow.

Por mí.

De todos modos, eso no significa que no peleará conmigo, y no significa que yo no quiera que lo haga.

Sube las escaleras delante de mí. Tendrá que arreglarse el cabello. Debe haber tomado unas tijeras y simplemente haberlo cortado en línea recta. Cortó irregularmente la mayor parte. Sin embargo, conservará el color oscuro. Y no porque la haga parecerse a Helena. No lo hace.

Comparten similitudes en las características, no en el color, obviamente, sino en el giro hacia arriba de sus narices, el conjunto arrogante de sus pómulos, el perfil casi perfecto de muñeca. Algunos gestos también, especialmente la forma obstinada en que sacan la barbilla cuando no les gusta algo.

Matteo va hacia su madre, Irina. La saluda con un beso en la mejilla. Es extraño verlo tal cual es junto a ella. Tiene el doble de su tamaño y es mi mano derecha. Confío en él con mi vida. Pero con Irina, vuelve a ser un niño pequeño.

—Irina —digo.

Matteo se hace a un lado e Irina me devuelve la sonrisa, diciendo algo en italiano, mirándome, preguntándome si he estado comiendo lo suficientemente bien. Han pasado varias semanas desde que la vi.

Le beso la mejilla y dejo que me abrace. Lucinda, mi propia madre, nunca me abrazó así. Para mí, Irina es más madre que Lucinda.

Pero Lucinda carece de cualquier calidez. No quedaba espacio para eso con todo ese odio batiéndose dentro de ella.

—Esta es Amelia —le digo a Irina en italiano.

La mujer mayor sonríe cálidamente, también la mira y dice algo sobre alimentarnos adecuadamente a ambos.

—Amelia, esta es Irina, la madre de Matteo. —Me doy cuenta de que nunca presenté a Matteo.

—Encantada de conocerla —dice. Se frota los brazos para calentarse.

—Entra —le digo.

Duda, mirando hacia atrás a donde llegamos.

Me acerco a ella, le froto los brazos y los aprieto para que me mire. —Puedes congelarte aquí o entrar a donde está caliente. Tú decides. En verdad no me importa. Pero esas son tus únicas opciones.

Murmura algo, pero sigue a Irina.

Me tomo un momento para caminar a lo largo del pórtico, me paro frente a la gran chimenea de piedra para calentarme la mano, la que no está quemada, mientras disfruto del trabajo realizado mientras no estoy.

La casa tiene más de un siglo de antigüedad y ha permanecido vacía durante la mayor parte de esos años. La estoy restaurando a su esplendor original, pero solo empecé el proyecto hace un año, aunque la he tenido durante más tiempo. El clima ha retrasado la construcción.

De hecho, soy el segundo propietario. Después de las circunstancias en las que la familia original abandonó Villa De Rossi, el banco no pudo regalarla. Se rumorea que está embrujada por la familia De Rossi, tanto por la madre como la hija.

Comoquiera, no me molesta. Los fantasmas no me asustan. He vivido con ellos toda mi vida.

Además, esta es mi casa ahora.

Mi hogar.

No suyo.

La casa de la isla, cualquiera de nuestras propiedades, nunca se ha sentido como mía. O como un hogar. La forma en que está escrita la ley Scafoni, aunque cada uno de nosotros hereda una cierta suma una vez que alcanzamos la mayoría de edad, el primogénito o, como es el caso ahora, el hijo mayor vivo, es dueño de la finca Scafoni.

Resoplo.

Eso es una puta lotería.

Además, técnicamente no es el primogénito. Timothy lo es. Lo era. Diablos, tal vez Sebastian enrolló ese cordón alrededor del cuello de Timothy mientras aún estaban en el útero. Tal vez era un maldito asesino incluso antes de nacer.

Pero lo olvido.

Tengo mi dinero. Nada de eso importa ahora.

Después de lo que sucedió en la isla, contraté un abogado que redactó documentos que exigían mi parte. Exigiendo que me liberara de Sebastian. Amenazando con regresar a la isla para reclamar a su preciosa chica Willow porque al final de todo no está marcada. Sigue siendo mi derecho.

Demonios, tal vez por eso lo hice, por eso agarré el hierro de la marca. No para salvarla en absoluto, sino para mantener mis opciones abiertas.

Sebastian no podía esperar para deshacerse de mí. Me hizo firmar un contra acuerdo de que nunca volvería a tener contacto con Helena antes de que él aceptara mis términos.

Me pregunto si Helena sabe eso.

O si fue ella quien lo solicitó.

Hay un pensamiento molesto de que lo que estoy haciendo ahora es a causa de ella.

¿Tomé a Amelia para lastimar a Helena?

O de alguna manera, en algún giro ridículo de mi mente retorcida, ¿lo hice para estar cerca de ella?

Aprieto los dientes y me quito el guante de cuero para recordarlo. Miro la piel dañada de mi mano. La textura irregular, la media luna tan clara.

Su marca.

La suya, aunque fui yo quien la salvó del hierro. No él.

Y, aun así, lo eligió.

No. Me niego a seguir por este camino de nuevo. Me niego, carajo.

Que se joda Helena.

Que se jodan los dos.

Sostengo mi mano sobre el fuego y siento de nuevo el insoportable dolor. Siento el ardor del hierro cuando cerré mi mano alrededor de él y lo agarré con fuerza, el dolor no se parece a nada que haya experimentado antes o desde entonces.

El médico dice que no debería sentir nada. Que los nervios están muertos.

Pero lo siento.

Siento que está sucediendo de nuevo en este momento y por mucho que quiera apartar mi mano, me obligo a mantenerla en el calor, hasta que haga desaparecer los pensamientos de ella, de esa noche, de la isla, de esos meses.

Que se joda Helena y que se joda Sebastian.

Esto no tiene nada que ver con ninguno de ellos.

¡Nada!

La puerta se abre y Matteo se aclara la garganta.

Me giro hacia él y me pongo el guante.

El sol está alto y un pedazo de nieve se desliza desde el techo, aterrizando pesado y fuerte a solo unos metros de mí. Como si lo hubieran empujado. Como un fantasma lo hubiera empujado para recordarme que estoy aquí. Que puedo sacarlo de mi cabeza ahora porque el pasado ha terminado.

Porque tengo lo que siempre quise. Mi propia chica Willow.

Entro, con una sonrisa tensa en mi rostro. Estoy cansado. Ha sido una noche larga y no he dormido nada.

Amelia está de pie en el vestíbulo frente a la chimenea del tamaño de un hombre calentándose las manos. Está mirando el techo con frescos. Todavía no se ha restaurado por completo, pero los colores brillantes originales de las flores, ese jardín en el techo, son sorprendentes. Hay más cosas similares en toda la casa. Siempre jardines. Flores siempre brillantes en plena floración.

Es extraña lo que se conserva y lo que se deteriora.

—Algunas partes de la casa todavía están en construcción —digo—. Debes tener cuidado de no ir a esas áreas.

—¿Cuán antiguo es esto?

—Más de cien años.

—Vaya.

Irina dice algo sobre la comida. Le digo que nos dé tiempo para refrescarnos y tomo la mochila de Amelia.

—Ven conmigo.

Me sigue a través de la gran sala de estar con su chimenea a juego, echa un vistazo a la mesa del comedor ya preparada para la comida.

—Las escaleras no están terminadas, obviamente, así que ten cuidado.

Las escaleras de piedra están en bastante buen estado, pero la barandilla se había podrido y necesitaba ser reemplazada, por lo que solo hay espacio vacío donde debería estar. Las paredes están empapeladas en un azul profundo y texturizado. Amelia lo recorre con los dedos mientras me sigue por las escaleras.

—Este lugar, es como si el tiempo lo hubiera olvidado —dice cuando llegamos al rellano del segundo piso.

—La gente dice que está embrujado. —Camino hasta el último par de puertas dobles en un extremo del pasillo.

—¿Lo está?

Encojo un hombro, abro las puertas y le hago un gesto para que entre.

Se detiene en cuanto lo hace.

La habitación es preciosa. La diseñé yo mismo con cuatro enormes y pesados ventanales, cortinas de techo a piso en carbón y una cama personalizada en el centro con mesitas de noche incorporadas a cada lado. Es enorme, moderna y antigua a la vez con su amplia base de madera. Hay una pequeña mesa y dos sillas contra la pared opuesta, pero por lo demás, la habitación está desnuda.

Y obviamente no es una habitación de invitados.

Entro, cierro la puerta y dejo su mochila en la cama.

—El baño está por allí —digo, señalando—. Deberías encontrar todo lo que necesitas.

Camina hacia él, nota el libro en la mesita de noche, la chaqueta colgando sobre el respaldo de una silla.

La puerta del baño se cierra, oigo el giro de la cerradura y hago un escaneo mental rápido de todas las cosas que hay allí con las que ella puede intentar atacarme. Luego pienso en revisarla y ese pensamiento me hace sonreír.

Regresa al dormitorio diez minutos después con aspecto renovado. Se ha lavado la cara y se ha cepillado los dientes. Su cabello está recogido en una cola de caballo.

—¿De quién es esta habitación? —finalmente pregunta.

—Mía.

—¿Pero tienes artículos de tocador para mí?

Asiento.

—¿Cuánto tiempo llevabas planeando esto?

—Un tiempo.

—No voy a dormir en tu cama.

Sonrío, la acecho.

Deja caer los brazos, que estaban cruzados sobre su pecho, a los lados. Sé que le cuesta mucho quedarse donde está y no retroceder cuando estoy cara a cara con ella.

—Mi cama es exactamente dónde vas a dormir.

—No. —Pero su voz sale débil.

Pongo un dedo en medio de su pecho, la llevo hacia atrás a la pared y la sujeto ahí.

Pone las manos en mi pecho para mantener esa pequeña distancia entre nosotros y tiene que levantar el cuello para mirarme y todo lo que puedo pensar es en lo pequeña que es. Cuán indefensa.

Cuán mía.

—Yo no... —su voz se rompe y tiene que aclararse la garganta—. No dormiré contigo.

La miro desde arriba, el suéter de gran tamaño cuelga de su hombro de nuevo, también más abajo, exponiendo la hinchazón de un pecho. Dejo que los nudillos de mi mano lo rocen, escucho su respiración mientras su pecho se agita. Vuelvo mi mirada a la suya.

—Lo harás. Y lo querrás. Lo querrás más de lo que te gustaría admitir.

—Suéltame.

—No quieres que te suelte.

Empuja contra mí. Es algo lindo.

—Lo veo en tus ojos, Amelia. Veo cómo se dilatan tus pupilas. Veo cómo se separan tus labios y tu linda y pequeña lengua se lanza a lamerlos. Preparándolos para mí.

—Yo no... ellos no...

—Incluso apuesto a que si meto la mano dentro de tus bragas... —Lo dejo inconcluso y deslizo una mano sobre su vientre, desabrocho el botón superior de sus *jeans*.

Coloca ambas manos sobre la mía, clavando las uñas en la piel.

Le sonrío, meto los dedos justo dentro de sus *jeans*, justo en la cintura de sus bragas, apenas haciendo cosquillas allí.

Hace un sonido e intenta tirar de mi muñeca.

Pasa un minuto completo antes de que retire mi mano y me aleje, soltándola. Saco mi suéter sobre mi cabeza, escuchándola jadear cuando lo hago.

—¿Vas a sacar más cuchillos? —pregunto.

Tiene la boca abierta. Sus ojos pegados a mi pecho. E imagino que es sorprendente lo que ve.

Me acerco a ella, le toco la barbilla con un dedo para inclinar la cara hacia arriba.

—¿El gato te comió la lengua?

—Tú... tú... —Sus ojos se deslizan hacia la tinta que cubre gran parte de mi pecho.

—Necesito ducharme y tengo hambre. ¿Vas a sacar más cuchillos?

Arrastra los ojos hacia arriba y niega con la cabeza casi ausente.

—¿Por qué? —pregunta. No se refiere al cuchillo.

Un peso cae sobre mí; la falta de sueño, el viaje, la isla y los últimos meses… todo finalmente está pasando factura. Como si ahora que ya estoy en casa, todo se vendrá abajo a mi alrededor.

La observo, busco en sus ojos, queriendo verme a través de ellos.

Deseando ver lo que ella ve.

—Porque es la noche que lo cambió todo.

AMELIA

Porque es la noche que lo cambió todo. No solo para Helena y Sebastian, sino también para él y para mí. Es la noche que nos trajo aquí.

Me quedo allí estúpidamente en silencio escuchando el clic de la puerta del baño al cerrarse. El sonido de la ducha encendida.

Parecía agobiado. Cansado. Como cuando le pregunté por qué, estaba tan cansado.

Camino por la habitación hasta mi mochila y llevo mis cuadernos. Me siento en el borde de la cama, su cama. Echando un vistazo a los cuadernos de bocetos, encuentro el que estoy buscando porque sé exactamente cuál usó. Al menos por la imagen que reconocí. Las que estaban en su espalda, solo tuve un destello del caos de tinta allí.

Tomará horas estudiar su piel.

Días.

Me siento mirando el boceto, trazándolo con la yema del dedo, trazando cada uno de los antiguos bloques de madera, las manchas de los rostros de mis hermanas.

Al verlos, los malditos Scafoni.

La ducha se apaga, pero apenas lo registro porque estoy intentando dar sentido a lo que ha hecho. Y cuando la puerta se abre, lo miro y él se detiene un segundo, como si se sorprendiera de verme aquí. ¿A dónde más iría?

Tiene una toalla alrededor de las caderas, el cabello está húmedo y despeinado alrededor de su cabeza y lo único que puedo hacer es mirar fijamente durante un largo minuto. Mirar el pasado entintado en su cuerpo, porque eso es lo que es.

—Faltaba uno de mis cuadernos. Pensé que estaba loca —digo. Recuerdo haber buscado por todas partes. Fue entonces cuando dejé de sacarlos del apartamento. Empecé a dibujar en servilletas del bar porque no podía dejar de hacerlo—. ¿Fuiste tú? ¿Tú lo tomaste?

No me responde, pero no tiene que hacerlo. La evidencia está ahí. En su pecho.

Dejo el cuaderno a un lado y me levanto, voy hacia él.

Todavía tiene el guante puesto. ¿Se duchó con él?

Pero los tatuajes desvían mi atención de la rareza.

Miro más de cerca, me pongo en contacto con la tinta, siento la piel suave y cálida estirada sobre el definido músculo.

Una chispa de electricidad pura me hace retirar la mano con un jadeo.

Lo miro.

Él también lo sintió, lo sé. Puedo verlo en tu rostro.

Voy a rodearlo, pero no me deja. Se gira conmigo, sonriéndome.

—Déjame ver —digo.

—No es para que lo veas.

—Es lo que sucedió. En esa isla. —Lo sé.

No responde, pero su expresión cambia, la sonrisa desaparece.

Ese peso ha vuelto.

Y no me permite entrar.

Se aleja, entra en el gran armario. Cuando regresa un minuto después, lleva un suéter negro con *jeans* oscuros y se está peinando con las manos.

—¿Lo catalogaste? —pregunto.

—No le des tanta importancia. Es tinta. Solo tinta.

—No, es más que eso. Lo sé.

—¿En serio?

—Quiero ver.

—Te dije que no es para que lo veas.

Va a la puerta, la abre y me hace gestos para que avance.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué lo hiciste?

No me responde, sino que sale al pasillo.

—Te hice una pregunta. —Lo sigo.

Se detiene, da media vuelta como si estuviera aburrido. Pero luego algo más se hace patente, algo más oscuro.

—¿Alguna vez has oído la expresión la curiosidad mató al gato? —pregunta, guiándome hacia atrás hasta que mi espalda está, una vez más, contra la pared.

—Solo quiero entenderlo.

Me pasa los nudillos de la mano por la mejilla, levantándome el pelo para susurrarme al oído: —Sólo te hará quererlo más, Amelia. —Su voz es profunda y sus palabras seductoras y burlonas a la vez.

—No lo quiero.

Me observa, como si me estuviera analizando.

—Te veo. Veo lo que hay dentro de ti.

—No ves nada. No me conoces.

—¿No?

Pone su gran mano sobre mi estómago. Lo abarca casi todo.

No me muevo. Apenas respiro.

—¿Sabes que quiero *yo*, Amelia? —pregunta, bajando la cabeza para que la barba en su mandíbula me rasque la piel—. No quiero nada más que empujarte contra esta pared, arrancarte los *jeans* y follar ese apretado coño virgen tuyo. Quiero sentirte sangrar. Quiero sentir el calor de la sangre virgen derramarse por toda mi polla.

Hago un sonido, como el de un ratón, y su aliento en mi oído hace que cada pelo de mi cuerpo se ponga de punta y sus palabras me aterrorizan y me excitan, y tiene razón. Quiero esto, de alguna manera retorcida y extraña, quiero exactamente esto.

—¿Querías ser ella? ¿La chica Willow? —se burla.

Desliza su mano hacia abajo, hacia mis *jeans* que todavía están desabrochados, y siento cada diente de la cremallera mientras la arrastra hacia abajo. Siente el lento y deliberado movimiento de su mano deslizándose en la cintura de mis *jeans*, mis bragas.

—¿Querías ser la elegida? —Su mano baja y las yemas de sus dedos encuentran la línea de

mi sexo.

—Detente.

—¿A la que se follara?

La forma en que dice la palabra, el sonido de la *f*, es como si pudiera saborearlo.

Curva los dedos en mis pliegues. Es la primera vez que los dedos de alguien, que no sean los míos, han estado allí. Me han tocado allí.

Y no puedo respirar, pensar o pelear.

—¿Eh? ¿Es eso? ¿Desearías que él te hubiera elegido a ti en lugar de a tu hermana? ¿Qué te arrastrara a esa isla? ¿Desearías que él *te* hubiera obligado?

Lo miro y todo lo que puedo sentir son sus dedos sobre mí y es difícil pensar, respirar o hacer algo más que mirarlo.

Tiene un aspecto extraño en el rostro. Sus ojos parecen más oscuros, las motas turquesas brillan en contraste y están tan concentrados en los míos, como si quisiera quemar su mirada en mí, para robar los pensamientos de mi mente.

—¿Quieres que te obliguen, pequeña chica Willow?

—No. —Es débil y él lo oye.

—Porque estás mojada. —Esta última parte es un susurro largo y prolongado que siento más que escucharlo y aprieto los ojos avergonzada porque tiene razón.

Mis manos, que deberían estar alejándolo, descansan sobre su pecho y cuando engancha un dedo dentro de mí, lloriqueo, y sé que eso es lo que él quiere.

Lleva su boca a la mía y me besa, pero no mete la lengua dentro, todavía no, ni siquiera cuando me abro para él. En lugar de eso, se aleja, toma mi labio inferior entre sus dientes y muerde un poco, lo suficiente para cortar, para extraer una sola gota de sangre.

Me aferro a él mientras frota mi clítoris y se siente tan bien y ese sonido que escucho, soy yo.

No debería querer esto.

No debería quererlo a él.

Pero luego esas caricias se vuelven duras, el dolor y el placer se alternan, el dolor domina mientras, con sus dedos dentro de mí, me pone de puntillas.

—¿Sabes qué creo?

No digo ni una sola palabra. No puedo.

—Creo que quieres que te follen —dice, con un toque más de enojo en sus palabras. Más violencia.

Trago, niego con la cabeza. Pero él solo tuerce sus dedos dentro de mí.

—Detente —intento.

—De hecho, creo que te mueres de ganas de que te follen.

—Me estás lastimando.

—¿Te gusta que te lastimen? A tu hermana le gustaba.

Mi mirada vuela hacia la suya. —¡Detente!

—Solo una pregunta. ¿Te mueres de ganas de que te folle yo o te servirá cualquier maldito Scafoni?

Finalmente, le empujo.

—¡Basta!

No se mueve, pero cambia su agarre para frotar mi clítoris nuevamente y esta vez, el sonido que hago es un gemido y es desde lo más profundo de mí y lo odio. Lo hago. Lo odio.

—¿Entonces? —pregunta.

¿Está tan indiferente mientras me desenredo ante sus ojos? ¿Mientras me destroza tan

fácilmente?

Porque esos meses en Filadelfia, era como si supiera que era él. Como si hubiera sabido todo el tiempo que era él quien me seguía. Como un sexto sentido.

Como si esto siempre estuvo destinado a suceder.

Dejo que mis manos se deslicen hacia abajo, sobre el pecho esculpido y los abdominales duros como una roca, y luego lo siento y no se ve afectado.

No, sí se ve afectado.

Envuelvo mi mano alrededor de la barra de acero de su polla amenazando con rasgar sus *jeans* y me lamo los labios y él todavía está frotando mi clítoris y estoy tan cerca, y cuando cierra su otra mano alrededor de mi nuca y me atrae hacia él, bajo la cabeza y dejo que mi frente descanse contra su pecho y estoy jadeando y los sonidos que estoy haciendo son extraños para mí.

Debería luchar contra él.

Quiero querer luchar contra él.

Pero cuando intento alejarme, me agarra el pelo y me obliga a mirarlo y sonríe.

—¿Es esto lo que quieres?

Soy patética.

Ni siquiera puedo encontrar mi puta voz.

Sus ojos se entrecierran y se ríe, pero no hay alegría en el sonido. Saca la mano, la lleva a mi cara, pasando los dedos por la mejilla y la boca, dejando un rastro de humedad.

Mis rodillas se doblan y estoy en el suelo, él se deja caer a mi lado y, con esa misma mano, atrae mi cabeza hacia su pecho.

Es entonces que mi cara está enterrada allí que lo suelto. Que lloro. Sollozo en silencio contra él, con las manos apoyadas en él, los hombros destrozados, queriendo apartarlo, sabiendo que debería hacerlo. Mierda. Debería hacerlo.

Pero lo que dijo es la verdad.

Lo sabe. Lo sé.

Está mal.

Estoy mal.

Perversa.

Retorcida.

Pero él tiene razón. Y tal vez sea la vergüenza lo que me hace consolarme aquí, contra la cálida fuerza del pecho de mi enemigo, mi rostro oculto de él.

La vergüenza que escondo.

Al menos momentáneamente.

Se echa hacia atrás, se pone de pie, y es como si alguien hubiera quitado una manta, de repente hace mucho frío.

—Ten cuidado de no enamorarte de mí, chica Willow.

Escucho sus palabras.

Las siento.

Tengo la cabeza inclinada y la piedra debajo de mis rodillas es lisa y helada, y cierro los ojos como si pudiera desaparecer. Tal vez si no puedo verlo, entonces él no puede verme.

Creo que va a decir algo. Humillarme aún más. Patearme, tal vez. Patearme mientras estoy en el suelo.

Pero luego se mueve. Simplemente se da la vuelta y se aleja, baja las escaleras y lo veo irse sin siquiera mira hacia atrás. Ni la más breve mirada.

¿Ni siquiera soporta mirarme?

GREGORY

—No come a menos que coma conmigo.

—Puedo llevar un sándwich... —comienza Irina, ya con un plato en las manos.

Levanto la vista de mi escritorio. Han pasado horas desde ese episodio. Amelia no ha bajado e Irina, una típica madre italiana, quiere alimentarla. Y por mucho que aprecie su preocupación, ella hará en mi casa lo que yo diga.

No cometeré el error que cometió mi hermano.

No voy a mimar a mi chica Willow.

Matteo camina detrás de ella. Me mira, la toma suavemente, niega con la cabeza mientras se la lleva.

Me levanto, tomo la botella de *whisky*. Es temprano, pero a la mierda. No he dormido en veinticuatro horas y estoy jodidamente cansado.

Sin molestarme con un vaso, tomo la botella y salgo al pasillo, doblo la esquina y bajo al vestíbulo hacia la biblioteca, donde la casa está más oscura, aun esperando ser remodelada. Aquí también hace más frío, pero es porque aquí todo sigue apagado. Sin calefacción.

En la biblioteca, me abro paso entre los escombros usando la luz de colores que se filtra desde el vitral. La nieve se eleva en círculos sobre mi cabeza y miro hacia arriba para ver el agujero en el cristal. No creo que estuviera allí la última vez que visité este lugar, pero tal vez sí y no estaba prestando atención.

Me quedo un minuto mirando ese remolino blanco, parecido al polvo, mientras el viento lo arrastra.

Esta habitación es extraña. No pierdo el tiempo pensando en fantasmas. Me importa una mierda si la casa está embrujada. Pero admito que la sensación en esta habitación en particular es diferente.

Tomo un trago de mi botella y paso por encima de los materiales de construcción y el polvo y me dirijo a la parte trasera de la habitación engañosamente grande hacia una puerta que parece más antigua que la propia casa. Una puerta sólida de madera oscura y pesada.

Saco mi llave, es anticuada, pero tampoco quiero cambiarla. La uso y abro la puerta, saco mi teléfono para iluminar el camino. No hay electricidad aquí abajo.

Hay una caída inmediata de la temperatura, una humedad que huele a podrido, como la habitación bajo el mausoleo de la isla.

Eso me consuela.

Supongo que tiene sentido. Para alguien tan frío como yo, tan podrido por dentro, un lugar como este es mi hogar.

Sigo los escalones de piedra que bajan a las catacumbas. Según los mapas, siguen durante

kilómetros. Supuestamente se puede acceder al pueblo a través de ellos, pero aún no los he explorado tan de cerca.

Solo hay una habitación a la que me gusta ir.

Hago brillar la luz por el túnel oscuro. El agua gotea en algún lugar a la distancia, el sonido resuena en las paredes. Algo se escabulle cuando doy un paso, mirando hacia las habitaciones por las que paso, cuevas vacías, realmente ya que esta solía almacenar vino; aquella, comida; la otra, no lo sé. Ahora todo sin usar. Inservible.

El pasillo se divide en dos. Giro a la derecha, y en la siguiente bifurcación, otra vez a la derecha. Es como un laberinto.

Al final de este túnel está la habitación que busco. Es la única con puerta. Me asomo a través de la pequeña ventana enrejada y la abro, con cuidado de meter el tope de la puerta en su agujero en el suelo para que no se cierre. No hay forma de abrir la puerta desde el interior. Me hace preguntarme para qué la usaban.

Saco de mi bolsillo mi encendedor y enciendo las velas a lo largo de las piedras que sobresalen de las paredes y que utilizo como estantes. Apago la linterna de mi teléfono y lo guardo. Después de caminar por la habitación para encender todas las velas, me siento en el borde del catre.

Fui yo quien tomó su cuaderno de bocetos. Fue uno de sus primeros.

Y aquí están todos esos dibujos, en blanco y negro, las esquinas se curvan por la humedad aquí, algunos demasiado húmedos por la pared en la que están pegados. Me siento, bebo mi *whisky* y los miro, esa noche esbozada desde todos los ángulos.

Es curioso cómo funcionan algunas mentes.

Estos bocetos, son como mirar dentro de su cabeza. Un vistazo donde no se me permite.

Así es como ella vio esa noche, la noche de la cosecha. Como vio la escena de la que se vio obligada a formar parte, que duró apenas unos minutos y que lo cambió todo.

Y cuando miro estos dibujos, siento que estoy espiando.

Memorizó todos los detalles. Incluso nuestras caras. Aunque no son del todo correctas. Ethan es un borrón. Sebastian se parece a Satanás. Yo, me parezco a mí mismo, más o menos, pero omitió algo.

Trago un poco más de *whisky* y me levanto. Voy a uno de los bocetos y tomo el trozo de carbón del estante inferior. Arreglo los detalles de nuestras caras. Agrego sombra a las esquinas de la biblioteca. Porque ahí es donde los fantasmas de las chicas Willow muertas acechaban en su casa.

Su enfoque esa noche debería haber estado en mi hermano.

En él y Helena.

Me sorprende el detalle de mi cara.

Miro el boceto donde Sebastian levantó la vestidura de Helena. Le agregué color a ese. Es uno de los dos únicos con color de cualquiera de estos bocetos. Una mancha de rojo. La marca. Me pregunto si fue eso lo que atrajo a mi hermano.

Pero yo también habría elegido a Helena. Fue la que destacó.

Tal vez sus padres lo hicieron a propósito. Atándola como lo hicieron. Amordazándola. Quizás era para proteger a sus hijas doradas y entregar a la que menos les gustaba.

No.

No sé si la querían menos que a las demás.

No sé si amaban a alguna de ellas. Porque si lo hicieran, ¿cómo podrían haberlas colocado en esos bloques?

Me vuelvo a sentar manchando la etiqueta de la botella de *whisky* mientras la levanto. El líquido quema en su paso por mi garganta. Me froto los ojos. Estoy cansado. Debería dormir.

Lo que sucedió allá arriba, al final, no me lo esperaba. Ese sollozo silencioso y desesperado.

Y aunque creo que la entiendo, al menos de alguna manera, esa parte me confundió.

Sé que lo que dije es verdad. Demonios, lo confirmó con la expresión de su rostro. Con la reacción de su cuerpo.

Me llevo los dedos a la nariz. El aroma más tenue de ella persiste e inhalo profundamente, lo que me resulta difícil de tragar.

Es diferente de lo que pensé que sería.

En el tiempo que la he estado observando, ha sido diferente de lo que esperaba.

Supuse que era ella la que estaba lidiando con el conocimiento de que sus padres la habían traicionado. A todas las hermanas, en realidad. Su madre, que había sobrevivido a una cosecha, que había sido testigo de lo que el legado de la chica Willow le hizo a su propia hermana, todavía colocó a sus hijas en esos bloques.

Puedo ver cómo eso te jodería.

Pero cuando entré en su apartamento y encontré esos bocetos, vi algo diferente. Lo sentí.

Anhelo.

Es lo que no puedo sacarme de la cabeza.

Es lo que siento cuando veo estos bocetos.

Es lo que me atrae de ella.

Me une a ella.

Y ese sollozo. Que se apoyara en mí. Casi refugiándose en mí.

En mí.

Bebo un largo trago de *whisky*, estudio las imágenes que me rodean y lo único que puedo pensar es que está jodida.

Tan jodida como yo.

AMELIA

Cuando me despierto, es con ese resplandor anaranjado que entra por las ventanas. Nunca cerré las cortinas.

Miro hacia el otro lado de la cama, pero está vacía. Y no se ha utilizado. La puerta del baño está abierta y la luz está apagada. Lo mismo ocurre con el armario. Estoy sola.

Después de que me dejó en las escaleras, me encerré en el baño por un rato. Pensé que volvería. Sinceramente, no estaba segura de si quería que lo hiciera.

Me di una ducha, me volví a poner la misma ropa porque lo único que tengo en mi mochila son esos cuadernos de bocetos. No creo que haya traído la bolsa de viaje. Pero supongo que tenía las manos ocupadas conmigo y mi mochila después de dejarme inconsciente.

Mi dolor de cabeza se ha calmado, aunque no se ha ido por completo, y tengo tanta hambre que me duele el estómago. Me levanto, sintiéndome pegajosa. Dormir con un suéter y *jeans* no era lo más inteligente, pero la alternativa era mi ropa interior y como estoy durmiendo en su cama, no voy a hacer eso.

Voy a la ventana, veo el amanecer. Es hermoso. Nunca me había tomado el tiempo de verlo. Debe estar helado porque la nieve todavía cubre cada rama y donde llega el sol naciente, los cristales de hielo brillan como diamantes.

En el baño, me lavo la cara, me cepillo los dientes y el cabello. Mi reflejo todavía me sorprende, el negro es tan diferente al rubio al que estoy acostumbrada. Si hubiera tenido más tiempo, habría ido a una peluquería y lo habría hecho bien. Bueno, si tuviera tiempo y dinero. Así es como me metí en este lío con Charlie y Madame Liona.

Conocí a Charlie unos días después de llegar a Filadelfia. Se presentó y me entregó una tarjeta para su agencia de modelos. Me dijo que tenía el aspecto que buscaban y, como la tonta que soy, le creí todo sin dudar.

Nunca tuve ningún trabajo como modelo, pero Charlie me dijo que me instalaría en el apartamento. Que pertenecía a una amiga y que podía devolverle el dinero cuando me pagaran. Me compró ropa. Un teléfono. Me dio algo de dinero en efectivo.

Se trataba de la estafa perfecta.

Por no mencionar a la tonta perfecta.

Es un cliché, en realidad. Una joven e ingenua chica del Medio Oeste llega sola a la gran ciudad e inmediatamente es víctima de un estafador.

Pero ¿Gregory me salvó o salté de la sartén al fuego?

Pienso en lo que dijo. ¿Quería ser la chica Willow? ¿Quería que Sebastian me hubiera elegido?

Estas son las preguntas que he estado evitando hacerme durante meses. Y él lo notó en

cuestión de horas. Me leyó como a un libro.

Cuando regreso al dormitorio, escucho un golpe silencioso en la puerta. Sé al instante que no es Gregory porque estoy segura de que nunca llamaría y si lo hiciera, no sería tan suave.

Voy a ella, la abro.

La mujer que conocí ayer está de pie afuera. Sostiene una bandeja con café y rebanadas de pan humeante con mantequilla, mermelada y un plato de quesos.

—No has comido —dice con una sonrisa cálida y preocupada. Su acento es bonito.

Me hace la boca agua el aroma del café y el pan recién horneado.

Miro más allá de ella, casi esperándolo.

—Se ha ido —dice. Hace gestos como para preguntarme si puede entrar.

Me hago a un lado. —Gracias —digo, y siento que quiero llorar ante esta amabilidad.

Coloca la bandeja sobre una mesa en la esquina.

—¿Sabe dónde está?

Niega con la cabeza.

—¿O cuándo volverá? —Dios, sueno patética.

—No.

Se va y cierra la puerta y me sirvo una taza de café con una generosa porción de crema. El primer sorbo es celestial, me siento a untar el pan y como cada bocado.

Cuando he vaciado la jarra de café y solo quedan migajas de la comida, me levanto, tomo la bandeja, me enderezo y salgo por la puerta.

Lo primero que hago es buscar la cocina para devolver la bandeja. La mujer me lo quita y le agradezco de nuevo antes de entrar. Al principio soy cautelosa, pero muy pronto sé que no está acechando en algún rincón, esperando para saltar.

Paso la mañana mirando varias habitaciones de la casa, mirando por los pasillos que están en construcción. Nadie está trabajando hoy en la casa. Supongo que el clima los mantiene alejados.

El segundo piso es el más cercano a estar terminado con solo dos habitaciones aún cerradas. Subo las escaleras hasta el tercer piso, teniendo cuidado, ya que parte de la piedra se haya derrumbado. Pero cuando llego al rellano, está casi completamente oscuro y cada una de las tres puertas está entablada.

Y, francamente, es espeluznante aquí arriba, así que vuelvo a bajar las escaleras.

En la planta principal se encuentran el gran vestíbulo, los salones y comedores, la cocina, una habitación cerrada y una biblioteca.

La biblioteca está a medio construir y hace frío aquí. Las ventanas deben ser originales. Son vitrales y, por muy bonitos que sean, no hacen nada para mantener el frío afuera.

Me abrazo y deambulo por la habitación. El estilo aquí es más gótico que el resto de la casa, más oscuro y aparentemente más viejo. Me pregunto si él intentará mantenerlo así.

Hay un sillón de aspecto antiguo que está tan desgastado que hay una rasgadura en el cuero descolorido del asiento. Toco un lugar donde faltan los botones de latón mientras me dirijo a algunos de los materiales de construcción para llegar a las estanterías.

Escaneo los libros. Están polvorientos, como si los hubieran dejado aquí hace mucho tiempo. Me pregunto sobre la historia de la casa.

Un aleteo llama mi atención y miro hacia el techo. Este, como el del vestíbulo, está pintado al fresco. Las hermosas flores crean una especie de jardín en tonos azul cielo, verde, magenta y amarillo. Es tan bonito que hago un círculo para verlo cuando vuelvo a ver el aleteo.

Me hace saltar porque es un ave. Debe haber quedado atrapado en el interior mientras los trabajadores estaban aquí.

Vuela de nuevo por el techo. Reconozco el tipo de ave. Un petirrojo. Me hace sonreír porque veo petirrojos a donde quiera que vaya. Pero este, obviamente, está angustiado. Me pregunto cuánto tiempo ha estado encerrado aquí.

Inspecciono las ventanas más de cerca e intento tirar de la palanca para abrirla, pero está atascada o sellada, así que me detengo. Al mirar hacia arriba noto una rotura en el cristal lo suficientemente grande como para que el ave haya entrado. Lo que explica el charco de agua en el suelo donde el viento introduce nieve.

El sillón es demasiado pesado para moverlo, pero veo una mesa vieja cubierta de centímetros de polvo en la esquina más alejada. Abriéndome paso entre los escombros en el suelo, llego a ella, distraída por los estantes de libros, como un laberinto, la habitación más grande de lo que parecía cuando entré por primera vez.

Estornudo cuando quito el polvo y compruebo que es lo suficientemente resistente como para soportar mi peso antes de llevarla a la ventana. Tiene la altura exacta como para que me suba y ya de pie, pueda alcanzar el agujero en la ventana, pero primero tendré que atrapar al ave.

Está encaramado en una estantería alta mirándome. Tendré que convencerlo de que baje.

Tengo cuidado de cerrar la puerta silenciosamente detrás de mí, me dirijo de nuevo al pasillo y a la parte más cálida de la casa. Irina está cocinando algo y me sonríe, me mira cortar un pedazo del mismo pan que comí antes. Ella no hace ninguna pregunta mientras le doy un mordisco y me vuelvo a ir.

Regreso a la biblioteca y el ave sigue en el mismo lugar. Silbo con suavidad y hago migas de pan, colocando la mayoría de ellas en un estante y alejándome. Cuando ya estoy lejos, el ave vuela hacia abajo y empieza a recoger la comida. El pobre debe haber estado hambriento.

Tan silenciosamente como puedo, me acerco a él y estoy segura de que se va a ir volando, pero no lo hace. En cambio, deja de comer y me mira por un momento antes de volver su atención a las migajas.

Extiendo las manos abiertas. Ve las migajas en mi mano y salta para picarlas, su pequeño pico afilado es como un pinchazo. Cuando cierro mi otra mano alrededor de su espalda, gorjea y agita sus alas.

—Shhh. No pasa nada —le digo mientras lo llevo a la ventanilla.

Subirme a la mesa es más difícil sin poder aferrarme a algo, pero lo logro y un momento después, empujo mis manos a través del vidrio roto y libero al ave. La última de las migas de pan cae de mi mano mientras lo veo irse. Cuando retiro mis manos, no soy tan cuidadosa y me estremezco cuando el cristal afilado corta el dorso de mi mano.

La sangre se desliza sobre mi piel, de un rojo profundo y oscuro. No duele, pero me quedo ahí de pie momentáneamente hipnotizada, con el brazo levantado, mirando el rastro sobre mi pulgar y hasta mi muñeca. Solo cuando cae al suelo lo limpio y vuelvo a bajar.

Encuentro un rollo de toallas de papel probablemente dejadas por el equipo de construcción y sostengo un pedazo sobre mi mano mientras regreso a la parte posterior de la biblioteca, al laberinto de estantes, pasando los dedos sobre los lomos de los libros, mirando la encuadernación, en su mayoría de cuero, sacando algunos y leyendo las fechas de publicación, finales del siglo XIX o principios de XX.

Me pregunto si se quedará con los libros. Espero que lo haga. Tal vez me permita limpiarlos, quitarles el polvo y organizarlos. Algunos son tan viejos y están en muy mal estado para ser rescatados, pero muchos están bien.

La mayoría de los estantes están limpios, incluso con el polvo, pero cuando llego al final de uno, hay una pila de carpetas y cuadernos. Busco entre la pila y encuentro los planos originales

de la casa, observo las notas en los márgenes, incapaz de entender la mayoría, ya que están en italiano.

En uno de los cuadernos, alguien dibujó varias habitaciones, interiores y exteriores, incluso los jardines. Es fascinante, y cuando llego a las dos fotografías desvanecidas de la casa y la familia que posa frente a ella, mi curiosidad se apodera de mí.

Es una pareja y su niña, el hombre y la mujer sonriendo, su hija radiante. La madre tiene las manos sobre los hombros de su hija, y parece que está a punto de correr tras su cachorro que es una mancha.

La llevo hacia la ventana para tener mejor luz, le quito el polvo y observo más de cerca sus rostros. El hombre tiene barba y parece tener unos cuarenta años. Tiene el pelo oscuro y lleva un traje formal de lana. Por el follaje, debe ser otoño.

Su esposa, supongo, es hermosa. Parece un poco más joven que él y lleva un vestido blanco suelto, no tan rígido como el traje de él. Su cabello es rubio y sus ojos claros. La niña es una réplica exacta de su madre.

Es solo cuando miro más de cerca que veo que el hombre tiene las manos sobre los hombros de su esposa y que una de ellas, parece estar casi envuelta alrededor de su nuca, como si la estuviera sujetando, como si temiera que huyera si la libera, al igual que su hija que está a punto de correr tras su pequeño cachorro.

También noto que sus manos están enguantadas.

Miro más de cerca sus sonrisas después de notar este detalle y veo la tensión en él, como si fuera forzada. Como si no perteneciera allí con ellas; la mujer y la niña demasiado ligeras y brillantes porque hay una oscuridad en él.

Un escalofrío repentino me hace estremecerme y me froto los brazos. Devuelvo la fotografía a su carpeta, pero la llevo, junto con los cuadernos, al sillón.

Me siento, me quito los zapatos y meto los pies debajo de mí, y los coloco en mi regazo para comenzar a revisarlos. El que capta mi atención es de un artículo inglés, el artículo cortado, el titular sensacional.

¡Conde Leonardo de Rossi absuelto de asesinato!

El sábado por la noche, la policía liberó al conde Leonardo de Rossi y lo llevó a su casa en Villa de Rossi después de semanas de interrogatorios.
Cuando se le pidió que comentara, el abogado del conde dijo que era un crimen terrible mantener a un hombre que claramente está de duelo por la pérdida de su familia en una celda de la prisión y se aseguró de señalar que no había pruebas que vincularan al conde con el horrible asesinato de su esposa y la desaparición de su hermosa hija.
El detective encargado de la investigación ha sido retirado del caso.
Había pocas pistas en la escena que el conde descubrió al regresar de un fin de semana en el extranjero para encontrar a su esposa muerta, con el rostro desfigurado; un crimen pasional.
Según el forense, llevaba horas muerta cuando la descubrió en la mañana de Navidad.
Aún más inquietante es la desaparición de la niña. Con solo cuatro años, uno de sus zapatos se encontró en la entrada de las catacumbas, pero una búsqueda exhaustiva no ha llevado a nada.
Cualquier esperanza de encontrar al asesino se está debilitando a medida que la policía ha agotado todas las pistas.

El artículo termina abruptamente.

Sucedió en Navidad. La encontró en la mañana de Navidad. El momento lo hace aún más terrible.

No reconozco el nombre en la publicación, pero esto es tan antiguo, que probablemente ya ni operen. ¿Es una revista de chismes o un periódico de buena reputación? Porque no hay duda de que la suposición es que el conde mató a su esposa y, quizás, a su hija.

Hojeo más recortes y me encuentro con otro fechado casi un año después de que se publicara ese artículo. Está desgarrado, pero por lo que puedo entender, el periódico estaba marcando el primer aniversario del espantoso crimen y el hecho de que nunca se resolvió. También afirman que el conde abandonó la casa, aquella que había construido para su familia, y regresó a San Gimignano, su ciudad natal.

Un recorte más de seis años después muestra la casa en pésimas condiciones con una nota que dice que está a la venta.

Por los fragmentos que puedo comprender de los recortes italianos, el nombre de la esposa del conde era Margot y su hija se llamaba Belle.

Tengo más curiosidad que nunca.

Me froto los ojos y miro a la ventana para ver cómo el cielo se oscurece. Es tarde.

Ordenando las hojas de papel, vuelvo a colocar la mayoría de ellas en su estante, pero tomo el cuaderno de bocetos cuya segunda mitad aún está vacía y meto la fotografía dentro junto con los dos artículos del periódico en inglés. Compruebo el pasillo antes de salir de la biblioteca.

Todavía no hay señas de Gregory. No sé si eso es algo bueno o malo.

Tengo hambre, así que me dirijo a la cocina, Irina señala la mesa puesta para uno y me siento. Bebo un sorbo de vino y como la comida que ha preparado; una pasta casera con salsa roja y una ensalada.

—¿Sabe dónde está Gregory? —pregunto.

Tiene una expresión de preocupación en su rostro y dice algo que no entiendo, pero el movimiento de su cabeza me dice que es un no.

No sé por qué pregunto. No estoy triste de que no esté aquí, pero también estoy atrapada en esta casa sin siquiera un par de botas adecuadas para salir o incluso un cambio de ropa.

Después de comer, deambulo por la casa, buscando un televisor o algo que me aleje del aburrimiento. Debería haber tomado un libro de la biblioteca, pero ahora está demasiado oscuro, al menos eso es lo que me digo cuando llego a la puerta porque ese frío me hace estremecerme y vuelvo a la sala de estar donde Irina apila troncos en el fuego antes de escabullirse.

Allí, encuentro una botella de *whisky* y me sirvo un poco a pesar de que realmente no bebo eso o al menos nunca lo he hecho antes.

Me siento en uno de los dos sillones y miro el fuego, me quito los zapatos y doblo las rodillas, disfrutando del calor y el crujido de los troncos húmedos.

Después de beber un poco de *whisky*, apoyo la cabeza en el brazo del sillón y dejo que mis ojos se cierren, solo por unos minutos. Aquí hace calor con el fuego y no quiero estar en su cama. Sé que debería levantarme. Debería estar alerta. Pero estoy cansada y está oscuro, silencioso y no puedo resistir la atracción del sueño.

Sé que estoy soñando cuando veo a la niña de las fotografías corriendo por la casa, esta casa. Sé que es ella. No tengo ninguna duda. Se ríe y persigue a su cachorro. Todo es como era entonces, la casa es hermosa, luminosa y brillante. Y cálida. Tan cálida que casi puedo oler el pan horneado en la cocina y sentir su risa tanto como escucharla.

Estoy asombrada por todo esto y la sigo pasillo tras pasillo, pero miro a mi alrededor, no veo

realmente hacia dónde voy. Solo sé que la sigo.

Pero esa luz, esa calidez, cambia. Y no es un cambio gradual.

Con un estremecimiento, disminuyo la velocidad, al igual que ella, mientras corre hacia el vestíbulo que conduce a la biblioteca.

No quiero ir allí y no quiero que ella vaya allí.

Intento alcanzarla para detenerla. Sé que es un sueño, pero, aun así, quiero detenerla.

Hace más frío a medida que nos acercamos a esa habitación, siguiéndola mientras avanza y ahora es urgente la necesidad de evitar que entre allí.

Pero cuando me mira, su cara es diferente. Parecida a un cadáver, al menos momentáneamente.

Como si hubiera un destello de calavera solo por un escalofriante momento, tan rápido que cuando parpadeo se ha ido y ella vuelve a ser una niña bonita. Pero ya no se ríe. Ni siquiera sonríe. Y dejo de perseguirla porque ha dejado de correr. Como si ella también supiera lo que encontrará dentro.

Abre la puerta de la biblioteca. La escucho crujir y me abrazo ante el frío.

—No lo hagas —digo.

Pero ella no me está escuchando. Ni siquiera sé si me oye.

—Mamá —grita al entrar, y su voz es dulce e inquisitiva, y es tan joven. Demasiado joven para lo que encontrará.

Lo primero que veo es sangre.

Las bonitas zapatillas de ballet de satén blanco de la niña la absorben cuando se acerca al borde de ese círculo de sangre que crece.

No grita de inmediato. Ella solo mira hacia abajo y ladea la cabeza como si no entendiera lo que ve.

No quiero mirar, pero lo hago.

Y veo a la mujer que alguna vez fue hermosa y yace ahí, sin rostro, con agujeros donde estaban los bonitos ojos, el hueso se muestra a través de la piel rasgada y la sangre. Mucha sangre.

Su madre muerta.

El cachorro de la niña llora a su lado.

La niña está llorando, y yo también.

Quiero decirle que se aleje, que venga hacia mí. Pero ya es muy tarde y se mete en el charco de sangre y su zapatito deja la más mínima huella.

El cachorro ladra ahora.

Sigo la mirada de la niña mientras el cachorro desaparece detrás de una estantería.

—No vayas —intento decirle, pero mi voz casi no suena y me encuentro siguiéndola, esforzándome por atraparla mientras ella pisa el cuerpo de su madre.

Mi mano se desliza a través de su forma fantasma mientras persigue a su cachorro e intento no mirar hacia abajo mientras yo también piso el cuerpo sin vida de la mujer.

Estoy descalza y la sangre es oscura y casi pegajosa cuando gotea espesa y caliente de mi pie y no puedo apartar la mirada, no hasta que vuelvo a oír a la niña. La oigo decir algo y su voz suena diferente. Asustada. Y creo que está pidiendo ayuda.

—Ya voy —digo.

Una puerta se abre con un chirrido y aparto la mirada de la sangre y la sigo, dejando huellas rojas en el suelo polvoriento.

Parece que estoy corriendo durante horas, días, en este laberinto interminable hasta que llego

al final. Vuelvo a ver la cara de la niña otra vez, como si me hubiera estado esperando. Cuando me ve, extiende su mano, y cuando acerco la mía a la suya, se ríe como si todo fuera solo un juego, y se aleja, desapareciendo en un espacio más oscuro, y escucho el eco de sus risitas y miro su zapato arruinado, el satén blanco ahora de un rojo sucio, olvidado mientras desaparece hasta que casi no hay sonido en absoluto, no hasta que escucho mi nombre.

—Amelia.

Es la voz de un hombre. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie aquí.

Intento dar otro paso hacia donde desapareció la niña, pero parece que no puedo moverme. Lo intento de nuevo, pero algo me atrapa.

—Amelia.

Lucho, pero lo que sea o quien sea que me haya atrapado no me suelta.

Llega esa risita, tan débil. Tan triste. Y tal vez no sea una risa, sino un llanto.

—Ya voy. —Mi voz suena extraña, como si las palabras no estuvieran completamente formadas.

—Amelia —dice, la voz es más firme y las manos más ásperas.

Abro los ojos.

No.

Tenía los ojos abiertos.

Simplemente no podía ver.

Él me está sacudiendo.

—Tengo que ir —digo. No sé por qué no me suelta.

Gregory tiene el ceño fruncido y me mira. —¿Ir a dónde?

Parpadeo. Miro a mi alrededor.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunta.

Estoy en la sala de estar, dirigiéndome hacia el vestíbulo en mi sueño. Rumbo a la biblioteca.

—Oye. —Me da otra sacudida—. ¿Me puedes oír?

Lo miro. Retiro sus manos. —Por supuesto, te oigo. —Me paso una mano por el pelo, me limpio las gotas de sudor de la frente.

Esto no ha sucedido en años.

No desde que era pequeña. Y luego una vez más. En mi decimosexto cumpleaños.

Helena me despertó esa vez.

Iba a la biblioteca de casa. Siempre a la biblioteca. Porque las bibliotecas son lugares embrujados.

—¿Qué acaba de suceder? —pregunta.

Doy un paso hacia atrás, con el pie pegajoso, mojado sobre las baldosas y, por un momento, creo que voy a ver rojo cuando mire hacia abajo. Pero luego me doy cuenta de lo que era el calor de la sangre. El *whisky* restante en mi vaso, debí haber tirado la taza, derramarla y caminar sobre el líquido.

El vaso está tumbado de lado en el suelo. Lo miro. Al menos no está roto.

El fuego se atenúa en la chimenea y me dirijo a ella. Casi se extingue. Debería ponerle otro tronco.

—¿Amelia? —pregunta Gregory—. Tenías los ojos abiertos, pero no creo que pudieras verme.

Me agacho, levanto el vaso y luego me enderezo. Estoy temblando.

—No es nada.

Está oscuro aquí. El fuego era la única fuente de luz.

Todavía me mira con curiosidad cuando lo miro.

—No parecía nada —dice.

—Simplemente una pesadilla.

—¿Eres sonámbula?

—No —miento—. Iba a poner leña en el fuego.

Es tan silencioso aquí, tan inquietantemente silencioso y miro la abertura en el otro extremo de la habitación que conduce a la biblioteca y parece una boca.

También teníamos fantasmas en nuestra biblioteca, me recuerdo a mí misma. Una vez les pregunté a mis hermanas sobre ellos. Pregunté quiénes eran. Todavía recuerdo cómo me miraban. Teníamos unos ocho años en ese momento y había estado viendo destellos de ellos toda mi vida. Pensé que todo el mundo los veía.

Pero después de esa vez, nunca más volví a preguntar.

Y nuestros fantasmas eran diferentes de esta niña y su madre. No habían sido asesinados.

La imagen del rostro destrozado de la madre parpadea en mi memoria y me estremezco. Me arrodillo, muy consciente de los ojos de Gregory sobre mí, y cojo dos troncos y los empujo hacia la chimenea. Con un atizador, trato de reiniciar el fuego, pero parece que no puedo encenderlo.

—Simplemente una pesadilla —repite mis palabras, agachado, quitándome el atizador, empujando los troncos, reiniciando el fuego sin problemas.

Observo las llamas y luego me vuelvo hacia él para ver las espeluznantes sombras que el fuego proyecta sobre su rostro.

Se pone de pie, llena un vaso de *whisky* y lo bebe a sorbos, sin dejar de analizarme.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto.

Rellena el vaso que derramé y lo pone sobre la mesa entre los sillones, sentándose en uno y haciéndome un gesto para que me siente en el otro.

—No mucho. Estabas hablando —dice casualmente—. Dijiste que tenías que ir. ¿A dónde tenías que ir?

Me siento avergonzada y de repente fría, como si acabara de soplar un viento.

—No lo recuerdo —vuelvo a mentir—. ¿Qué hora es?

—Las dos en punto.

—¿De la madrugada?

Asiente.

He estado fuera durante horas.

—¿No me vas a decir? —pregunta.

Estudio sus ojos, más oscuros en esta habitación sombría. Niego con la cabeza una vez.

Me mira, se detiene en mis pies, parece aceptarlo.

—Pedí algo de ropa para ti. Estará aquí por la mañana.

Me limito a asentir.

—Siéntate. —Señala el segundo sillón.

—Tengo frío.

Empuja el vaso hacia mí. Me doy cuenta de que las puntas de sus dedos están ennegrecidas y parecen sucias.

—Siéntate conmigo.

Su petición, por la forma en que la expresa, suena extraña.

Voy, me siento en el sillón junto al suyo.

Huele a humedad y a tierra.

Hace un gesto hacia el segundo vaso de *whisky* y lo tomo. Bebo un sorbo y el ardor es algo

calmante. Me calienta.

—Al menos háblame del sueño.

—Vi a la niña —digo, mirando fijamente al fuego, bebiendo más *whisky*—. Y a su madre. —Me giro hacia él—. Su madre muerta.

—No sabía que eras propensa al sonambulismo.

—No soy propensa al sonambulismo.

—Sé lo que vi. —Hace un gesto hacia las cosas que había sacado de la biblioteca—. Debes permanecer fuera de las habitaciones que aún están en construcción. La casa es muy antigua. Puedes lastimarte.

—¿Y te importa si me lastimo?

Se encoge de hombros.

—¿O es que quieres ser tú quien me lastime?

—Solo mantente fuera de esas habitaciones —dice, bebiendo su *whisky*—. Te darán pesadillas —añade con una sonrisa.

—¿Conocías la historia cuando la compraste?

Él asiente, estudiándome.

—¿Lo hizo? ¿El conde?

—Esa sería mi suposición.

—Ahí hace más frío. Pensé que solo era la ventana, pero...

—La calefacción no funciona allí. Eso es todo. —Se traga lo que le queda de *whisky* y no estoy segura de que crea lo que acaba de decir.

—Es otra cosa.

—Los fantasmas no pueden hacerte daño, Amelia. Es de los vivos de los que tienes que cuidarte.

GREGORY

Me analiza igual que yo lo hice mientras ella dormía. Mientras soñaba.

—Lo que dijiste —comienza, haciendo una pausa, mirando el fuego por un largo momento antes de volverse hacia mí—. Acerca de quererlo. De querer ser la chica Willow no es verdad.

—¿No?

Niega con la cabeza. —Pero después de esa noche... después de que Helena se fuera, no podía dejar de pensar en ello. En la ceremonia. Mis padres se negaron a hablar al respecto. Mis hermanas son más obedientes. Supongo que estoy entre ellas y Helena.

—¿Ella era la oveja negra de la familia?

—No lo sé. Nuestros padres eran diferentes con ella. Siempre un poco más duros con ella. Pensé que era porque ella era la mayor de nosotras.

—Por unos minutos.

—No les estoy dando una excusa. Era más fácil ser yo, lo sé. Y Helena siempre nos defendió, nos protegió. Y en agradecimiento, solo dejamos que tu hermano se la llevara. Ni siquiera luchamos.

Sirvo más *whisky* y me dirijo al fuego. —No te preocupes por Helena. Está bien. Más que bien.

—Me alegra que lo esté. Sin embargo, a ti no.

Siento que sus ojos hacen un agujero en el costado de mi cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no te alegras por ella? ¿Por tu hermano?

Trago el *whisky* en mi vaso. Tiene un sabor amargo. Me vuelvo hacia ella.

—Dime lo que hiciste después de esa noche.

Me pregunto cuánto le contó Helena sobre lo que sucedió en la isla. Ella no sabe nada sobre mí; mi parte en nuestro condenado *ménage-a-trois*. Me pregunto si enterarse haría que su estimación de su hermana bajara un escalón o dos o cien.

Me pregunto qué le haría a su estimación de mí.

—Seguí volviendo a la biblioteca. Todas las noches durante semanas, no podía dormir, y seguía volviendo allí. Sabía dónde habían almacenado los bloques. —Mira hacia abajo al vaso que tiene en las manos—. Es curioso que toda mi vida los vi en un rincón, simplemente apilados, no realmente escondidos. Nunca supe qué eran o para qué se usarían y nunca se me ocurrió preguntar.

Bebe un sorbo, está en silencio, pero sé que aún no ha terminado.

—Me puse de nuevo sobre uno —dice—. No sé por qué.

Se vuelve hacia el fuego y veo la sombra de las llamas danzar sobre su rostro.

—También busqué los vestidos, esas cosas horribles y apestosas que nos hicieron usar. Creo que, si los hubiera encontrado, me habría puesto uno. —Se arriesga a echarme un vistazo—. Eso es lo que hice después de esa noche.

—¿Ayudó?

—No. Creo que hizo lo contrario. No podía olvidarlo. —Hay una pausa larga—. Y no lo sé. Quiero decir, no *creo* que quisiera ser elegida. Pero tampoco quería que me quitaran a mis hermanas.

Su honestidad me sorprende. Nunca esperé que respondiera mis preguntas.

—Y de una manera extraña, sabía que elegiría a Helena de todos modos —continúa.

Yo también. Si lo pienso.

Pero no lo digo en voz alta.

—Yo estaba allí cuando te llamó —le digo.

No parece sorprendida por esto.

—¿Es por eso por lo que me elegiste? ¿Y no a mis hermanas? ¿Por qué Helena eligió llamarme?

Remuevo el último sorbo de *whisky* en mi vaso, lo trago y la miro. —Sí.

No reacciona cuando lo digo, como si ya conociera mi respuesta, y el silencio se vuelve pesado.

—¿Me elegiste para castigarla?

Bebo. No respondo.

—¿Estabas enamorado de ella?

Me mira directamente, con los ojos brillantes y la pregunta sale de la nada y estoy totalmente desprevenido.

—¿Es por eso por lo que estoy aquí? ¿Para lastimarla?

Bajo mi vaso y estudio el intrincado patrón del cristal. —Cuidado, Amelia.

—¿Lo es? Estoy siendo honesta contigo. Lo menos que puedes hacer es ser honesto conmigo. Creo que me lo debes. Después de todo.

—No te debo nada —digo, mirando otra vez hacia al fuego, todavía algo tranquilo—. Ve a la cama.

—No estoy cansada.

—Será mejor para ti si haces lo que te digo y te vas a la cama. Ahora.

—No me trajiste hasta aquí solo para enviarme a la cama.

Lentamente me vuelvo hacia ella, la veo tragar un sorbo de *whisky* mientras un tronco crepita y escupe. Ella está probando.

Cruza la mesa entre nuestras sillas, tentativamente toca mi mano enguantada. —¿Por qué usas esto?

Veo sus dedos acariciar el cuero.

—¿Qué escondes? —continúa.

No me muevo cuando llega a mi muñeca, bajando un poco del guante.

—Helena dijo...

En un instante, volteo mi mano y capturo su muñeca.

Ella jadea mientras la saco de su silla y la pongo de rodillas ante mí. El pánico llena sus bonitos ojos azules cuando la acerco y me inclino para estar a unos centímetros de su cara.

—No juegues conmigo.

—¿Toqué un nervio sensible? —pregunta.

Aprieta los dientes cuando agarro un puñado de pelo y tiro de su cabeza hacia atrás, con su

mano libre sujetando mi antebrazo.

—¿Lo hice? —pregunta de nuevo, su voz es diferente debido al ángulo de su cabeza.

—Te voy a decir una vez más que tengas cuidado.

—No te tengo miedo.

—¿No? —La arrastro para que se arrodille—. ¿Estás segura de eso?

No responde.

Sonrío e inclino la cabeza. Soltando su muñeca, agarro el cuello de su suéter y, en un tirón rápido, lo rasgo por la mitad.

Deja escapar un pequeño grito de sorpresa y la miro, ese bonito sujetador rojo ahuecando sus pequeños pechos, levantándolos, haciéndolos hincharse tan tentadoramente.

—¿Todavía no tienes miedo? —pregunto, metiendo la mano en una de esas copas, sacando su pecho, sintiendo que el pezón se endurece contra mi pulgar. Al encontrarme con sus ojos, la arrastro para que se pare, la jalo hacia mí, me meto su pezón en la boca y chupo con fuerza.

Sus manos se cierran sobre mis hombros mientras intenta estabilizarse, y cuando pone una rodilla en la silla, la capturo entre mis muslos. Observo sus ojos mientras cierro mis dientes alrededor de su pezón y lo jalo.

Deja escapar un gemido, un sonido entre el dolor y el placer. Un rubor se arrastra a lo largo de su cuello y sus ojos se oscurecen.

La empujo de nuevo a sus rodillas, dejando un pecho expuesto, la carne alrededor de su pezón roja por la violencia de mi boca. Me inclino hacia ella.

—¿Así que no quieres esto? —me burlo, desabrocho mi cinturón, lo abro, desabrocho el botón superior de mis *jeans*.

Su respiración es superficial, y sus ojos pasan de mis ojos a mi regazo y de regreso.

Le suelto el pelo y cae hacia atrás, masajea su cuero cabelludo. Me pongo de rodillas en el suelo y estamos tan cerca que nuestros muslos se tocan.

—¿No lo quieres? —pregunto, desabrochando sus *jeans*, observando su cara mientras los tiro hacia abajo.

Con una mano en el centro de su pecho, la empujo hacia atrás para que esté acostada sobre su espalda.

—Entonces pelea conmigo —digo, arrodillándome sobre ella, agarrando sus bragas y bajándolas también.

Planta un pie en el suelo, trata de alejarse, pero la atrapo.

—Venga —digo, dejando que mi mirada caiga sobre su coño afeitado, sobre la brillante línea de su sexo—. Puedes hacerlo mejor que eso.

Llevo la cabeza hacia abajo, y cuando sus manos me tocan el pelo, agarro sus muñecas y las alejo mientras la pruebo, lamo la humedad de ella, escucho su jadeo cuando me llevo su clítoris a la boca y chupo.

—¡Detente! —ordena, su voz alta y desesperada.

No lo hago. Chupo un poco más fuerte, escuchando su dificultad para respirar, su gemido, su débil resistencia. Solo cuando empuja su coño a mi cara me alejo, soltando sus muñecas, mirándola mientras yace completamente expuesta ante mí.

—Pelea conmigo —digo, pasándome el dorso de la mano por la boca. Agarro sus *jeans* y bragas con una mano para arrancarlos de sus piernas.

Eso la anima, pero cuando se sienta, solo consigue apoyar mi causa porque le quito los *jeans* para que esté desnuda de la cintura para abajo. Su suéter cuelga de un hombro y se ve feroz mientras se quita el otro y está de rodillas, tambaleándose hacia mí, con las manos como garras

que van por mi cara, mi cuello.

Me río, tomo sus muñecas, las arrastro a los lados y luego a la espalda, transfiriéndolas a una mano.

Cuando me inclino para besarla, sus dientes se juntan para morder, haciéndome reír de nuevo.

—Eso es —digo, sacando mi suéter sobre mi cabeza con mi mano libre. Al instante se distrae con la tinta, tratando de dar sentido a la escena—. Esa es la lucha que busco.

Me pongo de pie y la levanto para que se pare conmigo.

Está luchando, retorciéndose y girando para liberarse. No espera que la libere, así que cuando lo hago, tropieza hacia atrás, peligrosamente cerca del fuego.

La cojo del brazo, la estabilizo.

Se aleja y la miro de pie desnuda, solo con su sujetador. La atraigo hacia mí, su piel caliente contra mi pecho desnudo, su cabello suave debajo de mi barbilla. Me estiro detrás de ella para desengancharle el sujetador, liberándola de él.

—¡Detente!

Con un puñado de pelo en la mano, la mantengo firme y la beso, sabiendo que morderá, esperando la picadura de la rotura de la piel, saboreando el sabor metálico de mi propia sangre.

Meto su cabeza en mi cuello, froto mi mandíbula contra el lado de su cara.

—Me pone duro cuando peleas —susurro.

La libero de repente.

Una vez más, tropieza hacia atrás, pero esta vez se estabiliza ella misma.

—¡Estás loco! —grita, pasando el dorso de su mano por su labio, mirando la mancha de mi sangre en su piel.

Me acerco a ella y retrocede hacia la pared de piedra de la chimenea.

—Ahora corre, chica Willow. Corre. Y no dejes que te atrape.

Cuando retrocedo, está confundida. Le toma un minuto completo y yo me abalanzo hacia ella para que corra, y se gira en dirección a la puerta principal. Me tomo mi tiempo acechándola porque no hay ningún lugar al que pueda ir que no la atrape.

Cuando la alcanzo, está intentando abrir la puerta, pero está cerrada con llave.

—Corre, chica Willow.

Lo hace, corriendo de regreso a la casa, deteniéndose en las escaleras, cambiando de opinión y volviendo a través de la sala de estar y hacia el oscuro pasillo que conduce a la biblioteca. Se detiene en la puerta del estudio, lo intenta, pero también está cerrado.

La sigo y cuando se da cuenta de que la única escapatoria es a la biblioteca, duda, me devuelve la mirada por encima del hombro, me observa venir por ella.

—Es lo que quieres, ¿no? —pregunto con calma mientras me acerco—. ¿Yo persiguiéndote? ¿Obligándote?

Abre la puerta de la biblioteca y, de nuevo, se detiene. Está oscuro por dentro, la luz de la luna se filtra por los vitrales rotos dejando entrar la más pura luz plateada, justo la suficiente para ver.

Cuando está dentro, se gira para cerrar la pesada puerta. Me pregunto si sabe que no hay cerradura. Pero no le doy la oportunidad de averiguarlo. Coloco mi pie entre la puerta y el marco y ella salta hacia atrás cuando le sonrío ampliamente, abriéndola.

Camina hacia atrás y tropieza con algo en el suelo.

La cojo antes de que se caiga, tomándola de los brazos y tirando de su cuerpo suave y cálido hacia mí, llevándola de vuelta a la pared.

—¡Detente! ¡Suéltame!

—No quieres que te suelte.

Está empujando mi pecho, pero yo lo presiono contra ella y la atrapo contra la pared mientras alcanzo para desabrocharme los *jeans* y bajarlos un poco, lo suficiente.

Hace un sonido de pánico, un gemido y su rostro se contorsiona.

—Por favor.

—¿Todavía no me tienes miedo? —pregunto, levantando una pierna, manteniéndola ahí.

Sus manos se cierran sobre mis hombros. Ella traga y siento el tambor de su corazón contra mi pecho y una lágrima se desliza por su mejilla.

—Tengo miedo —susurra, y creo que tiene miedo de mil cosas.

Mi polla está en su entrada y se siente cálida y húmeda y sus pezones se presionan como guijarros contra mi pecho. Y cuando cae otra lágrima, la miro y no me está alejando, no está peleando, clavando sus uñas en mí o tratando de alejarse de mí.

—Tengo miedo —repite.

—Extraña chica Willow. —Le toco la mejilla, sigo su lágrima y lo digo en serio. Es extraña. Diferente. Y de alguna manera, la entiendo—. Querer esto. Así.

Ella no responde. No dice sí, ni no, ni nada. Solo me observa mientras más lágrimas se deslizan por sus mejillas.

Me muevo un poco, sintiendo la estrechez de su coño contra la cabeza de mi polla.

Sus uñas se clavan en mis hombros.

—Si quieres que me detenga, entonces dilo. Ahora.

No lo hace.

—Dilo, Amelia.

Nada. Nada mientras sus tristes ojos azules buscan en los míos.

—Dilo.

—Yo no…

—Débil.

—No lo quiero.

—Aún más débil.

—¡No *te* quiero!

Algo oscuro se apodera de mí.

Me estudia durante un largo momento, pero luego baja la mirada, baja la cabeza, se mete en mí, se aferra a mí; sus acciones son totalmente opuestas a sus palabras. Y sé que lo que dice no es cierto.

Pero es débil.

No puede aceptar lo que quiere.

Fuerzo su cabeza hacia arriba, su rostro pequeño en mi mano, sus lágrimas mojadas debajo de mis dedos presionando en sus mejillas.

—Entonces dime que me detenga.

Mira hacia otro lado, más allá de mí.

—Dime que me detenga.

Nada.

—Tengo razón, ¿verdad? —finalmente pregunto.

Intenta liberarse, pero presiono la parte posterior de su cabeza contra la pared y la obligo a mirarme. Porque necesita mirarme cuando haga esto.

Necesita verme por quién soy. Lo que soy.

Saber, a pesar de todo, que aún lo quiere. Me quiere.

—Tengo razón. Quieres esto, a mí, así, más de lo que estás dispuesta a admitir. Y eso es lo que te hace débil. No el deseo.

Empujo dentro de ella y no soy amable.

Y cuando siento su barrera, empujo con fuerza.

Sus uñas rompen la piel de mi espalda mientras el cálido chorro de su sangre virgen satura mi polla y, joder, está apretada, mojada y tan jodidamente caliente y se aferra a mí. Aferrándose, no peleando. No me empuja.

Suelto su cara y ella sumerge su cabeza en la curva de mi cuello, y escucho sus breves jadeos, siento el calor de ella, de su boca sobre mí.

—Mírame.

Siento que niega con la cabeza.

—Mírame.

—No puedo.

—Lo harás.

Cojo un puñado de pelo, forzando su cabeza hacia atrás porque quiero verla. Quiero escuchar su respiración. Quiero sostenerla contra la pared fría y sucia y verla tomarla, tomar mi polla dentro de ella mientras la poseo.

Hace otro sonido, un pequeño gemido. Su boca se abre y se aferra a mí y follo su coño virgen, y se siente tan bien. Tan jodidamente bien.

Su respiración cambia y ahora me está mirando y los sonidos que hace, pequeños y desesperados, me dan ganas de acercarme. Más profundo.

Y cuando jadea profundamente y su coño palpita alrededor de mi polla, empujo una última vez, enterrándome dentro de ella, mi polla palpitando, vaciándose, llenándola mientras gime en mi cuello, su cuerpo relajándose contra el mío, su peso completo en mis brazos.

La sostengo así durante mucho tiempo. Siento que me sujeta, y cuando la bajo, sus rodillas se doblan y la agarro, miro hacia abajo, siento la corrida y la sangre en mi polla.

Me mira fijamente, su respiración es superficial, con los brazos inútiles a los lados.

Me subo los *jeans*, veo la mancha de sangre en mi polla, la veo en sus muslos mojados. Me encuentro con sus ojos.

—Te corriste, Amelia —digo.

Sin palabras.

—Debes saber que sé lo que quieres. Sé quién eres.

No puedo leer sus ojos. Es demasiado oscuro aquí. Pero sé que, si me alejo, caerá. Creo que solo está de pie por la pared en su espalda y yo en su frente.

Entonces, cuando retrocedo, la recojo y ella no pelea conmigo y cuando subimos las escaleras, la siento en el borde de la bañera y la lleno con agua tibia antes de ponerla dentro.

Cierra los ojos, deja caer su cabeza, luego levanta las rodillas y hace puños con las manos y presiona las bases contra sus ojos.

La miro durante un largo minuto antes de quitarme los *jeans* y subirme a la gran bañera, frente a ella. Le retiro las manos de los ojos porque quiero verla llorar.

Y cuando me mira, las acusaciones le hacen arder los ojos.

—No me conoces, Gregory Scafoni. No sabes nada sobre mí. No tienes ni idea de quién soy.

AMELIA

El sol está empezando a salir y todavía estoy despierta. No duermo en absoluto esa noche, aparte de esas horas en la sala de estar. Tal vez sea el cambio horario. Todavía no estoy acostumbrada a la diferencia horaria. Tal vez es que no quiero volver a tener ese sueño.

Pero si soy honesta conmigo misma, sé que esas no son las razones.

Me duele el cuerpo. Me siento sensible por dentro y por fuera. Tengo la espalda rasguñada por la pared. Mis entrañas, por él.

Debería haberlo hecho parar.

¿Podría haberlo hecho?

Debería haber luchado.

Decirle que se fuera al infierno, pero, en cambio, me aferré a él. Lo acerqué más.

Lo que dijo, al menos en parte, es cierto. Lo quería anoche.

Quiero esto.

Pero se equivoca si cree que me conoce y yo he encontrado su debilidad. La delató anoche.

Helena.

Ella es su debilidad.

Y lo odio un poco por eso.

Tal vez también la odio un poco y esto, este conocimiento me avergüenza.

Lo que sucedió en esa isla lo rompió.

Cree que esta es su venganza, pero no creo que sea venganza lo que quiere. Es más que eso.

¿Ella?

No. No puedo pensar en eso.

Me está sosteniendo. Su brazo es pesado alrededor de mi cintura y mi espalda está contra su pecho y respira de manera uniforme. Creo que está dormido.

La luz anaranjada profunda del amanecer fluye a través de la división de las cortinas y miro su mano sobre mi vientre. El guante.

Nunca se lo quitó, ni siquiera cuando estábamos en la bañera. Lo toco ligeramente, tan ligeramente que no creo que lo sienta.

Está hecho del cuero más suave y fino. Me pregunto si está tan acostumbrado que ya ni lo nota. Quiero saber qué hay debajo. Aquello tan horrible que no deja que nadie lo vea.

No sé por qué le pregunté si estaba enamorado de Helena. Escuchar las palabras en voz alta fue discordante. Sabiendo que venían de mí, extraño. Cómo me hicieron sentir, mal.

¿Qué quiero? ¿Qué he querido todo el tiempo?

¿Esto?

¿Realmente he querido esto todo el tiempo?

¿Realmente quería que un maldito Scafoni viniera y me tomara, para hacerme una chica Willow?

No quiero pensar en esto. Ahora no. Pero cuando intento escabullirme de debajo de su brazo, él me acerca más.

¿Me equivoqué? ¿Ha estado despierto todo este tiempo?

—Todavía no hemos terminado. —Su voz profunda retumba contra mi cuello, haciendo que cada pelo se ponga de punta. Frota su barbilla contra mí, la barba en su mandíbula es áspera.

Lo siento detrás de mí. Siento cómo se endurece.

Con un pequeño sonido de protesta, intento liberarme porque debería liberarme.

Pero me sostiene con fuerza, me hace rodar sobre mi estómago, apoya todo su peso sobre mí, extiende mis piernas con las suyas, arrastra mis brazos sobre mi cabeza y agarra mis muñecas con sus manos.

—Dime quién eres, Amelia Willow —me dice al oído—. Tengo mucha curiosidad.

Me tenso cuando empieza a deslizarse dentro de mí. Todavía estoy adolorida por lo de anoche y luchando contra mi propio deseo.

Gime, lame la curva de mi hombro, cierra la boca sobre él y muerde.

Jadeo ante la sensación de sus dientes sobre mí, hundiéndose. Me pregunto si extraerá sangre, pero tiene cuidado de no romper la piel.

Se mueve dentro de mí y me estiro para él, mi cuerpo lo acomoda. Lo quiere.

—Dime otra vez cómo no me quieres.

Mueve mis manos hacia una de las suyas y desliza la otra hacia mi cadera y de repente hace frío cuando levanta su peso de mi espalda.

Mueve la mano que sostenía mis muñecas hacia la parte posterior de mi cabeza, me levanta para que esté de rodillas. Cuando agarra mis caderas, pongo mi mejilla en la almohada y lo miro detrás de mí, entre mis piernas, con las manos en mi culo, abriéndome, mirándome allí, mirándome tomarlo.

Cuando se encuentra con mi mirada, sus ojos casi resplandecen, negros y brillantes, y su boca se convierte en una sonrisa y empuja con fuerza y duele, pero se siente bien, muy bien.

—Dime porque todo lo que veo es a una chica Willow muriendo por ser follada.

Son sus palabras las que me sacuden, las que se sienten como un puño en mi vientre.

—Te odio —digo, y cuando intento alejarme, aprieta el agarre.

—No, no es así. Solo desearías odiarme.

Él vuelve su mirada a mi trasero, y cuando siento su dedo en mi culo, me pongo erguida. Pero no puedo escapar porque su agarre en mis caderas está demasiado apretado y todavía está dentro de mí.

Se ríe y me inclino hacia adelante, con las manos apoyadas en la cabecera. La sensación de él dentro de mí en este ángulo es diferente.

Mueve su agarre, una mano abarcando mi vientre, la otra alrededor de mi garganta. Me jala hacia atrás, mi espalda contra su pecho, y sus embestidas son deliberadas y profundas.

Giro un poco la cara y me lame la mejilla, besa mi oreja.

—También me follaré tu pequeño y apretado culo virgen —susurra.

—Jódete.

—Te correrás con mi polla en tu culo, Amelia. Suplicarás por ello.

Lo odio. En verdad lo hago.

Pero ese odio es parte de este deseo. Es lo que hace que esto arda con tanta intensidad.

Desliza la mano que está en mi vientre hacia abajo para acariciar mi coño, para frotar mi

clítoris y la barba de su mandíbula me rasca el cuello, mi respiración se dificulta y por mucho que intente no hacerlo, me voy a correr.

Aprieta su mano alrededor de mi garganta.

Agarro la cabecera con los nudillos blancos y dejo escapar un quejido. Un gemido.

—Me gusta cómo suenas cuando te corres —susurra—. Cómo te tensas y palpitas alrededor de mi polla.

Y es como si mi cuerpo quisiera hacerlo, darle lo que quiere, ser obediente, y me corro y cuando lo hago, él me empuja hacia adelante sobre mis manos y rodillas y sus embestidas son duras y se engrosa dentro de mí y con un último empujón, se queda quieto, corriéndose, y cuando giro la cabeza para mirarlo, veo éxtasis en su rostro, veo felicidad perfecta.

Hermosa felicidad.

Y es imposible apartar la mirada.

Momentos más tarde, cuando sus ojos vuelven a enfocarse, se tumba encima de mí, aplanándome hacia la cama. Todavía está dentro de mí y besa mi mejilla.

—Solo una chica que quiere ser follada —susurra, deslizándose fuera de mí.

Coloco mis brazos debajo de mí y cierro las piernas cuando lo siento salirse de mí. No sé lo que espero, lo que quiero, pero luego se baja de la cama y se va, la puerta del baño se cierra y se escucha la ducha y me recuesto allí en su cama, sintiéndome tan pequeña. Muy, muy pequeña.

Su olor se aferra a mí. Están a mi alrededor.

Nuestro olor.

Sus jugos están dentro de mí, pegajosos entre mis piernas, y todo lo que puedo hacer es mirar la luz desesperada por penetrar en las pesadas cortinas.

Pero no puede y yo estoy atrapado aquí en esta penumbra. Ambos lo estamos. Congelados en este invierno.

¿Qué estoy haciendo?

¿Qué quiero?

No, no qué.

¿Cómo?

¿Cómo quiero esto?

Esto.

A él.

¿Cómo diablos lo quiero *a él*?

Algo se hincha dentro de mí, algo triste. Un peso en mi vientre. Una cosa tangible y palpable. Y de repente, mis ojos se llenan de lágrimas y solo miro las ventanas mientras las dejo caer. Siento que se deslizan sobre el puente de mi nariz y sobre la almohada.

La ducha se apaga y un momento después, la puerta del baño se abre y no quiero que me vea así. Pero él camina alrededor de la cama, lleva una toalla sobre sus caderas y esos tatuajes son una mancha de tinta oscura en su pecho y en sus brazos, y aún no hemos terminado.

Se sienta en el borde de la cama.

Cierro los ojos.

Me toca la mejilla, me mete el pelo detrás de la oreja y es gentil. Opuesto a anoche. Opuesto a esta mañana. Es más fácil cuando es rudo.

Con la punta de su pulgar, me unta una lágrima en la cara.

—Creo que las chicas Willow fueron hechas para llorar —dice.

No lo miro.

No vienen más lágrimas.

Y él se levanta, se aleja y unos minutos después, se ha ido.

AMELIA

Creo que las chicas Willow fueron hechas para llorar.

Me permito autocompadecerme durante exactamente cinco minutos después de que se va antes de quitarme las sábanas y levantarme para ducharme. No puedo quedarme tirada sintiendo lástima por mí misma. No puedo dejar que me gane.

Cuando regreso al dormitorio, encuentro varias bolsas de ropa y zapatos esperándome. Todo lo que podría necesitar durante varias semanas y todo ello de mi talla. Elijo unos *jeans* y un suéter de lana cálido junto con un par de botas que me llegan hasta las rodillas.

En la puerta, dudo, pero me enderezo, y la abro para bajar las escaleras.

No seré una muñequita mansa. No me romperé fácilmente.

Gregory está tomando café y leyendo el periódico cuando llego al comedor. Levanta la vista cuando entro, me mira, asiente una vez en señal de aprobación y luego devuelve su atención al periódico.

Me sirvo café de la jarra y tomo un *croissant*.

¿Cree que me conoce? Bueno, yo también lo conozco. Conozco su debilidad.

Solo tengo que encontrar algo para usarlo en su contra.

Para hacerle sentir lo que me hace sentir.

Dobla el periódico y lo aparta.

—Es de buena educación agradecer a alguien cuando recibes un regalo.

—¿Disculpa?

—La ropa.

—La ropa no es un regalo. Me secuestraste, ¿recuerdas? —Su rostro se oscurece, y dirijo mi atención a revolver la crema en mi café—. Además, no pedí ningún regalo.

—¿Preferirías andar desnuda? Porque eso ciertamente se puede arreglar.

No lo dudo.

—¿Amelia?

Me giro hacia él. Lo miro. —Gracias.

—Ni lo menciones —dice, un lado de su boca se curva hacia arriba en una sonrisa.

Jódete. Jódete.

—Deberías llamar a tu hermana hoy.

Me sorprende esto. —¿Por qué?

—Parece preocupada. Te ha estado enviando mensajes de texto.

Saca mi teléfono móvil, que estaba en su bolsillo, y lo desliza sobre la mesa hacia mí.

—¿Leíste mis mensajes?

Se encoge de hombros.

—Cuando ella descubra lo que hiciste, vendrá a buscarme.

—Probablemente. Pero lo cierto es que no creo que le vayas a contar. Porque no creo que quieras que venga a buscarte.

No respondo.

—Además, no he cobrado todo lo que pagué.

Me retraigo, sus palabras me hacen sentir pequeña.

—¿Lo habrías hecho? ¿Con un extraño? —pregunta.

—¿No eres un extraño? —¿Y eso no me convierte en una especie de puta?

—Es diferente, tú y yo. —Cualquier burla ha sido sustituida por algo casi triste—. Nunca fuimos extraños. La historia se encargó de eso.

Lo miro y pienso en la bella poesía que hace. Qué poesía tan terrible y hermosa. Y en ese momento, creo que lo veo. Creo que vislumbro al hombre debajo del monstruo.

Pero se ha ido tan rápido como llegó.

Y él sigue siendo el monstruo.

Coge el teléfono, se desplaza, pulsa un botón y lo pone en la mesa entre nosotros.

Cuando Helena responde en el segundo timbre, él me sonríe.

—¿Amy? ¿Dónde has estado? He estado tratando de localizarte —dice por el altavoz.

—Oh. —No estoy preparada.

—¿Estás bien? ¿Hay algún problema?

Miro a Gregory que me está observando con tanta confianza. Es como si supiera exactamente lo que voy a decir.

—¿Amy?

—Estoy bien, Helena. Lo siento. Solo... —Miro hacia abajo a la mesa.

—¿Dónde estás? ¿No es medianoche? ¿Estás herida? ¿Sucedió algo?

Mierda. La diferencia de tiempo.

La sonrisa de Gregory muestra cada uno de sus dientes.

Me muevo para deslizar el teléfono fuera de la mesa y quitarlo del altavoz, pero él me agarra la muñeca, niega con la cabeza.

—¿Amy? ¿Qué está pasando?

—Estoy bien. Todo está bien —digo—. Conseguí este trabajo de última hora... en Francia. Otra chica se enfermó, así que mi agente me envió a su lugar.

—¿Francia? ¿Dónde en Francia?

—Oh. Hummm. París.

—¿Estás en París y no me lo dijiste?

—Fue de último minuto, y he estado muy ocupada y... —pienso—. Necesitaba comprar un nuevo cargador para mi teléfono, ya que el mío no es el correcto... —Estoy divagando y Gregory está disfrutando cada segundo de mi incomodidad—. La batería se agotó.

—Bueno, ¿cuánto tiempo llevas ahí? Es solo un vuelo corto. Estoy segura de que la doctora...

—No. No deberías venir. Me marcho mañana. Regresaré en avión. No tendré tiempo para verte.

—Bueno, ¿no puedes extender el viaje y venir a la isla?

Hago una pausa. Mi hermana está tan cerca. Puedo ir con ella ahora mismo. Puedo volar a Venecia. Puedo tomar un tren.

Es lo que debería hacer.

Si estuviera cuerda eso es lo que haría.

Pero me encuentro con los ojos de Gregory y sé que no lo haré.

—No, lo siento. Tengo otro trabajo cuando regrese.

—Vaya —hace una pausa—. Eso es genial, Amy. Me alegro de que te esté yendo bien.

La culpa me tuerce el corazón.

Soy una mentirosa.

Es extraño que a la única persona a la que no le estoy mintiendo sea a mi enemigo.

—Me tengo que ir.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta Helena—. No suenas como tú.

—Sí. Solo estoy cansada. Olvidé preguntarte cómo estás.

—Bien. También cansada.

—Apuesto a que sí. —No sé qué más decir.

—Amy...

—Me tengo que ir. Me están esperando. Te llamaré de nuevo tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

Es silencioso. Necesito colgar el teléfono. Helena me conoce muy bien.

—Hablamos pronto —digo.

—Adiós.

Cuelgo, meto el teléfono en el bolsillo de mi suéter.

—¿Cuál doctora? —pregunta Gregory.

Lo miro y me pregunto si lo sabe. Si sabe que Helena está embarazada.

—No lo sé —miento.

Me mira, se pone de pie, camina detrás de mi silla. Me mete la mano en el bolsillo para coger el teléfono.

—Eres una buena mentirosa. Mejor de lo que esperaba.

Exhalo.

Me creyó que no sabía lo de la doctora.

Apaga el teléfono, vuelve a sacar la batería y se la mete en el bolsillo.

Matteo entra en ese momento. Lleva su abrigo y le dice algo a Gregory en italiano.

Gregory responde y se vuelve hacia mí. —Volveré más tarde. Si necesitas algo, Irina está aquí.

—¿A dónde vas? —pregunto.

—Tengo que ocuparme de algunas cosas.

—¿Dónde?

—Roma.

—¿Roma?

Asiente.

—¿Puedo ir?

Se detiene, sorprendido, y creo que va a decir que no.

Me pongo de pie, pongo las manos en las caderas. —Si vas a seguir follándome, probablemente debería asegurarme de que mis píldoras estén al día. Ninguno de nosotros quiere tener que ocuparse de otro maldito Scafoni, ¿verdad?

Creo que lo tengo.

Le sonrío y me doy una palmadita mental en la espalda.

Su postura se relaja, lleva la cabeza hacia un lado. —Te ponen la inyección anticonceptiva. Acabas de tenerla hace tres semanas.

Mi sonrisa se desvanece.

La suya crece.

—No soy estúpido, Amelia. No me correría dentro de ti si hubiera alguna posibilidad de hacer una puta Willow.

Creo que me estremezco físicamente. ¿Cómo pueden hacer tanto daño las palabras de este hombre?

¿Cómo pueden herirme tanto?

—Al menos estamos de acuerdo en eso entonces —digo, teniendo que obligarme a sostener su mirada a pesar de que mi voz suena débil.

Nos quedamos ahí durante un largo e incómodo minuto antes de que finalmente hable. —Termina tu desayuno.

¿Interpreto eso como un sí?

Me meto lo último de mi *croissant*, bueno, la mitad restante, en la boca.

—Listo —digo rápidamente, sin querer que cambie de opinión.

Sus cejas suben, pero no dice nada. En cambio, me hace un gesto para que camine delante de él y, en la puerta, recoge uno de los abrigos que cuelga del estante y me lo sostiene. Es un abrigo largo de lana gris con botones de broche en la parte delantera. Y me queda perfecto, igual que el resto de las cosas.

Después de abrochármelo, se pone el suyo y salimos donde Matteo espera con el auto.

Es bueno salir a la calle, aunque hace mucho frío. Es bueno salir de esa casa.

El sol brilla y la nieve todavía forma una capa de hielo, todo congelado.

Veo como Matteo toma la empinada curva cuesta abajo, las rocas crujen bajo los pesados neumáticos de la camioneta. Pasamos por un pequeño pueblo y, finalmente, por una autopista que nos lleva a Roma.

La ciudad es preciosa y está llena de turistas y lugareños. Es mucho más ajetreada de lo que esperaba con el tráfico, las bocinas de los autos y las personas que se atreven a cruzar las calles que yo no me atrevería.

Matteo nos sigue unos metros detrás, y Gregory tiene mi brazo, lo cual es bueno porque estoy segura de que me atropellaría un auto por la forma en la que miro boquiabierta los edificios antiguos, las iglesias y las plazas que son la norma aquí.

—Nunca había visto nada como esto —digo.

Gregory se detiene, me mira y mira a mi alrededor como si lo estuviera viendo diferente por primera vez.

No tiene ni idea de lo afortunado que es de haber crecido rodeado de toda esta historia. Debe haber sido muy emocionante, apasionante.

—Solo ten cuidado de que no te atropelle un auto.

—¿Estarías triste?

Sonríe. —Matteo te llevará a conseguir lo que necesites.

Miro a Matteo y no sé por qué importa, por qué debería importarme si es Gregory o Matteo. Ambos son mis carceleros, ¿no?

¿Qué fue lo que había dicho esa noche en el bar? ¿Diablo conocido?

—¿A dónde vas? —pregunto.

Pone el dedo en la punta de mi nariz como si fuera una niña. —La curiosa chica Willow.

—Deja de llamarme así. No soy la chica Willow.

Me agarra del cuello, me tira hacia él, pero no es rudo, solo abrupto. —Sé buena. Haz lo que dice Matteo, o te castigaré, ¿entiendes?

La emoción que sentía al estar aquí se disipa y asiento con la cabeza.

—Matteo —dice, sin quitarme los ojos de encima, soltándome, ajustándome el abrigo—.

Llévala a donde necesite ir.

Él asiente, y Gregory está a punto de alejarse, y odio esto, pero me aclaro la garganta. Revisa su reloj y levanta las cejas.

—No tengo nada de dinero.

—Matteo se encargará de eso.

Levanto la barbilla, mis labios se tensan. Odio esto.

Da un paso hacia mí. —¿Qué dices, Amelia? —se burla.

Aprieto los dientes. —Gracias, Gregory.

Sonríe y se va, desapareciendo entre la multitud.

Miro a Matteo que no parece nada incómodo o molesto por tener que cuidarme.

—¿Hay una farmacia? —pregunto.

Asiente, y caminamos unas cuadras hasta una farmacia donde paso unos cuarenta y cinco minutos mirando cosas que no necesito porque las farmacias aquí son muy diferentes a lo que espero. Compro algunos productos esenciales y también decido algunos no esenciales; brillo de labios, máscara de pestañas, delineador de ojos. Un poco de maquillaje porque empiezo a parecer un mapache por la falta de sueño.

Cuando terminamos, veo la peluquería a la vuelta de la esquina y tengo una idea.

Al instante, una voz de advertencia muy fuerte dentro de mi cabeza grita que no. Grita que sería estúpido burlarse de él. Que estaría pidiendo su ira.

Pero mis piernas me llevan dentro, y Matteo me sigue hasta la puerta donde lo detengo.

—Necesito arreglar esto —digo, señalando mi cabello—. Probablemente llevará un poco de tiempo. Como una hora o tal vez más. Entonces, ¿por qué no te tomas un café o algo? Ahí. —Señalo un café al otro lado de la calle.

Me sonríe muy parecido a Gregory. —Buen intento.

Suspiro frustrada. —Espera afuera entonces. No voy a huir. No tengo adónde ir y no tengo dinero, ¿recuerdas? Y no necesito niñera.

—Necesito fumar de todos modos —dice.

Eso funciona muy bien.

Entro y es un lugar pequeño con una mujer mayor en una silla con el pelo enrollado en rizadores y una peluquera leyendo una revista detrás del mostrador.

Mira hacia arriba cuando entro, y me dirijo a ella.

—¿Puedes arreglar esto? —pregunto señalando la parte posterior de mi cabello, que está irregular. Literalmente había agarrado un puñado y lo había cortado directamente la noche en que me había teñido el pelo.

Lo mira, dice algo en italiano y me hace un gesto para que me siente.

—Además, me gustaría un poco de color.

Recojo una revista de coloración capilar y señalo lo que quiero, dónde quiero que esté en mi cabeza. Claramente piensa que es una mala idea, pero se encoge de hombros y comenzamos.

Puedo ver a Matteo en el reflejo del espejo. Está ocupado con su teléfono y fuma dos cigarrillos seguidos, mirando hacia atrás para comprobar que todavía estoy allí cada pocos minutos. Le sonrío y lo saludo. Cuando termina de fumar, entra en el salón y toma asiento, todavía ocupado con su teléfono.

Pero no importa si está aquí. No tiene ni idea de lo que estoy haciendo. Me pregunto si estaba en la isla. Si conocía a Helena o incluso la vio.

Aproximadamente una hora y media después, la chica retira la bata con estilo. —*Voilà* —dice ella, y le echo un vistazo. Giro un poco la cabeza para comprobar el color.

Es perfecto.

A simple vista, podría ser ella.

Ignoro la sensación de hundimiento en mi vientre y me pongo de pie. —Me encanta —le digo.

Matteo también está de pie, claramente confundido con mi elección de color, pero le paga a la chica y nos vamos.

Revisa su reloj.

Me muerdo el labio y me pregunto si debería comprarme un sombrero. Dudando sobre mis decisiones.

—El señor Scafoni terminará en unos minutos.

Me vuelvo hacia Matteo. —*El señor Scafoni* puede esperar un poco más. Necesito algunas cosas más.

Me adelanto a él hacia la tienda de suministros de arte que espío a unas pocas tiendas de distancia. En el interior, cojo dos nuevos cuadernos de bocetos, los míos están llenos, y algunos lápices.

En la caja registradora, tienen un estante de boinas. Son de fieltro, no son sombreros reales, o no están destinadas a ser usadas como tales. Hay un personaje de dibujos animados gordo y bigotudo pintando una escena con una de las boinas, pero no entiendo el texto. Aun así, cojo una, corto la etiqueta y la coloco en el mostrador y meto el pelo en el sombrero, ignorando esa misma voz dentro de mi cabeza, ahora llamándome cobarde.

—Ya he terminado —digo después de que Matteo paga—. Aunque tengo hambre.

Pone los ojos en blanco. —Vamos. —Él me coge el brazo y yo lo sigo, llevando mis dos bolsas. Una ligera nieve ha comenzado a caer de nuevo, solo algunas ráfagas, pero se siente aún más frío que antes.

Nos lleva quince minutos llegar a una pequeña calle, casi un callejón, que es absolutamente tranquila en comparación con el resto de la ciudad. Allí, en la esquina más lejana, hay un pequeño salón de tatuajes.

Matteo abre la puerta y entro y es más profundo de lo que parece, y bastante oscuro. La música grita por el altavoz y me doy cuenta de cuál es su cita. Lo que ha estado haciendo.

Mi cara se pone seria cuando lo veo atrás. Debe haberme visto cuando entré porque su mirada oscura está fija en mí.

Si le duele, no lo muestra. Nunca me he hecho un tatuaje, así que no lo sé.

Doy un paso hacia la parte de atrás. Quiero ver. Pero Matteo me atrapa del brazo.

—Casi ha terminado. Siéntate.

Tiro de mi brazo y no me siento.

Seguimos mirándonos, Gregory y yo, con la piel punzante bajo su intensa mirada.

La chica que está trabajando en él dice algo, me mira. Al instante no me agrada. Es preciosa, con el pelo largo y negro y tatuajes de manga completa en ambos brazos e incluso pequeñas estrellas de colores en una sien.

Él le responde y luego, unos minutos más tarde, ha terminado.

Se pone de pie, mira hacia atrás a su hombro en el espejo, todavía demasiado lejos para que yo lo vea.

Ella señala algo y tienen una conversación rápida mientras coloca algo sobre el tatuaje para protegerlo.

Quiero ver. Estoy desesperada por hacerlo.

Me pregunto qué puedo cambiar con él para que me deje ver.

Pero luego recuerdo lo que hice, lo que hay debajo de la boina de fieltro. Toco las hebras gruesas y secadas y lo veo entregarle a la chica una pila de billetes antes de devolverme la mirada mientras se pone la camisa.

La chica mete el dinero en su bolsillo trasero, y siento una punzada de celos porque ella conoce esta otra parte de él, esta parte íntima y muy personal.

Él camina hacia mí, y no puedo evitar que mi mirada caiga a las líneas de músculo en su vientre duro, su pecho esculpido y siento que mi cara se calienta al recordar cómo estábamos esta mañana.

Él detrás de mí.

Sosteniéndome.

Dentro de mí.

Cuando me encuentro con sus ojos, él estrecha los suyos y sé que sabe lo que estoy pensando.

Sin embargo, no dice nada aparte de hacerle un cumplido a mi sombrero.

Lo toco, lo ajusto, intentando ocultar los mechones de plata debajo de él.

—Gracias.

Se pone el abrigo, el silencio entre nosotros es pesado.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunta.

Asiento, sin mirarlo del todo.

—Te hiciste un tatuaje. —Me pregunto si estará cubierto de tinta de pies a cabeza cuando termine.

Se pone el abrigo y se me acerca mientras lo abrocha.

—Te has arreglado el pelo —dice, y no tengo más remedio que enfrentarlo.

Veo el cambio en sus ojos al instante.

Su gran mano coge un puñado de pelo, oscuro y claro, todo en el mismo agarre. Lo miro fijamente, pero sus ojos están en esa raya plateada, y luego me quita la boina de la cabeza y le cae más pelo en la mano y creo que fue una muy mala idea. La peor idea.

Se encuentra con mis ojos y mi vientre se siente extraño, como si un ladrillo acabase de caer dentro de él.

Él empuña la boina en su mano y envuelve su mano enguantada alrededor de mi nuca, volviéndome bruscamente hacia la puerta y puedo sentir su ira creciendo y todo lo que puedo hacer es abrazar mis bolsas y tropezar con él mientras su agarre se aprieta.

Abro la boca para decir algo una vez que estamos afuera, las ráfagas se han convertido en verdadera y pesada nieve, pero mi garganta está seca y no puedo hablar.

Él tampoco habla. Simplemente me acompaña rápidamente al auto, y una vez que estamos allí, me coloca en el asiento trasero y me abrocha el cinturón de seguridad, pero no se sienta a mi lado. En cambio, va en la parte delantera con Matteo, discutiendo con él en italiano y creo que probablemente también metí a Matteo en problemas.

Es el viaje en auto más largo y mi estómago se revuelve mientras nos acercamos a la casa. Espero que esté un poco más tranquilo para cuando lleguemos, pero en el momento en que Matteo estaciona la camioneta, Gregory está afuera abriendo mi puerta.

Me hace un gesto para que salga y puedo sentir la rabia cayendo de él. Su silencio es una máscara demasiado delgada para lo que hay debajo.

Me toma unos cuantos intentos desabrocharme el cinturón de seguridad y él me toma del brazo antes de que mis pies toquen el suelo mientras salgo de la camioneta y nos apresuramos a entrar donde apenas reconozco el calor del fuego al entrar. Me sube enérgicamente por las

escaleras, sin decir una palabra, sin mirarme.

Solo cuando llegamos a su habitación me libera.

Tropiezo cuando lo hace, frotándome el brazo.

Me dirige una mirada molesta antes de ir al baño, y estoy confundida, pero luego regresa un momento después y sostiene un par de tijeras.

—¿Qué haces? —Me alejo de él mientras se acerca lentamente, casi con calma. Pero no está tranquilo. Ni siquiera un poco.

Las tijeras brillan, afiladas en su mano.

—¿No sé quién eres? —pregunta.

Mi espalda golpea la pared. —¿Qué está haciendo con esas?

—Sé exactamente quién eres. —Él extiende la mano, agarra un puñado de mi cabello, los mechones recién teñidos.

Agarro su muñeca. —¡No!

Tira del cabello. —¿Qué estabas pensando para hacer esto? ¿Qué me joderías de alguna manera?

—¿Por qué te jode? Quiero decir, si no estás enamorado de ella, ¿por qué te jode?

Tira hacia él por ese mechón de pelo para que mi cabeza se incline en un ángulo extraño, casi servil y doloroso.

—¿Quieres ser ella? —pregunta, y no espera a que responda.

Dejo escapar un grito cuando escucho el sonido de esas afiladas cuchillas cerrándose, observo los mechones de cabello plateado y negro deslizándose de sus dedos.

—¡Basta! —Intento apartarlo, detenerlo. Creo que lo va a destrozar, me va a cortar todo el pelo y soy lo suficientemente vanidosa como para tener miedo. Estar jodidamente aterrorizada.

Pero él se aleja, soltándome, y los dos estamos mirando ese puñado de pelo, plateado y negro, lo suelta y flota hacia el suelo. Lo vemos caer a nuestros pies y toco mi cabeza, el mechón corto de pelo en un lado.

Me mira y sé que no ha terminado.

Me alejo.

Deja caer las tijeras al suelo, y me doy cuenta de que estoy llorando, y creo que tiene razón. Soy débil.

Sin decir una palabra, viene a mí y sus ojos son feroces, casi completamente negros.

Al igual que la noche anterior, me agarra la cara, aprieta mis mejillas y me duele y me pregunto si tendré moretones mañana.

Su otro puño golpea la pared junto a mi cabeza y gritaría, pero no puedo abrir la boca y ahora estoy sollozando, temblando y jodidamente aterrorizada.

—No creas que puedes joderme —escupe—. Nunca creas que puedes joderme.

Me aprieta la cara con fuerza una vez más antes de soltarme, dando un paso atrás, con los ojos todavía en mí y creo que le cuesta mucho alejarse.

No lastimarme.

Y mientras me hundo en el suelo, él solo me mira y está pisando ese montón de cabello plateado, mi cabello.

Suyo.

Como la de ella.

Y mira hacia abajo solo por un segundo, solo una fracción de segundo y luego se va, la puerta se cierra de golpe, escucho que la cerradura gira y me quedo allí, de rodillas, abrazándome, tratando de detener el estremecimiento.

Intentando respirar.

GREGORY

Mentí.

Ella puede joderme.

Me jodió.

Sabía exactamente qué botón pulsar.

Tuve que forzarme a salir de esa habitación. Y encerrarla fue tanto para mantenerla a salvo como para castigarla. Tal vez más. La ira que sentí al ver lo que había hecho, no estoy seguro de que pudiera haberlo controlado. Controlarme a mí mismo.

Esta burla, esta burla calculada, ¿qué carajo estaba pensando?

¿Y por qué diablos estoy tan afectado? Esa es la pregunta importante aquí.

Pero, joder, el momento. La chica del salón de tatuajes mencionó quién estaba en la ciudad. Mencionó que él me había estado buscando. No sé qué asuntos tiene conmigo, pero se ha tomado algunas molestias para asegurarse de que sé que está aquí.

Sacudo la cabeza, miro alrededor de la habitación vacía.

Al menos está arriba.

Al menos la casa no está vacía.

Es tarde y una fuerte nevada está cayendo afuera. Sin embargo, en el interior hace calor y estoy sentado en la sala de estar frente al fuego, observándolo. Las cortinas están corridas para que coincidan con mi estado de ánimo.

Matteo no lo sabía, lo entiendo, pero joder.

Tomo un poco de *whisky* directamente de la botella. Renuncié al vaso hace aproximadamente una hora. Mi espalda, detrás de mi hombro, palpita. La piel tatuada es sensible. Debería tener cuidado, pero la presiono en la parte posterior de la silla.

Dolor.

Más dolor.

Vendrá más. Mi espalda no está terminada.

Miro mi mano enguantada. La empuño. La relajo.

¿Estabas enamorado de ella?

¿Hizo la pregunta de forma inocente? Creo que sí. No creo que Helena le haya contado. Si lo hubiera hecho, Amelia tendría más municiones.

Pero, por inocente que fuera su pregunta, mi respuesta fue contundente.

Me obligo a pensar en ella.

Helena.

Sebastian compartiéndola conmigo. Nunca dándomela por completo. Controlando cada toque. Cada respiración.

Y yo aceptándolo.

¿Por qué carajo lo acepté?

Pienso en ella esa noche en la cocina de la casa de Lucinda. Creo que esa es la noche que más me hirió. Esa fue la noche de la verdadera traición. La marca, ese era solo yo sin suficiente sentido para ver lo que fue tan dolorosamente claro todo el tiempo.

¿Pero estoy o estaba enamorado de ella?

Lo pienso. Me obligo a hacerlo.

Al crecer, Sebastian pensó que lo tenía más difícil. Pero no sé si se dio cuenta de lo jodido que es cuando es tu propia madre la que te hace a un lado.

No era hijo biológico de Lucinda y, en cierto modo, puedo ver su odio hacia él. Él bloqueó el camino hacia lo que ella quería. Él se presentaba como el símbolo de cómo ella nunca fue la primera, ni para nuestro padre, ni cuando se trataba de su hermana, ni de la chica Willow, ni de su hijastro.

Estoy tratando de recordar si ella amaba más a Ethan después del accidente.

Accidente.

Resoplo.

Qué gracioso. Siempre supe lo que Sebastian había hecho.

Vi la culpa en su rostro.

Con Ethan, tuvo a su primogénito. Algo de gran valor para la familia Scafoni. Supongo que era una especie de plan de respaldo. El repuesto.

Un tronco sale rodando del fuego hacia el hogar.

Me levanto, voy a él. Lo regreso con la punta de mi zapato. Me apoyo contra el manto y miro las llamas ardientes.

¿Por qué diablos estoy sentado aquí sintiendo lástima por mí mismo? Porque a quién le importa un carajo que mi madre no me amara. A la mierda. No me importa. Nunca ha sido así.

Y creo que el rechazo de Helena hacia mí, que eligiera a Sebastian, tal vez fue solo una extensión de lo que he sabido todo el tiempo.

Nunca al que alguien quería.

Nunca al que alguien eligió o amó.

—Mierda.

Soy jodidamente patético.

Bebo, tragando lo último del *whisky*. Pongo la botella en el manto y voy a las escaleras, haciendo una pausa allí. Mirando hacia arriba.

Todo es diferente con ella, no sé por qué es así y no pensé que sería así. El tenerla aquí ahora hace que las cosas sean diferentes. No tan inútiles ni vacías.

Doy un paso, tropiezo, me detengo. Debería dejarla en paz. Por esta noche, debería dejarla en paz.

Pero no puedo.

Subo las escaleras, caminando por donde debería estar la barandilla, mirando hacia el suelo de piedra.

Un resbalón, un paso en falso y caería.

Exhalo, metiendo la mano en el bolsillo por la llave, sin alejarme del borde, incluso cuando tropiezo con el último escalón.

Sorprendentemente, estoy en silencio cuando camino por el pasillo hacia mi habitación. Como uno de los fantasmas que rondan esta casa.

Me detengo ante la puerta. Escucho. Ni uno solo sonido proviene del interior. Uso la llave y

abro la puerta.

Está sentada en el suelo, con la espalda contra el pie de la cama, un libro de bocetos abierto sobre sus rodillas, un lápiz en la mano.

Me mira y parece que lleva días llorando.

Cortos mechones de pelo plateado sobresalen de donde corté la raya, pero ella recogió el pelo del suelo y las tijeras se han ido.

Voy a ella, veo cómo aprieta el lápiz que sostiene.

Me siento en el borde de la cama. Miro lo que ha dibujado. No es que lo necesite. Sé lo que es.

Ella también lo mira.

Una lágrima cae de su mejilla al cuaderno de bocetos, la gota desdibuja el grafito.

La limpia con la punta del dedo y observa cómo la mancha se extiende al final de la página.

Parece que no puede dejar de dibujar esa noche más de lo que yo puedo dejar de tatuarla en mi piel.

La noche de la cosecha nos jodió a todos.

Creo que ninguno de nosotros nos dimos cuenta entonces.

La noche que sus padres las obligaron a usar esos vestidos podridos que les exigíamos, la noche que pusieron a sus hijas en esos bloques para que el hijo primogénito de los Scafoni eligiera... Nadie sabía que nos rompería. Nos desgarraría a todos.

Miro el cuaderno.

Este boceto en particular es diferente a los demás.

Extiende la mano sobre la parte que más me interesa, escondiéndola de mí.

Estiro la mano hacia abajo, cierro la mía sobre la suya, miro la diferencia en nuestras manos. La mía es enorme. Enguantada. La suya es pequeña. Pálida.

Si ella tan solo conociera la fealdad debajo de ese cuero.

Le aparto la mano.

Suele dibujar a Sebastian. Sebastian y Helena.

Pero en este, soy yo. Soy yo de pie donde estaba Sebastian mirando a la chica en el bloque. Pero me ha dibujado con cuernos en la cabeza. Cuernos de cabra.

O de Satanás.

Me río; es una especie de risa extraña y tal vez sea el alcohol porque no es gracioso, no cuando miras los ojos. Ojos tan llenos de emoción que es como si pudiera sentir lo que está sintiendo, lo que sintió cuando lo dibujó.

Es lo que la rodea como una entidad viva que respira. Como si estuviera aspirando aire de la habitación. Es como succionara la vida de ella.

El anhelo.

Eso es lo que es.

Ella anhela.

Ambos lo hacemos.

Y esta hambre nos devorará a ambos.

No sé quién es la chica sobre el bloque. No sé si es Helena o Amelia frente a mí. Porque ahora, con su cabello oscuro, se parecen tanto, o ella lo dibujó para que sean indistinguibles, o estoy jodidamente alcoholizado y todo está borroso.

Suelto su muñeca, miro hacia abajo, con ganas de ver. Con ganas de saberlo.

Otra lágrima gorda cae pesada sobre la página y esta vez, cuando coloca la palma de su mano sobre ella, es para mover la humedad como si tal vez pudiera borrarse esa noche. Eliminarlo de la

página. Borrar el pasado.

—No lo hagas —digo.

Sin embargo, no escucha. Se enjuga más lágrimas de los ojos y las unta alrededor de la página, destruyéndola.

—¿Por qué lo sigues dibujando?

—No lo sé.

Se detiene.

Espero.

—Para poder borrarlo —dice, su voz es más queda—. Evitar que suceda.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Teñirte el cabello como el suyo?

Gira la cabeza, me mira. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos de haber estado llorando. —Tal vez por la misma razón por la que te haces los tatuajes. —Se limpia la cara, dejando una mancha de lápiz en su mejilla y vuelve a guardar silencio.

—No la amo. —Es la primera vez que digo esas palabras en voz alta y es un alivio porque creo que son ciertas. Incluso ebrio como estoy, creo que son verdad.

Vuelve a dirigir su mirada a la mía.

—Déjame ver —dice.

—¿Qué?

—Quítate la camisa. Déjame verlos.

Niego con la cabeza.

Una esquina de su boca se curva hacia arriba, pero es más triste que cualquier otra cosa.

—Estás obsesionado con ella y ni siquiera lo sabes.

—Te equivocas.

—Demuéstramelo. —Baja el cuaderno, se gira para arrodillarse entre mis rodillas frente a mí, sus manos sobre mis muslos—. Muéstrame. Muéstrame lo que te hicieron.

Sus palabras me impresionan. Me hacen detenerme.

Muéstrame lo que te hicieron.

Sigo mirando esa hoja de papel. El desorden de blanco, negro y gris parecido a la destrucción que un huracán dejaría atrás, siento esta cosa dentro de mí, y quiero que desaparezca. Solo quiero que desaparezca.

—Me convirtieron en un monstruo. —Casi no reconozco la extraña voz rota.

Me observa y, si ve mi espalda, sabrá lo que sucedió en esa isla. Lo sabrá todo. O casi todo. Los tatuajes aún no están terminados.

—Muéstrame. Por favor.

Tal vez será más fácil si lo hago.

Tal vez pueda lidiar con ello entonces. Le muestro. Le permito ver. Poseerlo en lugar de dejar que me posea a mí.

—¿Qué me darás a cambio? —pregunto.

Considera esto, desviando la mirada, mordiéndose el labio. La observo.

Cuando me devuelve la mirada, pienso en lo mucho que me gustan sus ojos.

Qué diferente es de lo que pensé al principio.

Cómo es mucho más.

Quizás es nuestro anhelo compartido lo que la hace así. Que me hace verla así.

Ella se acerca unos centímetros más, y sus manos se sienten calientes en mis piernas y yo simplemente me quedo allí porque nunca me ha tocado antes. No voluntariamente. En realidad, no.

Bajo la mirada y las miro, sus pequeñas manos, sus frágiles muñecas. Regreso a su cara. Incluso hinchada por el llanto y manchada con lápiz, es hermosa, pero mucho más. Mucho más que la lotería genética.

—¿Qué me darás a cambio? —vuelvo a preguntar, y creo que algo ha cambiado entre nosotros. Ahora mismo, algo es diferente.

Traga. La habitación es tan silenciosa que la escucho.

Ella se inclina hacia adelante, y yo me quedo quieto, y lleva sus labios a los míos. Solo los toca, es casi un cosquilleo, es tan ligero.

Continuo como estoy y la dejo.

No la toco.

No la obligo.

No la fuerzo.

Y me besa.

Cuando retrocede, sus mejillas están sonrojadas. Extiendo la mano y la coloco sobre su corazón. Siento el tamborileo; el rápido *staccato* de latido tras latido.

Ella hace lo mismo, pone su mano sobre mi corazón, y su tacto es eléctrico. Me hará arder. Me reducirá a cenizas.

—Te daré lo que sea que pidas —dice.

—Puedo tomar lo que quiera.

—Pero lo que más quieres es que te lo dé.

Mierda.

Esta chica.

Mierda.

—En mis términos —digo. Necesito mantener el control de esto. De ella.

Después de un momento, ella asiente.

Cojo su nuca, la atraigo hacia mí. La beso, lo hago a mi manera, y ella abre para mí. *Para mí.* Y la pruebo, toco mi lengua con la de ella y quiero devorarla. Lo haré. La acerco, pero nunca estará lo suficientemente cerca porque este beso, este, lo es todo. Absolutamente todo.

Cuando rompo el beso, ella se queda sin aliento.

Al igual que yo.

Al soltarla, desabrocho mi camisa hasta el ombligo y la abro.

Los ojos de Amelia están en mi pecho y no puedo interpretar su expresión. Ella lo inspecciona con atención.

Extiende la mano, me toca, y sus dedos me queman la piel donde traza el primer y más grande de los tatuajes. Este le resulta familiar. Es su boceto. Cuatro bloques. Cuatro chicas Willow. Dos borrosas. Dos claras. Una atada.

Y velas.

Mil velas.

Unos fantasmas cuelgan en las esquinas como manchas de blanco sucio, de color tan escaso, que son casi inexistentes.

Recuerdo la cara de tatuadora cuando vio por primera vez el boceto. Cuando le dije lo que quería.

Amelia sigue la tinta a través de la extensión de mi pecho, mis hombros, mis brazos: un cráneo, el mausoleo, las alas de un ángel medio roto, un vigilante, el poste de los azotes.

Vacío.

Por ahora.

Es diferente en mi espalda.

Pasa los siguientes quince minutos estudiando cada centímetro de mi pecho y brazos con sus ojos, sus dedos y siento cada momento de ello, cada toque, cada leve cosquilleo de las yemas de sus dedos.

¿Por qué le estoy dando esto?

Agarra mi camisa, me la quita de los hombros, trabajando despacio, dejándome sentir sus manos sobre mí. Es tierna, cautelosa, diferente de cómo la toco.

Se pone de pie para moverse detrás de mí, pero aún no estoy listo para darle eso. Capturo sus muñecas. La detengo.

—Quiero…

Niego con la cabeza. —Es suficiente.

—Acordamos.

—Mis términos.

—Pero...

—No puedes olvidar algunas cosas después de verlas, Amelia.

Me mira con expresión confundida.

La suelto, me levanto, me pongo la camisa sobre los hombros y camino hacia la puerta. Estoy cansado.

—¿Qué quieres? —grita desde detrás de mí.

La miro, camino hacia ella, entrecierro los ojos para ver los leves moretones que se forman en su mandíbula. Mis huellas dactilares.

Solo mías.

Porque ella es mía.

Toda mía.

Mi propia chica Willow.

No.

No, no es eso.

Más que eso.

Permanece arrodillada, mirándome y nos veo así, yo asomándome sobre ella, ella de rodillas ante mí y todo lo que puedo pensar es que está condenada porque nunca la voy a dejar ir.

Nunca.

—¿Qué quieres? —pregunta de nuevo, confundida. Quizás un poco decepcionada—. Nuestro intercambio.

Todo. ¿Todavía no lo sabe?

Me giro para caminar hacia la puerta.

—¿Gregory?

Me detengo. No miro atrás.

—Lo cobraré más tarde.

AMELIA

Sigo intentando comprender lo que hice cuando me levanto a la mañana siguiente. Es casi como si hubiera estado pensando en ello toda la noche. Como si el pensamiento continuara. Cuando lo besé así, parecía casi sorprendido por ello. Sé que yo lo estaba.

Y luego, lo que hizo. Poner la mano sobre mi corazón.

Y lo que hice. Poner la mía sobre el suyo.

Sacudo la cabeza, abro los párpados y me doy cuenta de que no estoy sola.

No sé cuándo entró en la cama, pero ahora está a mi lado y yo estoy metida en su pecho. Me está abrazando y está caliente y ni siquiera puedo recordar si soñé.

Pero cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, de cómo estoy acurrucada contra él, trato de alejarme, pero su brazo se aprieta a mi alrededor.

—Hablas mientras duermes —dice, y suena como lo hacía antes de anoche. Al igual que la puerta que estaba, por el momento más breve, abierta, está, una vez más, cerrado y bloqueado.

—No lo hago.

Lo empujo y me deja rodar sobre mi espalda. Me vuelvo hacia él, lo encuentro mirándome, veo el libro en la mano que no me sostenía.

—¿Cuánto tiempo has estado despierto? —pregunto.

—Un rato. —Deja el libro a un lado y su mirada viaja a mi pecho y miro hacia abajo. Llevo una camiseta sin mangas y pantalones cortos de pijama, aun así, tiro de la manta más arriba—. No quise despertarte. No te tranquilizaste hasta que salió el sol.

—Todavía no estoy acostumbrada a esto. ¿Qué hora es?

—Once.

Me siento, me froto los ojos. Debe ser la diferencia horaria.

Me observa y yo lo miro, a sus anchos hombros, los tatuajes allí, mi mirada cae sobre las alas rotas del ángel cuyo rostro se esconde detrás de más tinta y es extraño ver eso. Casi familiar. Se mueve para sentarse y mi mirada se desplaza hacia la fuerte tensión de los músculos de su vientre. Verlo así me hace la boca agua. Me hace desear.

Trago, me aclaro la garganta porque cuando miro sus ojos, sé que sabe lo que estoy pensando. Sé que conoce su efecto en mí.

—Quiero algo —digo, dejando a un lado ese pensamiento, porque tengo una idea.

—¿En serio? —Sonríe.

—No es lo que piensas. —Pongo los ojos en blanco, trato de quitarle importancia. Empiezo a sentarme.

—Es una lástima —dice, subiéndose encima de mí—. Acuéstate.

—Esto no es... —empujo contra él, pero no puedo salir de debajo de su peso.

—De ahora en adelante deberías dormir desnuda —dice, desnudándome.

—Detente.

—Separa las piernas —dice, mirándome.

—Gregory...

—Lo quieres. Sabes que así es, así que separa las piernas.

Lo vuelvo a mirar y cuando dudo, me agarra los muslos, los separa ampliamente, los sujeta a la cama y me mira. A mi sexo. Baja la cabeza y lame la longitud de mí y jadeo.

—Sabes bien —dice, mirándome a los ojos.

—Yo... —Pero me está lamiendo de nuevo, y no sé por qué intento apartarlo. Es lo último que quiero, pero él me detiene de todos modos. Agarra mis muñecas, las separa y rodea mi clítoris con su lengua antes de cogerlo entre sus labios y chuparlo.

No puedo hablar. Apenas puedo respirar. Todo lo que puedo hacer es hacer este extraño sonido, como si viniera de lo profundo de mi pecho, y me encuentro arqueando la espalda, empujándome hacia él.

Pero, de repente, justo cuando estoy a punto de correrme, se detiene, me da una amplia sonrisa y se arrodilla entre mis piernas. Dobla mis rodillas y las empuja hacia arriba para que esté muy extendida.

Intento alejarme, liberarme de él.

—Mírame —dice.

Pero no puedo. No cuando me sostiene así, extendida y abierta para él. Todo expuesto a él.

—Dije que me miraras —repite, esta vez, golpeándome la cadera, haciéndome jadear.

Giro la cabeza.

—Estoy cobrando lo de anoche —dice, y a propósito, me mira a mí, a mi sexo, todo—. Te dije una vez que lo quiero todo, por completo —dice, volviendo a bajar la cabeza—. Tu coño. —Me lame ahí, levantando la cabeza de nuevo—. Tu culo. —Desliza su lengua de mi coño a mi culo, rodeándolo, lamiéndome allí también.

Estoy avergonzada y giro la cara, pero también se siente bien, él me lame, toda. Me siento humillada y me voy a correr de una vez y él lo sabe. Lo sabe.

—Por favor.

Se levanta, toma mis brazos, los extiende ampliamente y se empuja dentro de mí.

—Dámelo, Amelia. Me prometiste darme lo que sea que quisiera, y lo que quiero es todo. Dámelo.

Él enrosca sus dedos con los míos y pone su peso sobre mí, me besa y me pruebo en sus labios y en su lengua, nuestro follar es sonoro; nuestros sonidos juntos, nuestra respiración, nuestro sexo, húmedo, duro y profundo.

—Dámelo.

—No sé cómo —digo finalmente, me mira y lo hace como si lo último que esperaba que dijera fuese esto.

—Entonces lo tomaré hasta que lo descubras. —De repente está enojado y me folla para castigarme, su polla crece y duele, pero se siente tan bien y quiero dárselo. Quiero hacerlo.

Pero una parte de mí se resiste a él, quiere pelear con él y él siente eso también, me está sujetando, follándome y me corro. Me corro tan fuerte que no puedo respirar y todo lo que veo de él es un borrón y tal vez eso es. Tal vez se lo estoy dando. Tal vez así sea con nosotros.

Cuando mi orgasmo finalmente desaparece y puedo ver claramente de nuevo, él me está mirando, sus ojos oscuros e intensos en los míos y me sonríe, se levanta y el sudor cae de su frente sobre mi cara mientras me folla aún más fuerte, me folla para lastimarme y todo lo que

puedo hacer es verlo y es tan increíblemente hermoso.

Es jodidamente hermoso.

Y cuando se corre, sus ojos son duros y suaves a la vez, casi brillantes, y su rostro... podría mirarlo así por siempre y nunca tener suficiente.

Jamás.

Cuando finalmente se derrumba encima de mí, estamos cubiertos de sudor y jadeando.

—¿Siempre es así? —pregunto y tan pronto como salen las palabras, suenan estúpidas y desearía poder retirarlas

Pero luego responde y tal vez no sean estúpidas en absoluto. —No. —Me estudia y a veces es como si viera dentro de mí—. Nunca antes.

Parpadeo y miro hacia otro lado. No puedo mantener su mirada. Es muy intensa.

—Dime lo que quieres —dice finalmente.

—¿Qué?

Me quita el pelo empapado de sudor de la cara. —¿Qué quieres?

Es casi tierno cómo me toca. Como si tuviera cuidado. Al contrario de cómo es cuando me folla.

—¿Por qué haces eso? —pregunto.

—¿Qué? —pregunta.

Pienso. —A veces es como si te viera debajo de tu ira. Pero luego, está ahí de nuevo y tú eres esta otra persona y no sé lo que se supone que debo hacer.

No se encuentra con mis ojos, pero acaricia con las puntas de los dedos mi cara, mi barbilla, mi cuello, hasta mi pecho. Estoy lista para que me haga daño, pero él solo me acaricia y me observa.

—Dime lo que quieres —dice de nuevo.

Yo también lo miro y me pregunto si él tampoco sabe cómo ser.

—Un tatuaje —digo.

—¿Un tatuaje? —Parece realmente confundido. Tal vez decepcionado—. ¿Por qué?

—Siempre quise uno, pero no me lo permitieron. La mujer que hace los tuyos hace un buen trabajo.

—Así es.

—¿Puedes llevarme allí?

Se levanta de la cama. —¿Por qué no lo piensas durante más de doce horas y ya veremos? —Desaparece en el baño.

Empujo las sábanas y lo sigo. Casi abro la puerta, pero me detengo.

—No es algo en lo que solo haya pensado durante doce horas. Y no te estoy pidiendo permiso. Te pido que me lleves. O, o... dinero para el autobús.

Escucho su risa antes de la ducha.

—Idiota —murmuro, volviendo a la cama, poniéndome las bragas y la camiseta sin mangas antes de sentarme.

Ha terminado unos minutos más tarde y regresa a la habitación. Se viste antes de volver a la cama.

—¿Qué tatuaje te harías? ¿Un corazón? ¿Algunas estrellas en la muñeca? ¿No es eso una especie de tendencia?

—Eres un imbécil, ¿lo sabías?

Se ríe de nuevo. —Pensé que era un idiota.

¿Escuchó eso?

Me levanto, reviso la pila de cuadernos de bocetos y encuentro el que quiero. Es uno viejo, uno que traje de casa. Y cada centímetro de cada página está lleno.

Llevándolo conmigo, me vuelvo a sentar en la cama y abro el cuaderno, pasando las páginas hasta llegar a él.

—Aquí —digo, señalando la esquina de la hoja que es casi caótica con todos los dibujos—. Este.

Se acerca, lo mira, luego se sienta y me quita el cuaderno de las manos y no estoy segura de que sea tan consciente como yo de lo cerca que está. Cómo nos estamos tocando.

Lo que ese contacto me hace.

—¿Dónde viste esto? —pregunta después de unos minutos.

—En ningún lugar. Solo en mi cabeza.

Me mira raro, como si no me creyera del todo.

—Esta ave, las veo en todas partes. Incluso aquí en la biblioteca.

—¿En la biblioteca?

Asiento. No le digo que el mismo pájaro también estaba en nuestra biblioteca. No el mismo, obviamente, pero sí el mismo tipo de ave. Viéndonos esa noche, la noche de la cosecha.

—Debe haber entrado por un agujero en la ventana y no podía volver a salir. Lo atrapé y lo liberé.

—¿Lo hiciste? —pregunta ausente. Sus ojos siguen fijos en la imagen.

—Y esto es un ángel. Mira esto, es la sombra de su ala. Es casi como el ala de tu ángel.

Su expresión no cambia, ese pliegue entre sus cejas solo se profundiza.

—¿Por qué la mitad de su cara es un cráneo?

—Porque está observando a los muertos.

Me escucho decirlo, escucho cómo suena mi voz, cuán práctica es mi respuesta, pero qué extraña es al mismo tiempo.

Tomo el libro de sus manos, lo cierro.

—No importa —digo, sintiéndome de repente muy expuesta, más expuesta de lo que había estado hace unos momentos. No me gusta la expresión de su rostro—. Olvídalo.

Se pone de pie y me quita el libro. —Te llevaré esta noche.

—¿En serio?

Asiente y camina hacia la puerta. —Vístete. Desayuna. Necesito ocuparme de algunas cosas hoy.

—¿En serio? ¿Me llevarás? —Estoy sorprendida.

—Eso es lo que dije.

—¿Dolerá? —pregunto cuando llega a la puerta.

Se gira, entrecierra los ojos. —¿Tienes miedo? —Gregory el imbécil ha vuelto.

—No. Solo quiero saber qué esperar para estar preparada.

—Creo que apreciarás la sensación.

NO NOS DIRIGIMOS A ROMA HASTA DESPUÉS DE LAS NUEVE DE LA NOCHE. LA CIUDAD ES PRECIOSA por la noche, aunque estoy demasiado ansiosa por el tatuaje para disfrutarlo. Gregory está sentado junto a Matteo y hablan en italiano. Estoy en el asiento trasero aferrada a mi cuaderno de bocetos y observando el paisaje.

—Puedes cambiar de opinión —se burla Gregory una vez que aparcamos la camioneta.

—Estoy bien —digo, relajando mi agarre en el libro.

Él también me había ofrecido algunas píldoras para adormecer cualquier dolor antes de salir de casa, pero las rechacé. Si hago esto, quiero sentirlo. Quiero sentir cada pinchazo de la aguja.

Me abrocho el abrigo cuando salimos, Matteo enciende un cigarrillo y nos sigue de cerca mientras Gregory y yo caminamos por delante.

—¿Por qué necesitas un guardaespaldas? —pregunto.

—¿Un guardaespaldas?

—Matteo.

—No es un guardaespaldas.

—¿Entonces qué es?

Gregory se encoge de hombros. —Cualquier cosa que necesite que sea.

Reconozco la calle con forma de callejón donde se encuentra el salón de tatuajes. Aparte de algunas luces en las ventanas de los edificios y la del propio salón, es bastante oscura en comparación con el resto de la ciudad.

—¿Está seguro de que ella tendrá tiempo para mí? —pregunto.

Abre la puerta del salón y se vuelve hacia mí. —La reservé especialmente para ti. Pero si te lo estás replanteando... —regresa sobre sus pasos, agarrándome del cuello, tirando de mí más cerca.

—No me acobardaré.

—Bien.

Entramos y el lugar está vacío, salvo por la chica que reconozco. Está apoyada en el mostrador leyendo algo en su teléfono y cuando nos ve, le sonríe a Gregory y luego a mí, se saca el chicle de la boca y lo tira a un cubo de basura antes de revisar los papeles que tiene delante.

—Amelia, ella es Laura, Laura, Amelia.

—Encantada de conocerte —digo.

Ella dice lo mismo y se vuelve hacia Gregory, abriendo una carpeta debajo de esa pila de papeles y extendiendo algunas hojas. Empiezan a hablar en italiano y yo observo las páginas.

—¿Cómo es que ya tiene el dibujo? —Es mi dibujo, pero ella lo hizo más grande, lo colocó de manera diferente, por lo que es más largo con el ave escondida debajo del ala del ángel. Sus alas están casi fusionadas y el cráneo es menos prominente, pero está allí.

—Se lo envié por correo electrónico, le dije lo que estabas pensando. —Se hace a un lado, expone los tres bocetos diferentes, cada uno ligeramente diferente al otro.

—Son hermosos —digo, mirando cada uno de ellos.

—Puedes cambiar el color si quieres —dice Gregory.

Las alas son de un azul más oscuro con toques de turquesa, ese mismo turquesa que tiene en los ojos, y el vientre del ave es rojo. Y el ángel mismo, su cara y brazo, parecen hechos de piedra. De piedra que se desmorona.

—Es perfecto. Mejor de lo que imaginé.

Él asiente.

—¿Tú lo hiciste? —le pregunto a la chica.

Mira a Gregory, comienza a decir algo, pero Gregory la interrumpe.

—Sí. Laura es la mejor.

—Gracias —le digo.

—¿Sabes dónde lo quieres? —pregunta él.

—Oh. —En realidad no había pensado en eso—. Hummm...

—¿Aquí? —pregunta él, volviéndome un poco, tocando el espacio a lo largo de la parte

superior de mi espalda, mi omóplato izquierdo, la curva de mi brazo—. ¿Qué opinas?

Lo miro y asiento.

—De alguna manera se irá, así —me muestra los bordes del dibujo, como la arena que se aleja con el viento.

Como las cenizas.

Y es muy bonito.

Estoy abrumada y todo lo que puedo hacer es asentir.

Laura se endereza y toma los bocetos. —¿Lista? —pregunta ella.

Gregory todavía me está observando. Se inclina detrás del mostrador para recoger una botella de *whisky* de un estante debajo.

—Sí —digo, queriendo algo de ese *whisky* ahora. Pensando que tal vez debería haber tomado las píldoras que me ofreció.

Gregory se quita el abrigo y lo cuelga.

Sigo a Laura al mismo asiento donde Gregory se sentó para que trabajara con él. Me quito el abrigo y Laura me dice que me siente a horcajadas en la silla para que mi espalda esté hacia ella. Lo hago. Es cómodo y puedo apoyar la cabeza contra el respaldo del asiento. Me desabrocho la camisa y la deslizo de ambos brazos.

—El sujetador también —dice ella.

Miro a Gregory que está observando desde el otro extremo de la sala mientras me desengancho el sujetador y me lo quito.

Laura me posiciona ligeramente diferente. El cuero se siente fresco contra mis pechos desnudos. Enfoca la luz en el lugar donde irá el tatuaje. El único sonido es el de los zapatos de Gregory al caminar hacia nosotras mientras ella limpia la zona, el antiséptico se siente frío contra mi piel.

—Está bien —dice ella. Debe notar lo nerviosa que estoy—. Será muy bonito.

—Gracias.

Gregory se acerca, baja la botella y me ofrece el vaso.

Elevo la mirada para verlo, lo tomo, bebo un sorbo y se lo devuelvo.

Se apoya contra la pared y Laura comienza, el sonido de la máquina suena mucho más alto que el del otro día, suena mucho más aterrador.

—Relájate —dice Gregory.

Respiro hondo, desenrollo las manos y cierro los ojos mientras ella comienza a trabajar. Y de alguna manera, no es insoportable, la sensación es extrañamente satisfactoria. Casi.

El único sonido es el de la aguja zumbando durante las próximas horas hasta que finalmente termina y mira a Gregory.

Él mira más de cerca y la intensidad de sus ojos mientras observaba durante las tres horas enteras es solo más oscura mientras estudia el tatuaje y, finalmente, asiente con la cabeza.

Laura toma un espejo y lo sostiene detrás de mí, miro por encima del hombro y mi boca se abre.

Es perfecto.

Es hermoso.

No. Más que eso.

Está casi... vivo.

Y el azul de las alas del ángel es el mismo azul que el ángel roto de Gregory.

—¿Te gusta? —pregunta ella, su acento es más notable. Creo que debe estar agotada.

—Sí. Es...

Laura sonríe, asiente como si lo entendiera. Estoy agradecida porque parece que no puedo encontrar palabras para describir lo que veo.

Se pone de pie, se estira y camina hacia otra parte de la tienda.

Miro a Gregory y él cambia su mirada del tatuaje a mí.

—¿Ves fantasmas, Amelia?

La pregunta es tan abrupta y tan fuera de lugar que todo lo que puedo hacer es mirarlo estúpidamente.

—Ese ángel —continúa—, ella vigila el mausoleo Scafoni.

—¿Qué?

—En la isla.

—No entiendo.

—Ni yo —dice, con una mirada diferente en sus ojos—. ¿Cómo lo dibujaste?

Sacudo la cabeza, intentando recordar. Fue algo que vi en mi cabeza.

—¿Te lo contó tu hermana?

—No. No habla de la isla. Nunca lo ha hecho.

Desplaza su mirada de nuevo hacia él.

—Es una coincidencia. Solo un ángel. Eso es todo —digo.

Pero no lo es. Lo sé. Él lo sabe.

Como los fantasmas de las chicas Willow muertas que se esconden en las sombras de nuestra biblioteca. Como las manchas espectrales que rondan los bordes del tatuaje en su pecho.

—No hay tal cosa como las coincidencias, Amelia.

AMELIA

Gregory y Laura hablan durante unos minutos mientras me pongo el abrigo. No entiendo lo que dicen, pero veo cómo se endurece su rostro. Sin embargo, es una conversación breve, y unos minutos después, salimos por la puerta.

Hace dos llamadas, ambas en italiano, así que no puedo seguirlas. Después de eso, está hablando algo con Matteo, y no creo que estén discutiendo, pero Gregory parece agitado. En un momento dado, incluso toma un cigarrillo de Matteo y abre la ventana para fumarlo.

Estoy cansada, así que recuesto la cabeza contra el asiento y miro por la ventana. Mi hombro se siente sensible y es casi como si el zumbido de la aguja todavía estuviera vibrando a través de mí.

Para cuando volvemos a la casa es casi medianoche y me he quedado dormida. Estoy aturdida por un momento cuando me despierto y ansiosa por volver a ver el tatuaje, estudiarlo más de cerca. Pero sé que algo está mal en el momento en que entramos por las puertas.

—Mierda —murmura Gregory.

Alguien está aquí. Tres autos están estacionados a lo largo de la rotonda alrededor de la fuente rota. Son sedanes negros, réplicas exactas entre sí, con ventanas oscuras.

Los neumáticos crujen en la grava a medida que disminuimos la velocidad y Gregory le dice algo a Matteo, luego se vuelve hacia mí.

—Irás directamente arriba, ¿entiendes?

Pero estoy mirando a los dos hombres que están de centinela en los escalones que conducen al pórtico. Miro la luz de un cigarrillo mientras otro fuma a lo largo de la entrada de la cocina.

—¿Qué está sucediendo? —pregunto—. ¿Quiénes son?

Abre mi puerta, me coge del brazo más fuerte de lo que necesita y me saca. —Es demasiado tarde para esconderte. Irás directamente a tu habitación y te quedarás allí hasta que vaya por ti, ¿está claro?

Lo miro y no parece asustado, solo enojado.

—No tengo una habitación —me quedo estúpidamente.

—Mierda.

Alguien se aclara la garganta y Gregory me acompaña hacia la casa. Mira a cada uno de los dos hombres parados en su escalera delantera, al tercero que abre la puerta de su casa.

Yo también miro, notando que todos están vestidos con trajes oscuros. Noto que ninguno se encuentra con nuestros ojos.

—¿Qué está pasando? —susurro.

Me aprieta el brazo mientras entramos, y Matteo está justo detrás de nosotros. Alguien está hablando, reconozco la voz de Irina, pero no la del hombre. Están hablando en italiano y el

hombre se ríe a carcajadas.

Gregory no me suelta, ni por un segundo, mientras me lleva a la casa y hacia las escaleras, pero son visibles tanto desde la sala de estar como del comedor, así que nos nota antes de que pueda apresurarme, que sé que es lo que quiere hacer. El hombre que está hablando con Irina se levanta de su posición agachada en la chimenea, el atizador en su mano y se dirige a nosotros.

Es alto, tan alto como Gregory, y de constitución parecida y aunque también lleva un traje oscuro, el suyo es diferente al resto.

No, no es eso.

Solo lleva el suyo de forma diferente.

Sus ojos me escanean, observándome de la cabeza a los pies, haciendo una pausa en el agarre que Gregory tiene en mi brazo. Parece tomarse un minuto completo antes de cambiar su mirada a Gregory.

—Gregory —dice, sonriendo ampliamente, una sonrisa que hace que su rostro tenga hoyuelos en un lado y que, combinada con sus ojos color avellana, lo hace parecer casi infantil y es alarmante porque conozco a este hombre y no es un niño. Me pregunto si alguna vez lo fue.

—Stefan —dice Gregory, su voz calmada y controlada y lo miro y pienso que él, como este hombre, es peligroso, y por alguna razón, este conocimiento, me hace sentir más segura.

Miro a mi alrededor, cuento los hombres que puedo ver. Tres. Tres dentro y tres afuera. Y puedo oír más arriba.

—Escuché que habías vuelto. Quería pasar y saludar.

—¿Desde Palermo?

El hombre, Stefan, le vuelve a sonreír mientras baja el atizador, se limpia las manos y me dirige la mirada.

Veo a Irina parada cerca de la chimenea, con la cara más pálida de lo habitual, los ojos puestos en Matteo.

Stefan camina hacia nosotros, abiertamente deja que su mirada se deslice sobre mí.

Me encuentro acercándome a Gregory mientras me mueve ligeramente detrás de él.

—Tienes compañía —dice Stefan.

—Justo se iba a dormir —contesta Gregory.

Lo miro y sus ojos son duros, y no creo que haya parpadeado mientras observa la aproximación del otro hombre.

—Eso es una lástima —dice Stefan.

—Matteo —llama Gregory.

Matteo está a su lado en un instante y Gregory me entrega a él. —Lleva a Amelia arriba.

Stefan levanta la mano y un hombre se adelanta para bloquear nuestro camino.

—Amelia —dice como si estuviera probando mi nombre y hace que el pelo en mi nuca se ponga de punta.

Extiende su mano, y cuando no me muevo, se estira para tomar una de las mías y la sostiene en las suyas, miro hacia abajo y pienso en cómo la mía casi ha desaparecido, las suyas son tan grandes.

—Quizás la próxima vez tendremos unos minutos más antes de que te vayas a dormir —dice Stefan.

Después de lo que parece una eternidad, me libera y Matteo me sube con prisa por las escaleras. Cuando miro hacia atrás, los dos hombres todavía están parados allí, Stefan mirándome, Gregory mirándolo.

—¿Quiénes son? —le pregunto a Matteo mientras me apresura por el pasillo hasta la

habitación de Gregory.

—Mafia —dice, abriendo la puerta del dormitorio, sin soltarme hasta que revisa la habitación para asegurarse de que está vacía.

—¿Mafia?

Pero para cuando lo pregunto, él está en el pasillo, buscando la llave y cuando la puerta se cierra, escucho que la cerradura gira y una vez más, estoy encerrada.

GREGORY

Después de mi primera visita al salón de tatuajes, sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que Stefan Sabbioni apareciera en mi puerta.

Lo observo.

Mira a Amelia irse, espera hasta que se pierda de vista para volver su mirada hacia mí.

—Me gusta lo que has hecho con la casa —dice. Se gira, entra en la sala de estar y toma asiento como si fuera su casa, no la mía.

—Voy a suponer que ya te diste un recorrido o te lo ofrecería —digo inexpresivo, tomando el otro asiento.

—Espero que no te importe —dice—. No estaba seguro de cuánto tiempo tardarías, y tenía curiosidad.

Solo le doy una media sonrisa.

—Es una casa hermosa. Me alegro de que Villa de Rossi tenga una nueva vida. —No le importa una mierda la casa—. Amelia, ¿verdad? —pregunta—. Una chica linda.

No respondo. No me gusta el nombre de ella en sus labios.

Irina, siempre atenta, aparece a mi lado con un vaso vacío. Noto cómo le tiemblan las manos.

Stefan recoge la botella de *whisky* de la mesa entre las dos sillas. Supongo que también se ha servido mi *whisky*.

Me sirve un vaso. —Me sentí como en casa.

—Eso veo.

Él bebe su *whisky* y yo hago lo mismo, haciendo cálculos rápidos, contando la media docena de hombres que ha traído con él.

—No sabía que podías salir de Sicilia en estos días —comento.

Se encoge de hombros. —Mis amigos miran hacia otro lado.

Conozco a Stefan Sabbioni desde que tengo memoria. Él es unos años mayor que yo y nuestras familias han trabajado juntas en el pasado. Es uno de los cuatro hijos, de los cuales solo él y su hermano, Antonio, hasta donde sé, siguen con vida. Hace varios años, Antonio, el primogénito y el que estaba a punto de hacerse cargo del negocio, traicionó a la familia. Se convirtió en testigo protegido de los EE. UU.

Posteriormente, el padre de Stefan fue arrestado y extraditado. Sin embargo, nunca llegó a juicio. Fue asesinado en prisión.

Stefan se hizo cargo de la familia Sabbioni después del arresto y la extradición de su padre, pero la familia, y especialmente la operación estadounidense, se habían visto gravemente debilitadas por la traición de su hermano.

Desde que tengo memoria, nuestras familias habían tenido un acuerdo. Nuestros intereses

comerciales funcionaron y siguen funcionando en paralelo en algunos casos, pero no se cruzan. No somos la mafia.

Me sorprende ver a Stefan aquí, fuera de Sicilia. Es preocupante porque significa que ha recuperado parte de su antiguo poder. Esos amigos que están mirando hacia otro lado deben ser amigos en puestos altos porque él está en una especie de arresto domiciliario. Es libre de moverse por Sicilia. Libre para operar allí. Pero el resto de Italia está fuera de los límites.

O así era.

—¿Qué estás haciendo aquí, Stefan?

Me estudia. —Solo a hacer negocios contigo.

—Es tarde.

—Imagino que quieres subir con tu Amelia.

Guiña un ojo como si fuéramos viejos amigos. No lo somos.

Levanto las cejas y espero.

Bebe un sorbo de su *whisky*. —Me gusta esta marca —dice—. Solía ser la favorita de mi hermano también.

—¿En serio? —Me importa un carajo.

—Pero quién sabe si aún bebe.

—¿En qué puedo ayudarte, Stefan?

Me mira, la sonrisa se desvanece de su rostro, mostrando al hombre duro que hay debajo.

—Tengo algunos negocios con Lucinda.

—¿Lucinda? —pregunto, y no tengo que fingir ignorancia porque no he tenido contacto con mi madre en meses. Conozco el trato que Sebastian hizo con ella, pero ella y yo no somos exactamente cercanos, nunca lo fuimos, ni siquiera en la isla. Por lo que sé o me importa, ella está muy, muy lejos, y puede seguir así.

—Ella tiene algo que me pertenece.

—Y asumo que estás aquí porque crees que ella está aquí o que yo sé dónde está. Por eso te diste un recorrido por mi casa.

—Bueno, eso fue secundario. Siempre he sentido curiosidad por Villa de Rossi. Dime, ¿está realmente embrujada?

—Solo si crees en fantasmas.

Se ríe y bebemos nuestro *whisky*, cada uno observando al otro. Cuando vacía el vaso, lo baja y se reclina en su silla.

—Lucinda, Lucinda —redobla—. ¿Alguna idea de dónde puedo encontrarla?

—Mi madre y yo no nos mantenemos en contacto. Ni siquiera sé en qué continente está.

—¿En serio? Es extraño porque escuché que está en algún lugar de la ciudad.

—¿Aquí?

—Supuse que, con tu regreso, ella estaría aquí.

—Ya sabes lo que dicen sobre hacer suposiciones.

—Mmm —hace una pausa, asiente con la cabeza como si entendiera lo que quiero decir—. Me contó que Sebastian la había echado.

—¿Fue a verte? —Esto me sorprende. Por favor, dime que Lucinda no fue lo suficientemente estúpida como para ir a Stefan Sabbioni en busca de ayuda contra Sebastian.

—Sí. Necesitaba ayuda.

Mierda.

—¿Ayuda con qué? —pregunto, esta vez sin ignorar con qué habría necesitado su ayuda.

—Ya no hay amor entre tu madre y tu hermano, ¿verdad?

—Me estás perdiendo, Stefan —digo, revisando mi reloj.

—Quería que castigara a Sebastian.

—Eso sí suena como ella.

—Me negué, por supuesto. Después de todo, él es el jefe de tu familia. Respeto eso.

—No tenemos jefe de familia. —Es difícil mantener mi irritación por su declaración fuera de mi voz—. No somos la mafia.

—Bueno, entiendes lo que quiero decir. —Se está burlando de mí. Los dos lo sabemos. Ni él ni yo somos primogénitos, solo tuvo suerte, si puedes llamarlo así.

—Volvamos a por qué estás aquí.

—Me sorprende que no hayas estado en contacto con ella durante tanto tiempo. No es la manera de que un hijo trate a su madre. Somos italianos. La familia es primero.

—La familia es complicada. Lo sabes.

—Sí, lo sé. Y a veces te joden, ¿no? —Su rostro se endurece—. Tú y yo tenemos eso en común —dice, estudiándome—. Nuestros hermanos son, o eran, nuestros rivales.

¿Cuánto sabe este imbécil sobre mí y mi hermano?

Termina su bebida y recoge la botella. —¿Puedo?

—Por favor.

Rellena su vaso, se sienta a mirarme mientras bebe.

—Sabes que, en nuestra línea de trabajo, las cosas son muy sencillas. Un soplón pierde su lengua, un ladrón, su mano. O en este caso, sus dedos pegajosos.

Mierda.

—Un traidor pierde la vida.

¿Qué carajo hizo mi madre?

—Adivinanzas, Stefan. Como dije, no somos la puta mafia.

—Iré al grano. Lucinda tomó algo que me pertenece. Y un acto como este, después de mi hospitalidad —dice, sacudiendo la cabeza—. Bueno, te ahorraré los horripilantes detalles, pero ella me debe más de lo que ya he tomado.

Más de lo que ya he tomado.

—Bueno, ya viste por ti mismo que no está aquí. Mi madre y yo no somos cercanos.

—Ella también lo mencionó, pero en momentos como este, es la familia a la que uno acude en busca de ayuda. Incluso cuando esa madre se ha vuelto contra su propia sangre.

—Realmente no puedo ayudarte, Stefan.

Se traga el resto de su *whisky*, suspira.

—Amelia es encantadora —dice—. Te gusta. Puedo verlo.

—Déjala fuera de esto.

—Podría cuidarla por ti. Solo hasta que arregles tus asuntos con tu madre. Mientras está en la ciudad y todo eso.

Inclino la cabeza. —¿Me estás amenazando?

—Por supuesto que no, Gregory —dice, dándome palmaditas en el brazo—. Somos viejos amigos. No soy una amenaza para mis amigos.

—Eso es bueno porque no me tomo demasiado bien las amenazas. —Reviso mi reloj de nuevo—. Se está haciendo tarde.

—¿Por qué no vienen tú y Amelia mañana? Cuando no sea tan tarde. Tendré una pequeña fiesta.

—Estamos ocupados.

—Es una lástima. Me encantaría volver a verla.

Voy a matarlo.

Sonríe.

Me pongo de pie.

Él hace lo mismo.

Todavía lleva su abrigo y busca en el bolsillo para sacar sus guantes. Se toma su tiempo poniéndoselos y hay una amenaza en el acto.

—Si cambias de opinión sobre la cena o te pones en contacto con tu madre, estaré en la casa de mi tío. ¿Recuerdas la dirección?

Camino hacia el vestíbulo.

Le abro la puerta para que se vaya, pero se toma su tiempo, mirando todo mientras se dirige al vestíbulo.

—Conduce con cuidado, Stefan. Es peligroso allá afuera.

Su expresión se endurece.

—Con todo ese hielo —añado.

—Estaba pensando que quizás ella ha vuelto a Filadelfia. Ethan está ahí, ¿verdad? —pregunta.

Sacudo la cabeza, dejo escapar un largo suspiro.

—Vuelve a casa a Sicilia, Stefan. Controla a tu familia. Quizás encuentres a tu hermano. O averigües quién le dio el golpe a tu padre. Porque en este momento, no eres tan poderoso como crees. Tienes enemigos tanto dentro como fuera de tu familia.

Sus ojos se vuelven gélidos, pero no me importa.

—No me jodas. No me amenaces. No me asustas —digo.

Su expresión permanece nivelada. No lo he molestado, pero no esperaba hacerlo.

—Siempre es un placer tratar con los hermanos Scafoni —dice, extendiendo su mano.

Lo tomo, pero no nos saludamos. Es una mirada fija.

Nunca fuimos amigos, pero tampoco enemigos.

Esta noche, eso ha cambiado.

AMELIA

Me alejo de la puerta cuando la cerradura gira y Gregory entra. Por la expresión en su rostro, está preocupado.

Entra, cierra la puerta y presiona la base de las manos contra sus ojos.

—Mierda.

—¿Quién es él? —pregunto.

Se frota la cara, me mira. —Nadie.

—Bueno, es alguien —digo—. Matteo me dijo que es parte de la mafia.

—Matteo habla demasiado. —Se acerca, me desabrocha los botones superiores de la blusa y me gira—. Echemos un vistazo a esto.

Cuando me alejo, no me suelta y escucho cómo se desgarra la tela.

—Espera.

Me está llevando al baño.

—Espera —presiono.

Se detiene con impaciencia en su rostro.

—¿Quién es él?

—Stefan Sabbioni. Y no es *parte* de la mafia. Él es el jefe.

Me lleva un minuto procesarlo. —¿Qué quiere él contigo?

—Carajo. —Me agarra más fuerte, me lleva hacia atrás al baño, solo me suelta una vez que estamos dentro—. Desnúdate. —Enciende los grifos de la bañera, comprueba la temperatura del agua y se seca las manos con una toalla.

—No quiero un baño —digo.

—Necesito pensar.

—¿Qué quiere?

—Solo métete en la bañera, Amelia. —Cuando no me muevo, él me toma los hombros, me aprieta. Es casi tierno.

Casi.

—Por favor, métete en la maldita bañera —dice con los dientes apretados.

—De acuerdo.

Asiente y creo que es su agradecimiento.

Me quito la ropa mientras él está allí mirándome, con los ojos fijos en mí, no del todo hambrientos pero posesivos. Cuando estoy desnuda, entro en la bañera y me siento en el agua tibia.

Una vez que la bañera está llena, apaga el agua y saca una barra de jabón del armario debajo del lavamanos.

—Le gusta cómo te ves.

Lo miro, pero es casi como si estuviera hablando consigo mismo y no conmigo.

—No debería haberte visto. Debería haberte escondido.

Se sienta detrás de mí en el borde de la bañera, a horcajadas, y se arremanga. Veo tinta en su brazo derecho, solo los bordes de un tatuaje a medida que el músculo se flexiona.

—Inclínate un poco hacia adelante —dice, dejando la barra de jabón para levantar mi cabello y ajustar la pinza para mantenerlo alejado de mi cuello.

Sus manos son fuertes, pero suaves y sus dedos trazan la piel sensible en mi nuca, y me gustaría poder ver su cara, sus ojos.

Cuando ejerce un poco de presión sobre mi espalda, me inclino más hacia delante.

Quita el plástico del tatuaje y jadeo.

—No te lastimaré.

Giro un poco la cabeza, miro hacia arriba, veo solo una esquina de su cara y sus ojos están concentrados en el tatuaje y me pregunto si sabe lo que acaba de decir, cómo lo dijo. Pero luego sus dedos están sobre mí y es como si cada nervio cobrara vida con el toque más suave de él.

—Ese hijo de puta debería saber que no comparto lo que es mío.

Todavía está hablando consigo mismo, no conmigo, y cada vez está más enojado.

Él sumerge sus manos en el agua, girando la barra de jabón entre ellas, formando espuma y creo que necesito sacarlo de su cabeza.

Su pregunta de antes vuelve a mí, la de los fantasmas.

—Veo a la niña —digo de la nada.

Se detiene. Me mira.

—¿Cuál niña?

—La que vivía aquí antes.

No parece sorprendido y no hace preguntas, solo comienza a frotar jabón en mi espalda, mis hombros y se siente tan bien. Diferente a cuando me toca cuando estamos follando y creo que lo está distrayendo, lo que estoy diciendo.

—Creo que ella también murió esa noche, con su madre. Ese es el sueño que sigo teniendo. Cuando me despertaste esa noche, lo estaba soñando. Quería que la persiguiera hasta la biblioteca. Siempre desaparece detrás de los estantes y tengo la sensación de que quiere que la siga por alguna razón.

Eso lo detiene. Hace que me mire de forma extraña por un momento.

—Mantente lejos de la biblioteca.

Su tono es plano, no es una advertencia, sino otra cosa. Permanecemos quietos por un momento, el único sonido en la habitación es el del lento goteo de agua en la bañera.

—Ella no es el único fantasma que ves —dice, y aunque no es una pregunta, sacudo la cabeza para confirmar.

—Durante mucho tiempo, pensé que todos veían lo que yo veía. Me di cuenta de que no cuando éramos pequeñas.

—¿Cómo te diste cuenta de eso?

Aparto mi mirada de él. Nunca le he dicho esto a nadie.

—Les pregunté a mis hermanas quiénes eran las chicas de la biblioteca. —Casi puedo verlas ahora. Esta imagen nunca se desvanece.

Sus manos no se mueven, pero están sobre mí y de repente son lo único cálido.

—Chicas Willow —dice.

Asiento.

—Las sombras en las esquinas de tus bocetos —hace una pausa y luego vuelve a centrarse en el trabajo de sus manos—. ¿Viste al ángel?

Niego con la cabeza. —No, no así. Cuando dibujo, a veces, es como si no fuera yo. Como si no fuera mi mano la que mueve el lápiz. —Me volteo para mirarlo—. Es raro, ¿verdad? Tú no crees en fantasmas.

Él se encuentra con mis ojos. —Nunca dije que no creyera en fantasmas. Solo dije que no me asustan. Que los vivos pueden hacer más daño que los muertos.

Ambos nos quedamos en silencio, escuchando ese goteo de agua.

—Te conté algo, ahora cuéntame sobre ese hombre —digo—. Dime qué quiere y por qué estás preocupado.

Sonríe, me quita un mechón de pelo de la cara, dejándome un rastro de burbujas en la mejilla antes de deslizar su mano jabonosa por mi pecho para acariciarme, frotar mi pezón.

—No todo es un intercambio, Amelia.

Se inclina, me besa. Estira el brazo para retirar el tapón y un momento después, el agua sale de la bañera, me pone de pie y me envuelve con una toalla. Cuando abro los ojos, me mira con un aspecto extraño en la cara.

—La ignorancia puede ser un regalo —dice.

—¿Qué?

Serpentea su mano detrás de mi cabeza, la acuna. Me besa y hay una urgencia en el beso, pero no es sexual. Hay más en ello. Casi tiene una textura, lo que saboreo, la sensación que tiene.

Es una especie de necesidad, pero más.

Un anhelo.

Una soledad que comienza en sus bordes, que se filtra en su corazón, que se apodera de él y es tanto. Tanto que duele.

Me abro para él porque es todo lo que puedo hacer, y vuelvo a lo que dijo esa vez sobre que se lo entregara. Darle todo porque quiere todo. Tal vez esto, yo abriendo, es dárselo.

Él retrocede y no puedo apartar mis ojos de los suyos. Están tan concentrados en los míos, como si me viera de manera diferente a como nadie me ha visto antes y de nuevo tengo que pensar en nosotros, él y yo, Scafoni y Willow. En cierto modo, estamos conectados. Siempre lo será. Nuestras familias lo han estado durante generaciones. Pero esto, lo que está sucediendo ahora, es independiente de eso.

No soy la chica Willow.

No estaba destinada a ser suya.

Jamás estuve destinada a ser suya.

Después de secarme, deja caer la toalla al suelo y se inclina para besarme de nuevo.

Estoy descalza, la parte superior de mi cabeza apenas llega a su barbilla y pongo mis manos sobre él, las deslizo debajo de su camisa, siento el músculo duro de su vientre, siento que presiona contra sus *jeans* y tiene razón. Quiero más.

Se retira, me mira, y lo que más quiero es saber lo que está pensando. Es poder leer sus ojos.

Entramos en el dormitorio y me besa una vez más antes de empujarme a la cama.

—Acuéstate —dice, abriendo un cajón, sacando una botella de crema y poniéndola en la mesita de noche.

Me recuesto.

—Sobre tu vientre.

Me recuesto sobre mi estómago y miro por encima del hombro para ver cómo se quita la ropa, los músculos se flexionan mientras se mueve.

Cuando está completamente desnudo, me monta a horcajadas, con las rodillas a cada lado de mis caderas, y meto los codos debajo de mí y miro hacia adelante mientras se vierte crema en las manos, calentándola antes de comenzar a frotarla en el tatuaje, en mis hombros y mi espalda, más abajo mientras mueve una rodilla entre mis piernas, luego la otra, sus manos en mi culo.

Lo miro, lo veo abrirme, veo la necesidad en sus ojos.

Toma su polla en su mano enguantada y pone los dedos de la otra en mi culo.

Hago un sonido, me levanto sobre mis codos e intento alejarme.

—Quédate ahí —dice.

Sacudo la cabeza, pero él me agarra la cadera con esa mano enguantada y no me deja moverme.

—Mírame.

Él todavía tiene su dedo allí y me siento avergonzada. Sacudo la cabeza de nuevo.

Cava sus uñas en mi carne. —Dije que me miraras.

Levanto el cuello para encontrarme con su mirada y él la sostiene mientras me mete un dedo y todo lo que puedo hacer es agarrar las mantas mientras cada músculo se tensa.

—Necesitas relajarte —dice, moviendo su dedo dentro de mí, deslizando su otra mano hacia mi vientre mientras estira su cuerpo junto al mío, con la respiración en mi cuello y la polla dura en mi espalda—. ¿Recuerdas lo que te dije?

Me está frotando el clítoris y su dedo dentro de mí, se siente diferente a cuando me está tocando en cualquier otro lugar.

—Amelia. —Me pellizca el clítoris.

Me pongo rígida de nuevo.

—Quiero todo. ¿Recuerdas eso? —pregunta.

Asiento.

—¿Vas a dármelo o voy a tener que tomarlo?

Es gentil otra vez, frotando mi clítoris, moviendo su dedo dentro y fuera de mi culo y se siente bien.

—Buena chica —dice, sintiéndome relajarme, besando mi hombro antes de sacar su dedo, levantándose sobre sus rodillas y levantando mis caderas para que esté sobre mis codos y rodillas.

Sus ojos se encuentran con los míos mientras aplica más crema en mi espalda baja, y sostiene mi mirada mientras la unta dentro de mí y cuando desliza su polla en mi coño es como si no pudiera respirar. Como si me hubiera llenado y todo lo que puedo hacer es sentir.

Lo vuelvo a mirar porque su cara así es tan jodidamente hermosa. Me mira, ve su polla desaparecer en mi coño. Deja que la saliva caiga de su boca a mi culo. Está tan sucio e incorrecto, está escupiendo en mi culo y la idea de eso, me hace querer más, más de él, todo él, pero luego se retira y me siento vacía y fría, solo por un momento hasta que lleva la cabeza de su polla a mi culo y llega un nuevo pánico.

—Dámelo —dice, manteniéndome en mi lugar—. Dámelo. No me obligues a tomarlo.

Comienza a bombear lentamente, estirándome, y me duele, pero lo hace con cuidando y es tierno, a su manera, y me permito sentir sus manos sobre mí. Sentir cómo me embiste. Su movimiento dentro de mí. Lento al principio, estirándome, lastimándome un poco, pero haciendo que se sienta bien, las sensaciones se mezclan, y cuando me frota el clítoris de nuevo, no pasa mucho tiempo antes de que me corra, antes de que, de alguna manera, a través de la nube de dolor y placer, sus dedos sobre mí, su polla dentro de mí y él sosteniéndome, me corro y se mueve más profundo y rápido y duele de nuevo cuando me folla, realmente me folla, pero lo

quiero. Quiero dárselo y quiero que lo tome todo a la vez.

Caigo de orgasmo en orgasmo, esta sensación es tan diferente a cualquier otra cosa, como si todo mi cuerpo hubiera cobrado vida y cuando lo siento hincharse dentro de mí, lo miro, observo su hermoso rostro, y cuando empuja una última vez, se encuentra con mis ojos y lo observo mientras me llena y todo lo que puedo pensar es que soy suya. Soy suya, es donde quiero estar y lo que quiero ser, y sé que está jodido, pero esto es la verdad.

Él es lo que quiero. Así. Exactamente así.

GREGORY

Está metida en el hueco de mi brazo. La observo mientras lucha contra el sueño, sus pestañas revolotean mientras abre los ojos solo para volver a cerrarlos. Escucho su respiración tranquila y constante y pienso en lo preciosa que es y en cómo lo jodí todo. Nunca debí haber dejado que Sabbioni la viera. Nunca le debí haber dejado ver que ella es importante. Porque lo es.

Murmura algo, se pone de lado para que su espalda esté hacia mí. Las mantas se han deslizado hasta su cintura y puedo estudiar el tatuaje, el azul contrasta contra su piel pálida, el ángel con su cara de medio cráneo aún hermosa. El ave como si mirara desde debajo de las alas del vigilante, inocente. Como ella.

Podría cuidarla por ti. Solo hasta que arregles tus asuntos con tu madre. Mientras está en la ciudad y todo eso.

Saco mi brazo lentamente de debajo de ella y salgo de la cama, poniéndome la ropa y cerrando la puerta del dormitorio detrás de mí.

Bajo a mi estudio, me siento detrás de mi escritorio y levanto el teléfono para marcar un número al que nunca pensé que volvería a llamar.

Mi hermano responde en el segundo timbre.

No estoy seguro de lo que espero sentir con el sonido de su voz, pero mientras me siento aquí y él repite su saludo, creo que lo echo de menos. Echo de menos a mi hermano.

¿Cómo pueden las cosas ponerse tan mal tan rápido?

—Sebastian —mi voz sale más tensa de lo que esperaba.

Ahora la pausa es de su lado. Lo oigo caminar, oigo una puerta abrirse y cerrarse. Probablemente también se está encerrando en su estudio.

—Gregory —dice después de una eternidad—. Estás en Italia.

Se da cuenta por mi número de teléfono. —En ningún lugar cerca de la isla. No te preocupes

—No me preocupa. Escuché lo de la casa —hace una pausa—. Nunca mencionaste nada al respecto.

Puede irse a la mierda si cree que me estoy explicando.

—Stefan Sabbioni me visitó hoy.

—¿Sabbioni? —Suena sorprendido. Supongo que no espera este cambio en la conversación. ¿Qué pensó? ¿Qué llamaba para reclamarle?— Pensé que no podía salir de Sicilia.

—Sí, bueno, lo hizo.

—¿Qué quería contigo?

—Parece que tiene algunos negocios con Lucinda.

Sebastian resopla. —Lucinda. Por el amor de Dios, no es tan estúpida, ¿verdad?

—Sigue siendo mi madre, Sebastian.

—¿Y qué sientes exactamente por ella?

—Él la está buscando. Si la encuentra, las cosas se van a poner feas.

—Carajo.

—Sugirió que ella le robó algo.

Guarda silencio. Sebastian sabe cómo se castiga a un ladrón en ese mundo.

—¿Sabes dónde está? —pregunto.

—No puedes involucrarte, Greg.

Greg. A veces me llamaba así. Solíamos ser cercanos. Aunque, supongo que no tan cercanos, ya que ni siquiera le conté sobre la casa cuando la compré, antes de que todo sucediera.

—Sí, bueno, ya estoy involucrado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hizo el viaje desde Sicilia para verme porque espera que se la entregue.

—Me pregunto si eso significa que su hermano ya no es una amenaza.

Porque el hermano puede tener pruebas que obliguen a las autoridades italianas a extraditarlo. Por lo que sé, si Stefan Sabbioni pone un pie en suelo estadounidense, será detenido y la amenaza es lo suficientemente real como para que no lo intente.

—No sé nada sobre el hermano. ¿Sabías que Lucinda había ido con él? Después de que la echaste.

—Escuché algo al respecto. Stefan quería estar seguro de que yo sabía lo que él hacía por mí. Supongo que pensó que me sentiría en deuda con él.

—Quiero saber dónde está. Tengo que hablar con ella.

—No te involucres. Es una mala idea.

—Como dije, ya estoy involucrado.

—¿Cómo?

Hago una pausa. —Simplemente lo estoy. Sé que la estás rastreando a través de sus gastos. ¿Me va a decir dónde está o no?

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

—Sí.

Suspira. —Te enviaré una dirección.

—Gracias.

—Si necesitas mi ayuda, llamarás...

—No necesitaré tu ayuda.

Hay un silencio incómodo. —Gregory... —comienza, pero creo que cambia de opinión—. ¿Cómo estás?

Su pregunta me molesta más de lo que debería. —Como si te importara.

Termino la llamada, coloco los codos sobre la mesa, apoyo la cabeza entre las manos y me froto los ojos.

Quiero que quede claro que no estoy pidiendo su amistad, aprobación, perdón o cualquier cosa que él crea que se le debe. Solo necesito saber dónde está Lucinda.

En unos minutos, mi teléfono suena con un mensaje de texto. Una dirección.

En Roma.

Me levanto, voy a la caja fuerte, la abro y tomo un grueso fajo de billetes. Los meto en un sobre, tomo mi chaqueta, escucho en las escaleras, pero no oigo nada. Ojalá Matteo estuviera aquí. No quiero dejarla sola en caso de que Stefan cumpliera su amenaza. Pero después de la visita sorpresa de Stefan, Irina se conmocionó y la llevó a la casa de su hermana y no volverá

esta noche. Todos conocen a la familia Sabbioni. Todos saben que hay que mantenerse muy, muy lejos.

Todos excepto yo.

APARCO A POCAS CUADRAS DEL HOTEL DONDE SE ALOJA LUCINDA Y CAMINO HASTA EL PEQUEÑO Y muy exclusivo hotel boutique. No estoy seguro de cuánto dinero le está dando Sebastian, pero este lugar tiene que estar consumiendo la mayor parte.

Mi hermano la ha estado vigilando de cerca. Registra todas sus idas y venidas. Que es la única forma en que tiene esta información.

Pero si la tengo, significa que Stefan también puede conseguirla.

Sin detenerme en la recepción, me dirijo al ascensor, echando un vistazo superficial al vestíbulo amueblado de forma costosa. Mientras espero el ascensor, leo la inscripción en un retrato de Napoleón que aparentemente pasó algún tiempo aquí.

Llega el ascensor y un asistente en uniforme formal se hace a un lado para que yo entre.

—Cinco —digo, desabrochándome el abrigo.

Asiente, y las puertas del ascensor se cierran. Miro hacia delante, sin sentir la necesidad de llenar el silencio. El ascensor es viejo y un poco desvencijado y estoy seguro de que Lucinda ya se ha quejado de ello.

Una vez en el quinto piso, escaneo el pasillo y giro en dirección a la suite de Lucinda. En la puerta, me detengo a escuchar, oigo el débil sonido de la televisión. Pero cuando llamo, se detiene.

Llamo de nuevo.

—Madre —digo.

La cerradura gira un momento después y Lucinda se para ante mí. Está vestida de negro de la cabeza a los pies y su cabello está recogido en un moño apretado. Aunque las raíces delatan su edad. Y su estado de ánimo.

Eso, más el hecho de que no lleva maquillaje y los botones de su blusa están mal.

Sostengo su mirada, aunque tengo curiosidad por mirar hacia abajo. Para ver si Stefan estaba mintiendo.

—¿Cómo me encontraste? —pregunta.

—Sebastian.

Me mira raro. —No sabía que se están hablando de nuevo.

—No es así.

Me invito a entrar y ella cierra la puerta, junto con todas las cerraduras.

La habitación huele rancio con humo de cigarrillo y café viejo. Hay una bandeja de servicio a la habitación del desayuno en la mesa junto a la ventana, pero las cortinas están cerradas y la cama no está hecha.

—¿Cuánto tiempo has estado en la ciudad? —pregunto.

—Una semana.

Finalmente miro el vendaje en su mano derecha. Es un muñón, solo sobresalen el pulgar y el índice. ¿Realmente le quitó los demás?

—¿Ya viste suficiente? —pregunta, escondiendo el brazo detrás de la espalda—. Puedo deshacer el vendaje si tienes tanta curiosidad.

No respondo, sino que quito la camisa que está tirada sobre el brazo de una de las dos sillas

de la mesa y me siento. No me molesto en quitarme el abrigo. No me quedaré mucho tiempo.

—¿Qué hiciste? —pregunto.

—Nada. Ese chico… lo conocí cuando usaba pañales. Es un monstruo, como su padre.

—Entonces, ¿no hay razón para que te corte los dedos?

Levanta la barbilla, siempre rebelde.

—¿No hay razón para que regrese por el resto?

Alcanza su taza con la mano dañada, se detiene y usa la otra.

—¿No es esa tu mano de azotes? —Recuerdo lo que le hizo a Helena.

—No olvides que una vez fuiste cómplice.

—No un cómplice. —Aunque fui cómplice. Todavía lamento esa noche. Siempre me arrepentiré.

Me hace una mueca, bebe un sorbo de café viejo y frío. —Detalles sin importancia. Estoy segura de que no haría una diferencia para ella si lo supiera.

—La única razón por la que no impedí que Helena se subiera a ese barco es porque dijiste que la ibas a dejar ir.

Ella inclina la cabeza. —Venga, Gregory. ¿Realmente creíste eso?

Me mantengo en silencio porque ¿fue así?

—No sabía que ibas a intentar matarla —digo.

—No tenía la intención de matarla. Herirla, sí. Asustarla, sí. Pero no matarla. Tu hermano fue demasiado estúpido para averiguar dónde la puse.

Enciende un cigarrillo, lo sostiene como un porro entre el pulgar y el índice de la mano lesionada e inhala profundamente antes de continuar.

—Además —continúa, soplando humo—. Mis planes solo cambiaron cuando Sebastian me habló de los suyos. Lo que dijo que le haría a mi hijo.

Ethan. Se refiere a Ethan.

Solo se refiere a Ethan como su hijo. No yo. No Sebastian.

Se sienta, con el brazo lesionado cruzando su centro, mirándome mientras se acumula ceniza en la punta de su cigarrillo. Me pregunto si alguna vez tuvo buenas intenciones con respecto a Helena. Lo dudo.

—Además, si la hubiera dejado ir, tal vez la hubieras secuestrado para ti en el momento en que te diera la espalda —dice.

Bueno, lo hice. O algo así.

Secuestré a una chica Willow diferente.

—¿Te sientes culpable, Gregory? ¿De repente? Porque no fue difícil convencerte entonces. —Termina lo último de su bebida y me pregunto si no estará mezclada con licor—. ¿O es porque perdiste a la chica y estás haciendo pucheros ahora?

—Vine a ayudarte, Lucinda. Soy el único que sigue dispuesto a ayudarte. Recuerda eso.

—Lucinda. —Ella resopla—. Puede que no sea la madre de Sebastian, pero sí tuya. —Inhala profundamente su cigarrillo, estudiándome—. Y esta ayuda, ¿la estás haciendo por la bondad de tu corazón?

No respondo.

Sonríe, como si conociera la respuesta a esa pregunta. Se levanta, va al armario, lo abre y me saca una botella de *whisky* y un vaso limpio. Vierte un poco y rellena su taza de café.

—¿Estás ebria? —pregunto.

Traga un gran sorbo, mira hacia otro lado y veo miedo y desesperación en sus ojos. Me pregunto qué es más peligroso.

Sacude la ceniza de su cigarrillo en la alfombra y luego se vuelve hacia mí. —De todos modos, he oído que tienes tu propia chica Willow después de todo.

¿Cómo diablos sabe eso?

Mantengo mi cara neutral, pero mis manos forman puños en mi regazo.

—Te diré que no sé si esas Willow tienen oro en sus coños o qué, pero seguro que ustedes se enamoran de ellas por completo, ¿no? Tu padre lo hizo. Sebastian también. Me destruyó por su puta Willow. ¿Y ahora tú también?

Sus labios se curvan con disgusto.

—El único con sentido común es Ethan —continúa—. Y mira lo que tu hermano le hizo.

—Lo hizo para castigarte.

—¿Te estás poniendo de su lado? —Otra sonrisa se forma lentamente en sus labios y me pregunto cómo todavía hay tanta maldad en ella—. Incluso ahora, ¿estás de su lado?

—No hay lados. No con esto.

—Teniendo en cuenta todo lo que te ha hecho, ¿sigues protegiéndolo? Teniendo en cuenta cómo él y esa puta te han ridiculizado *de nuevo*.

—Estás diciendo tonterías, madre —me pongo de pie.

Se levanta, me agarra el brazo. —Incluso ahora, se están riendo de ti.

Una sensación de incomodidad se apodera de mí. —¿De qué estás hablando?

Esa sonrisa se vuelve más presumida a medida que me estudia.

—Oh, por Dios. No lo sabes, ¿verdad?

No me gusta la expresión de su rostro, quiero cambiar de tema, pero más que nada quiero largarme de aquí.

—Stefan Sabbioni dejó Sicilia —digo.

—¿Qué? —Eso llama su atención.

—Él está aquí.

—No puede salir de Sicilia. Lo arrestarían.

—Sí, bueno, aparentemente ese ya no es el caso. Vino a verme. Te está buscando.

Ahora es Lucinda la que se ha quedado en silencio.

—¿Cómo huiste de él, de todos modos? Quiero decir, supondría que habría tomado todos los dedos que quería de una sola vez. —Oigo el veneno en mi voz. Supongo que soy tan malvado como mi madre.

—Soborné a uno de los médicos que arreglaron esto. —Eleva el muñón.

—¿Por qué no los tomó todos a la vez?

—Porque me necesita. Esto —comienza, levantando la mano vendada—. Con esto me muestra lo grandes que son sus pelotas.

—¿Qué necesita de ti?

Se levanta, va al armario, lo abre y saca un pequeño paquete envuelto en un pañuelo. Lo lleva a la mesa y lo deja, luego vuelve a su asiento.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Ella desenvuelve el pañuelo con su mano dañada y no puedo apartar los ojos de ese muñón. Es casi extraño por los dos dedos que dejó.

Pero entonces lo veo. Lo que tomó.

Un anillo.

Me acerco, lo recojo, lo estudio.

—El anillo de su hermano.

—¿Antonio? —Antonio es la rata, el hermano que traicionó a la familia.

—No le pertenece a Stefan. Pertenece al verdadero jefe de la familia.

—¿Y qué te importa quién es el jefe de su familia?

—Stefan es un mocoso.

—¡Que te cortó los putos dedos! ¿Estás loca?

Su frente se arruga y mira hacia otro lado, vuelve su atención a apagar su cigarrillo y puedo ver que está asustada. Realmente asustada.

Exhalo. —¿Por qué no has salido del país?

—Él tiene mi pasaporte y estoy esperando mi dinero de tu hermano para hacer uno nuevo. Intenté llamarlo para un adelanto, pero ese imbécil no contestó mi llamada.

—¿Así que tomaste una suite en uno de los hoteles más caros de la ciudad?

Aprieta los dientes y frunce los labios.

Me pongo de pie, el anillo en mi mano.

—¡Espera!

—Esto no te pertenece —digo.

Sabe que está equivocada porque no responde.

Deslizo el anillo en mi bolsillo y saco el sobre. —Esto debería ser suficiente para obtener un nuevo pasaporte. Un boleto de avión para que salgas de aquí.

Ella extiende su mano para cogerlo, pero yo lo retiro.

—Hay una condición.

—¿Qué condición?

—Te mantienes lejos de nosotros. Todos nosotros. Esto incluye a Sebastian y Helena.

Ladea la cabeza, con los ojos entrecerrados, llena de odio. Una comisura de su boca se levanta en una cruel sonrisa unilateral. Recuerdo esa sonrisa de cuando era pequeño. Cuando me aterraba.

—¿No me digas que todavía crees que tienes una oportunidad con ella? —pregunta.

Me lleva un momento darme cuenta de que está hablando de Helena. —También puedo enviarle un mensaje de texto a Stefan con tu ubicación —digo con una sonrisa que coincide con la suya.

—No lo harás. Te conozco.

Ella tiene razón. No lo haré.

Pero he terminado aquí.

Dejo caer el sobre en la mesa y camino hacia la puerta.

—Siempre se reduce a las putas Willow con ustedes, ¿no?

—Cállate, madre.

—Crees que eres muy listo. Crees que tienes todo bajo control. No es así. Esas Willow te retuercen la mente...

Abro la puerta, preguntándome por qué me molesto. Por qué no debería dejar que ella lidie con Stefan Sabbioni. Ella lo causó todo.

Pero debería haberme ido antes porque es cuando estoy en el pasillo y la puerta se cierra detrás de mí que ella lo hace.

Que lo jode todo.

No miro hacia atrás cuando oigo que se abre la puerta.

—Casi lo olvido. Enhorabuena —dice cuando oprimo el botón del ascensor.

Sé que debería irme. Sé que no debería escuchar. Aprieto los dientes y espero. Las escaleras están a la vuelta de la esquina y probablemente sea más rápido que el viejo y destartalado ascensor.

—Escuché que vas a ser tío —dice.

Me lleva un minuto procesarlo, pero cuando lo hago, es como si las palabras tuvieran un poder propio. El sudor brota sobre mi frente y el mundo se va de lado por un minuto, como si mi cerebro estuviera golpeando contra mi cráneo.

Casi en cámara lenta, me giro y la miro.

Ella inclina la cabeza. —Oh. ¿No lo sabías?

Está disfrutando esto. Ama cada segundo.

—O supongo —comienza, aún no ha terminado—. Podrías ser el padre, ¿verdad? Quiero decir que es posible, ¿no?

¿Helena está embarazada?

No.

No es posible.

—Quiero decir, no lo sé, ¿los mocosos son de Sebastian o tuyos? Porque todavía no se parecen a ninguno de los dos. Se parecen más a pequeñas serpientes resbaladizas. Tengo las fotografías. ¿Quieres ver?

Doy un paso hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Pregúntale a su hermana —dice, cerrando un poco la puerta.

—¿De qué carajo estás hablando? —rujo.

Justo cuando llego a la habitación, ella cierra la puerta. Golpeo mi puño contra ella.

—¡Madre!

La cerradura gira.

—¡Abre la maldita puerta!

Golpeo fuerte, lo suficientemente fuerte como para que otros huéspedes asomen sus cabezas entrometidas fuera de sus habitaciones.

Pero no me importa porque no puedo pensar porque lo que ella está diciendo no puede ser.

No puede ser cierto.

Helena no puede estar embarazada.

AMELIA

Estoy soñando de nuevo. Lo sé y parece que no puedo despertarme.

Sin embargo, esta vez hay algo diferente. Algo imperioso en la forma en que la niña me mira.

Su cachorro está corriendo y ella la está persiguiendo, pero sigue mirándome y es como si quisiera estar segura de que todavía estoy allí, siguiéndola. No sabe que no puedo cambiar de rumbo, aunque quisiera. Es como si mis piernas se movieran por sí mismas.

Se apresura por las escaleras y sigo llamándola para que se quede cerca la pared. Que se mantenga alejada del borde sin barandilla porque la casa no es como era entonces. Es como ahora.

Pero no es como si pudiera lastimarse.

Ya ha muerto.

Murió la misma noche que su madre.

No sé cómo, pero lo sé. Y es en el momento en que me doy cuenta, que ella sabe que yo también lo sé y su cara cambia, es más como una calavera de nuevo. Ya no es la niña bonita y despreocupada.

Una puerta se cierra de golpe y salto del susto. El sudor gotea de mi frente y jadeo.

Miro alrededor de la habitación oscura, exhalo aliviada cuando me doy cuenta de que todavía estoy en la cama de Gregory. Sigo aquí. No estaba persiguiendo a la niña a esa biblioteca. Hacia lo que sea que se encuentre más allá de esa puerta.

Un estremecimiento me atraviesa y respiro profunda y tranquilamente.

No es nada. Todavía estoy aquí. Me desperté.

Miro la almohada de Gregory, la toco. Está fría. Quito las sábanas, me levanto para ir al baño y me lavo la cara.

Mientras estoy allí, escucho la puerta del dormitorio abrirse y lo escucho entrar.

—¿Dónde estabas? —pregunto mientras me seco las manos, sintiéndome aliviada—. Nunca duermes.

Vuelvo a colgar la toalla y apago la luz. Pero cuando abro la puerta para volver al dormitorio, mi sonrisa desaparece porque no es Gregory. Es otra persona.

—Duermo muy bien —dice con una sonrisa como si fuera a él a quien le hubiera hecho la pregunta.

Me toma un momento actuar y voy a cerrar la puerta, pero él es muy rápido, así que la puerta rebota en la punta de su bota y su mano gigante se enrosca alrededor de ella mientras la abre, enviándome hacia atrás.

Dejo escapar un grito mientras lo miro allí; enorme en la puerta, con su traje negro y el olor a

cigarrillos aferrándose a él.

Me mira y miro hacia abajo, llevo una pequeña camiseta sin mangas y ropa interior, agarro una toalla mientras su mirada se vuelve depredadora y un lado de su boca se curva hacia arriba.

—¡No te me acerques! —grito, palpando el cajón donde están las tijeras, mis dedos se resbalan mientras intento encontrar el correcto y abrirlo.

Cuando logro hacer eso, escucho a otro hombre.

—Lo siento, hombre, tuve que mear —dice mientras entra al baño y me mira fijamente.

Envuelvo mis dedos alrededor de las tijeras, y sé que tengo una oportunidad. Me abalanzo sobre ellos, con el brazo en alto, sosteniéndolas como una daga.

Pero son rápidos y el que acaba de entrar en la habitación, el más cercano a mí salta y me las arreglo para cortarle la mano al otro mientras la levanta para defenderse.

Murmura una maldición y me agarra, arrojándome contra la pared, golpeando mi mano contra ella con tanta fuerza, que juro que rompe algo.

Las tijeras caen al piso y él cierra su mano sobre mi garganta y aprieta y todo lo que puedo hacer es intentar liberarme de su mano, tratar de aspirar aire. Creo que me va a matar. Creo que, si no fuera por el otro hombre, me mataría. Me asfixiaría o me rompería el cuello y me mataría.

Pero el otro pone su mano sobre el hombro del hombre.

—Oye. El jefe no la quiere herida.

—Maldita puta. Me cortó. —Aprieta y ese sonido de gorgoteo proviene de mi garganta.

—Calma, hombre. Suéltala.

No lo hace.

—Espera abajo. La llevaré.

Nada.

—Dije que esperes abajo. —Amartilla una pistola.

El hombre que tiene su mano alrededor de mi garganta finalmente me libera y caigo sobre mis manos y rodillas, jadeando para respirar, aspirando con dificultad.

Desamartilla la pistola y el que me estranguló murmura una maldición y creo que por un momento me va a patear, pero luego se va.

—No deberías haber hecho eso —dice el que todavía está en el baño conmigo. Levanto la vista para verlo volver a meter la pistola en su funda.

Patea las tijeras por el suelo del baño, lejos de mi alcance.

—Levántate —dice, tomándome del brazo y llevándome a mis pies.

—¡Suéltame!

Me lleva tranquilamente al dormitorio, recoge mi ropa abandonada en el suelo. La arroja junto conmigo a la cama.

—Vístete. Hace frío afuera.

No me muevo. Solo lo observo.

—Mira, si quieres ir así, no tengo ningún problema...

—¿Dónde está Gregory?

—Tu novio no está aquí. —Mira su reloj como si me estuviera cronometrando.

—¿Dónde está? —pregunto con más urgencia.

—Se acabó el tiempo —dice, acercándose a mí—. Supongo que es así. Vámonos.

Niego con la cabeza.

Empuja su chaqueta hacia atrás para meter la mano en el bolsillo y veo esa pistola de nuevo y creo que ese era el punto.

—No me obligues a cargarte. Tengo problemas de espalda.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

Sacude la cabeza una vez, resopla como si lo que acabo de decir fuera gracioso.

—Eso no depende de ti, cariño.

Lo siguiente que sé es que me levanta del brazo y me arroja sobre su hombro y murmura algo sobre que le duele la espalda mientras me lleva escaleras abajo, ninguna de mis peleas hace ninguna diferencia, como si fuera una mosca en la espalda de un elefante y él no siente nada.

Cuando bajamos, el otro hombre está esperando. Abre la puerta y ni siquiera tengo zapatos o un abrigo mientras me lleva al sedán que espera, igual a los que vi esta tarde, me mete y esposa mi muñeca derecha en la manija encima de la puerta y se sienta al lado del otro hombre mientras nos alejamos.

Mi corazón se acelera cuando el auto resbala sobre el hielo, el conductor da vueltas demasiado rápido. De alguna manera, llegamos a la autopista y reconozco algunas de las señales. Nos dirigimos a Roma.

Sé hacia dónde vamos. A quién me llevan.

Stefan Sabbioni.

No tengo ninguna duda.

Los hombres en la parte delantera están fumando y eso apesta el auto, pero mi ventana está bloqueada, así que no puedo abrirla para tomar un poco de aire fresco. Ninguno de ellos está hablando y tengo la sensación de que no son amigos.

El que no conduce me mira después de que el otro dice algo en italiano. Asiente y se da la vuelta, y unos cuarenta minutos después tomamos una salida y no creo que pueda ponerme más nerviosa mientras conducimos, por una parte, obviamente rica de la ciudad con propiedades cerradas, mansiones que empequeñecerían la casa Willow.

Pero la casa más grande de todas está en la calle más oscura de todas.

El sedán gira hacia la entrada a medida que las puertas se abren lentamente.

El conductor baja la ventanilla y saluda a dos de los soldados que están parados justo dentro de la puerta y no puedo apartar la vista de las ametralladoras que cuelgan de sus hombros.

Pero mi atención está pronto en la mansión gótica que se ve en la cima de la colina. Abajo, todas las luces están encendidas, pero el segundo piso está oscuro.

Cuando llegamos a las puertas principales, el auto se detiene y el hombre de mi lado abre la puerta. Sin decirme una palabra, se acerca para desabrocharme las esposas y me señala que salga.

Estoy descalza y en ropa interior, pero prefiero caminar que a que él me lleve. El suelo está helado bajo mis pies y me lastima la grava, pero los sigo por la media docena de escalones y no miro a los guardias que me miran e ignoro el silbido seguido de la risa de otro hombre.

Cuando se abre la puerta principal, escucho el suave sonido de la música clásica acompañada de una soprano. Realmente no sé nada de ópera para adivinar cuál es. Las grandes puertas se cierran detrás de nosotros y al menos está caliente aquí.

Me detengo cuando el hombre que me esposó me dice que espere y habla con alguien durante unos minutos antes de hacer un gesto para que lo siga.

El mármol da paso a una hermosa alfombra persa y la música se hace más fuerte a medida que nos acercamos a la sala de estar donde veo a Stefan Sabbioni sentado frente al fuego, mirándolo, bebiendo su *whisky* y escuchando la ópera.

Cuando entro, el hombre se va y Stefan se pone de pie. Es alto, tan alto como Gregory, y de complexión similar a la suya. Se vuelve hacia mí y sus ojos me escanean. Niega con la cabeza y no puedo dejar de pensar en el hecho de que estoy en ropa interior frente a este hombre.

—Deberían haberte dejado vestirte. Debes tener frío. —Hace un gesto hacia el asiento más

cercano al fuego.

Solo me quedo ahí.

Levanta una ceja y me doy cuenta de que estoy temblando y abrazándome y no es por el frío.

Coge una manta de una silla cercana y me la entrega.

—Cúbrete con esto y siéntate, Amelia —dice.

Sabe mi nombre. No sé por qué eso me molesta. Por supuesto, sabe mi nombre.

Tomo la manta, me envuelvo con ella y tomo el largo camino hasta el sofá para darme más espacio. Me poso en el borde del sofá, envuelvo la manta alrededor de mis hombros y miro el fuego.

—Es hermoso, ¿no? Puedo ver el fuego todo el día.

Lo miro y parece casi tranquilo mientras lo hace, la soprano *in crescendo* en el fondo.

Pero luego me mira de nuevo e incluso por la sonrisa, sé que no hay nada tranquilo en él. No hay nada suave en este hombre.

—¿Por qué estoy aquí? —Intento disimular el temblor de mi voz, pero es imposible.

—Estás perfectamente a salvo, Amelia. No hay razón para que estés asustada.

—No lo estoy —miento, mi voz se quiebra con las palabras.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto de nuevo.

—¿Te gustaría beber algo? —pregunta, ignorando mi pregunta y sin esperar una respuesta mientras me llena un vaso. Es *whisky* por el color y olor.

Lo tomo, pero no tengo intención de beberlo. —¿Por qué estoy aquí?

Se sienta frente a mí y se necesita todo lo que tengo para no desmoronarme bajo su mirada. —Incentivo.

Me pregunto si ve mi confusión mientras se recuesta en su asiento y bebe su *whisky*.

—Relájate, Amelia.

Lo miro. ¿Lo dice en serio? —¿Quieres que me relaje? Me secuestraste. Tus hombres entraron en el dormitorio y... y...

Se mueve hacia adelante en su asiento, extiende la mano, agarra mi barbilla y la levanta. Está mirando mi garganta, lo que estoy segura de que tiene moretones.

—Y luchaste con ellos.

—Yo... sí.

Cambia su mirada a la mía. —No iban a hacerte daño. Lamento que lo hayan hecho. Y lamento que tuvieras miedo, pero en realidad no había otra manera. Ahora estás a salvo. No te lastimaré.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí?

Se recuesta en su asiento. —Ese asunto es entre Gregory y yo. No te preocupes por eso.

Me estremezco con un escalofrío repentino.

—Debes estar cansada.

¿Qué espera de mí?

—Anya —llama, sin quitarme nunca los ojos de encima.

Una mujer aparece de la nada y la miro como si tal vez ella me pudiera ayudar.

¿Pero ayúdame a hacer qué? ¿Salir corriendo de aquí en ropa interior y enfrentar a los hombres armados en las puertas cerradas?

—Lleva a Amelia a su habitación —le dice y luego se vuelve hacia mí.

—¿Mi habitación?

—Cuida de lo que necesite.

—Pero...

—Ve a dormir, Amelia. Mañana hablaremos más.

No me muevo y después de un momento, se levanta y viene a mí y todo lo que puedo pensar cuando me quita la manta y me agarra del brazo para levantarme es que mintió cuando dijo que no me lastimaría.

—Es hora de que te vayas a dormir.

Odio sentir las lágrimas que se acumulan detrás de mis ojos. Estar tan jodidamente asustada.

—Estás cansada, ¿no? —pregunta.

Asiento porque quiero estar lejos de él.

Stefan le dice a Anya otra cosa más en italiano que no capto, y cuando me libera, sigo a Anya por las escaleras hasta un dormitorio donde hay un hombre parado justo afuera de la puerta. Asiente con la cabeza y me ignora.

Sigo a Anya adentro y me pregunta si necesito algo a lo que solo sacudo la cabeza porque lo que necesito es salir de aquí y eso no está en oferta.

Tan pronto como la puerta se cierra, voy a ella, la jalo para abrirla. Sé que el hombre estará allí. Es la única razón por la que no me encerró. Me encuentro con sus duros ojos y vuelvo a entrar, cerrando la puerta, acogiendo mi nueva prisión, una lujosa habitación que bien podría ser una celda.

AMELIA

No hay nada que pueda hacer más que esperar y me siento debajo de las mantas en la cama con la intención de mantenerme despierta, pero en algún momento, debo quedarme dormida porque me despierto cuando se abre la puerta y una mujer diferente a Anya entra en mi habitación con una bandeja de desayuno. El guardia de mi puerta está esperándola. Me froto los ojos y antes de que pueda levantarme o decir algo, ella se ha ido y la puerta está cerrada.

Anoche revisé la habitación y las ventanas estaban cerradas y el armario vacío. Aunque hay artículos de tocador en el baño, de modo que me cepillo los dientes y me lavo la cara y regreso al dormitorio. No intento abrir la puerta. No tiene sentido. Stefan me va a dejar salir cuando quiera dejarme salir, que será cuando Gregory llegue.

El café huele bien y me sirvo un poco y me obligo a comer un bocado de pan tostado mientras espero. Y espero.

Unas horas después, no lo sé exactamente porque no hay reloj en la habitación, alguien viene y deja otra bandeja, retirando la del desayuno.

—¿Dónde está Stefan? ¿Puedo hablar con él? —le pregunto a la mujer.

Pero ella se apresura, ignorándome, cerrando la puerta detrás de ella.

La abro de nuevo, pero soy recibida por el mismo hombre que hace guardia afuera y rápidamente vuelvo al dormitorio, cerrando la puerta.

Esta vez no toco la comida y parece que mi esperanza se está desvaneciendo con el sol. He estado aquí casi un día completo. Me ha encerrado aquí por un día completo.

¿Dónde estaba Gregory? ¿A dónde habrá ido después de que me quedé dormida? ¿Sabe siquiera que estoy perdida?

La próxima vez que se abra la puerta, estoy esperando a una de las chicas de nuevo con otra bandeja, pero cuando Stefan entra, no puedo evitar retroceder un paso.

Me mira y me cubro lo mejor que puedo.

Anya lo sigue con una bolsa de ropa y unos zapatos mientras mira la bandeja todavía llena. —¿No te gusta la comida?

—No tengo hambre. Quiero volver a casa.

—¿A casa?

Niego con la cabeza. —A la casa de Gregory.

—Me temo que eso no es posible. Vístete. Comerás conmigo.

—No quiero...

Se acerca a mí y no sonríe y cualquier suavidad que llegué a imaginar en sus ojos ha desaparecido y me pregunto si alguna vez estuvo allí.

No tiene que decir ni una palabra. Él lo sabe. Pero cuando se acerca para tocarme, jadeo,

queriendo huir al instante. Pero él niega con la cabeza una vez y me quita el pelo del hombro y camina a mi alrededor.

—Bonito —dice, tocando el tatuaje, haciéndome temblar mientras me enjugo las lágrimas. Me gira para mirarlo, me aprieta los hombros—. Sin embargo, soy anticuado. Los tatuajes no van con una mujer. Especialmente no con una tan bonita como tú.

Lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente.

—¿Dónde está Gregory? —pregunto.

—Estoy seguro de que vendrá por ti en cuanto se dé cuenta de que no estás. Me encargaré de él entonces. Por ahora, quiero que vayas a ducharte y te pongas ese vestido. Anya te ayudará con el peinado y el maquillaje y bajarás a cenar. ¿Está claro?

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—No quiero comer contigo. No quiero ponerme ese vestido. No quiero...

Aprieta de nuevo, un poco más fuerte, y se inclina para que su cara esté a centímetros de la mía. —No quiero tener que obligarte, Amelia.

Parece que todos los hombres en mi vida han usado esa misma frase recientemente.

Intento tragarme el nudo de la garganta y él se queda allí mirándome.

—¿Harás lo que digo?

Asiento una vez.

Sonríe y ese hoyuelo ha vuelto. —Muy bien. Prepárate. Tengo hambre.

Anya me espera mientras me ducho. Me ayuda a ponerme el vestido porque me tiemblan demasiado las manos para hacerlo yo misma. Luego arregla mi cabello y el maquillaje y cuando estamos listas, abre la puerta y la sigo escaleras abajo donde la música se hace más fuerte, la ópera de nuevo, y tres hombres se han reunido y todos me miran cuando me acerco.

Stefan también lo hace, sonríe y asiente con la cabeza en aprobación del vestido. Es bonito, es un vestido negro de tres cuartos con cuello halter. Él lleva un traje negro con camisa negra y corbata, como ayer.

Cuando Stefan se pone de pie, ellos también. Estos hombres son mayores y la forma en que me miran me asquea.

—Caballeros, si me disculpan. —Le da la mano a cada uno de los hombres que luego se van juntos. Cuando estamos solos, Stefan se vuelve hacia mí—. Te ves muy bien. —Me pone una mano en la espalda—. Vamos a mi estudio. Tomaremos una copa.

Voy con él porque no sé qué más hacer y una vez que estamos allí, cierra la puerta y miro a mi alrededor mientras sirve bebidas.

—¿*Whisky* está bien?

—No me importa.

Me entrega uno de los vasos un momento después y me sonríe.

—¿Dónde está Gregory? ¿Le hiciste daño? —pregunto.

—No tengo motivos para hacerle daño. Aún no.

—Entonces, ¿dónde está?

—En camino.

Me siento aliviada, pero también ansiosa.

—Tú y Gregory tienen una historia interesante, ¿no? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—La familia Willow y la familia Scafoni. Lucinda me contó un poco al respecto y me causó tanta curiosidad que investigué un poco. La tradición de la chica Willow es arcaica pero tan

atractiva al mismo tiempo.

—Para las chicas Willow no lo es.

—Así que Gregory perdió su turno con la elección de su hermano y fue a buscar su propia chica Willow, ¿verdad?

No sé por qué esto me hiere. Es cierto, después de todo. O al menos así comenzó.

—No sabes nada de esto —digo.

—¿No? ¿Cuánto sabes, Amelia? ¿Cuánto sabes sobre lo que sucedió con los hermanos Scafoni y tu hermana? ¿Cuánto te ha contado él?

Estoy perdida y él lo ve en mi cara.

—Encontré algo cuando estaba echando un vistazo por la casa. Pensé que deberías saberlo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Has estado en las catacumbas?

—¿Catacumbas?

—Hay una puerta en la biblioteca. Te llevará allí. Luego gira a la derecha. Sigue girando a la derecha hasta que encuentres la habitación. Tengo curiosidad por saber qué harás con lo que veas allí. Me pareció muy interesante —hace una pausa—. Honestamente, desearía poder ver tu cara cuando lo veas.

—¿De qué estás hablando? —pregunto de nuevo.

Sonríe, camina a mi alrededor, se acerca, vuelve a tocar ese tatuaje. —Me contentaré con verte después de que hayas visto esa habitación —susurra, arrastrando solo las yemas de los dedos a lo largo de la línea de mi hombro, haciendo que el pelo de mi nuca se ponga de punta.

Abro la boca para decir algo, para preguntar qué quiere decir cuando uno de sus hombres entra y sé por la mirada en la cara de Stefan que es Gregory, que ha venido por mí.

Ni un momento después, la puerta se abre de golpe y él está aquí, dos hombres corren tras él, lo agarran y cuando Gregory nos mira, creo que va a matar a Stefan.

Creo que lo desgarrará con sus propias manos.

GREGORY

—¡Quítale tus malditas manos de encima!

Voy a matarlo. Voy a matar a este hijo de puta.

Volví a la casa hasta hace una hora solo para encontrar que Amelia estaba desaparecida. No estaba. Solo se desvaneció. Y luego encontré esa puta invitación a la fiesta que rechacé. El imbécil debe haber tenido a un hombre afuera esperando que le diera la oportunidad de robársela.

No he dormido. No he comido. Pero, joder, bebí una buena cantidad de *whisky* y ahora lo siento.

Helena está embarazada.

¡Helena está embarazada y me entero por la maldita Lucinda!

Traicionado.

Nuevamente traicionado por mi hermano. Por Helena.

Por Amelia.

Amelia.

Dirijo mi mirada hacia ella, y quiero estrangularla y, al mismo tiempo, apartarla de Stefan.

Recuerdo el comentario que hizo Helena sobre la doctora por teléfono ese día, recuerdo cómo Amelia fingió no saber de qué se trataba cuando la interrogué. No lo pensé más.

Sebastian no dijo ni una maldita palabra. Tal vez por eso tenía tanta prisa por sacarme. Porque el bebé...

Todavía no se parecen a ninguno de los dos.

Bebé no. Bebés.

Podrían ser míos.

¿Y si son míos?

Sacudo la cabeza, trato de aclarar los pensamientos porque estas últimas horas no han hecho eso. Solo han intensificado todo.

La imagen de la mano vendada de Lucinda aparece ante mí, y miro a Amelia, pero está bien. No la ha lastimado. No creo que él tuviera la intención hacerle daño. Solo quería asustarme. Mostrarme exactamente cuánto poder tiene después de lo que dije.

Esto es culpa mía.

Él la tomó para probar un punto.

—Gregory —dice Stefan—. No hay necesidad de irrumpir así. Te invité.

Tiro de los hombres y me las arreglo para desequilibrar a uno, pero un tercer hombre interviene.

—Siéntate —dice Stefan.

—Vete a la mierda, Stefan.

—¿Estás ebrio, Gregory?

—Si no le quitas las manos de encima...

Su sonrisa me interrumpe. Eso y la forma en que pasa las yemas de los dedos por la nuca de ella.

Amelia me está mirando como si no pudiera apartar los ojos. Como si no pudiera parpadear, aunque lo intentara. Se estremece ante su toque y sus nudillos están blancos alrededor del vaso que sostiene, y sé que está aterrorizada.

—Suéltala, Stefan —digo con más calma—. Ella no tiene nada que ver con esto.

Da un paso atrás, mira a Amelia como si estuviera sorprendido. —No es una prisionera. Solo estábamos charlando y bebiendo mientras te esperábamos. Lo que, por cierto, te llevó un tiempo. ¿Cómo está Lucinda?

—Quítame a tus matones de encima antes de que los asesine.

—¿Te vas a comportar? —me pregunta Stefan.

—Jódete.

—Ahí está mi respuesta. —Se vuelve hacia uno de sus hombres—. Lleva a la chica a su habitación mientras Gregory y yo *charlamos*. —Le entrega a Amelia al hombre.

Ella deja escapar un pequeño grito cuando el hombre la tira con tanta fuerza que casi se cae.

—Suéltala. ¡No la toques!

—¡Tú no das las órdenes en mi casa!

Aprieto los dientes y me trago mi insulto. —Tengo lo que quieres —digo, deteniendo mi lucha contra los hombres.

Entrecierra los ojos.

—Que la suelten y te lo daré.

—O simplemente puedo tomarlo.

—Ese no es tu estilo.

Sonríe. —No, no lo es. —Se vuelve hacia su hombre—. Suéltala.

Amelia retrocede contra la pared del fondo, con los ojos enormes. Creo que en todo el tiempo que la he tenido, esta noche es cuando realmente tiene miedo.

Stefan mete las manos en sus bolsillos. Hace un gesto para que sus hombres también se alejen de mí.

—Ven aquí, Amelia —digo, sin retirar mis ojos de él.

Viene rápida y silenciosamente a mi lado.

Me vuelvo hacia ella. —¿Te lastimó?

—Me ofendes —dice Stefan burlonamente.

Podría importarme un carajo.

—¿Te lastimó? —le pregunto de nuevo.

Niega con la cabeza. Creo que apenas logra tranquilizarse.

Me vuelvo hacia Stefan, meto la mano en mi bolsillo, saco el anillo de su hermano y lo pongo en su escritorio. —Para eso querías a Lucinda. Aquí está. Tomaste sus dedos. Desde mi punto de vista, eso los deja iguales.

Mira el anillo y no sé si está sorprendido o qué, pero lo recoge, lo estudia durante mucho tiempo, dándole vueltas una y otra vez en la mano casi como si estuviera recordando.

Después de una eternidad, lo desliza sobre su dedo, y creo que Lucinda estaba equivocada. Creo que le queda perfecto a Stefan tener el anillo. Tener el título de jefe porque eso es. Su hermano nunca estuvo hecho para esto. Stefan, sin embargo, disfruta su trabajo.

Stefan toma un sorbo de su *whisky* y lleva su mirada hacia mí.

—Me temo que aún no he terminado con Lucinda —me informa.

—Tienes lo que tomó.

—¿Es eso lo que te dijo?

Mierda.

—Gracias por devolverme mi anillo. —Sirve un segundo vaso de *whisky* y me lo ofrece—. Estás fuera de este asunto con Lucinda.

No tomo el vaso. Lo baja, me estudia.

—Somos iguales, tú y yo, ¿sabes? —dice.

—No somos iguales. No nos parecemos en nada.

—Por el contrario, sé algo sobre ti. Sé lo lejos que llegarás para conseguir lo que quieres. —Sus ojos se posan en Amelia. Sonríe, pero cuando cambia su mirada hacia mí, esa sonrisa se desvanece—. Y sé de lo que eres capaz.

Vuelve a mirar ese anillo y creo que es una triste victoria. Está en la cima de su mundo y míralo.

—Déjenlos que se marchen —dice sin otra mirada a ninguno de nosotros y nos sacan antes de que yo pueda decir otra palabra.

AMELIA

Gregory se ocupa de mí, me mete al auto y me asegura. De alguna manera, logro tranquilizarme hasta que salimos por esas puertas porque no estoy segura de que Stefan realmente nos deje ir. Pero una vez que estamos en la carretera, es como si todo lo que sentí en las últimas veinticuatro horas saliera con presteza en forma de lágrimas.

—¿Estás bien? —me pregunta Gregory cuando estamos en la autopista.

—¿Estoy bien? —pregunto, volviéndome hacia él.

Su mandíbula se tensa y sus nudillos se vuelven blancos en el volante.

—¿Estoy bien? —repito—. Me desperté para descubrir que no estabas y esos hombres... esos hombres... —Me paso el dorso de la mano por la nariz y los ojos y me lleva un minuto continuar —. Estaban dentro del dormitorio. Yo estaba... ni siquiera estaba vestida. Pensé que eras tú y eran dos hombres, y no. No estoy bien. Ni siquiera estoy un poco bien. Yo...

Se desvía de la carretera tan rápido que dejo escapar un grito que solo se ahoga por el enojado sonido de las bocinas de los autos.

Los neumáticos chirrían cuando golpea el freno y nos detenemos tan rápido a lo largo del costado de la carretera que, si no fuera por el cinturón de seguridad, estoy segura de que mi cara se rompería en el salpicadero.

Se vuelve hacia mí, toma mis brazos, mi cara.

—Lo siento. No pensé. Nunca debí haberte dejado sola. Nunca debí haberte dejado desprotegida.

Sus ojos son oscuros y están concentrados en mí, pero dentro de ellos, se desata una tormenta. Dolor, traición, pérdida y rabia. Tanta rabia.

Extiendo la mano y toco su cara y él me deja y respira hondo, presionando la parte posterior de su cabeza en el asiento y mirando hacia la noche. Un auto pasa muy cerca y toca la bocina.

—¡Jódete! —le grita Gregory a la ventana.

Me estremezco y me envuelvo con mis brazos.

Me mira, se quita el suéter por la cabeza y me lo entrega. —Ten.

Lo miro estúpidamente.

—Póntelo. Tienes frío.

Lo tomo, me lo pongo, lo veo con su camiseta negra y pienso lo bien que se siente la lana, aún está caliente por él, aún huele como él.

—No me lastimó. Solo me tomó para llegar a ti.

—Lo sé.

Vuelve a la carretera, me abrocho el cinturón de seguridad, y creo que ambos estamos un poco más tranquilos.

—¿Qué te sucedió? —pregunto—. ¿Dónde estabas?

—Fui a ver a mi madre.

—¿Cómo la encontraste?

—Sebastian.

—¿Ella tomó el anillo de Stefan? ¿Todo esto por un estúpido anillo?

—No es cualquier anillo.

Extiendo la mano, le toco el hombro porque hay más. —¿Qué está pasando?

Niega con la cabeza.

—Gregory...

—¡Ahora no! —chasquea.

Retiro mi mano y me vuelvo hacia la ventana y recuerdo lo que dijo Stefan sobre las catacumbas y recuerdo mi sueño, cómo la chica seguía tratando de llevarme a esa puerta.

¿Cómo llegó él ahí? ¿Cuándo? ¿Ese día estaba en la casa cuando llegamos?

¿Y qué hay ahí abajo?

Cada vez que miro a Gregory, veo cómo su frente está arrugada, cómo está sumido en sus pensamientos. Y no puedo evitar sentirme fuera de ese pensamiento. Todavía estamos separados. Él tiene sus secretos, yo guardo el de Stefan y todo se siente mal.

El trayecto hasta la casa es largo y tranquilo, las carreteras son resbaladizas una vez que salimos de la autopista y nos dirigimos por las carreteras más pequeñas a Villa de Rossi.

—¿Puedo llamar a mi hermana? —pregunto cuando estaciona el auto en la casa.

—¿Qué? —pregunta, como sorprendido de verme allí a su lado.

—¿Me puedes dar mi teléfono para llamar a Helena?

Asiente una vez y entramos. La puerta está desbloqueada y hay una luz encendida en la sala de estar y otra arriba en su dormitorio. Se fue con prisa. Debe haber regresado, no me encontró y se fue.

—¿Cómo sabías que estaba en la casa de Stefan? —pregunto cuando estamos dentro.

—Dejó una invitación —dice Gregory—. Maldito arrogante.

Lo sigo hasta su estudio. Lo abre y entramos. Saca mi teléfono del cajón de un escritorio y me lo entrega después de poner la batería.

—Tendrás que cargarlo —dice cuando no enciende. Me da un cargador, supongo que es de su teléfono.

—Gracias.

—Escucha —dice, parado allí sin mirarme, frotándose la nuca. Sin embargo, debe cambiar de opinión porque sacude la cabeza—. Necesito hacer una llamada.

—¿A quién llamarás? Es tarde.

—Tira ese vestido —es su respuesta.

Muerdo el interior de mi mejilla. —De acuerdo —digo. Tomando el teléfono y el cargador, salgo de su oficina, cerrando la puerta detrás de mí.

Al escuchar que la cerradura gira es cuando decido lo que voy a hacer, así que me apresuro a subir al dormitorio, enchufar el teléfono y coger la linterna que vi en el cajón del baño junto a las tijeras. La tomo y vuelvo al pasillo, me quito los tacones altos que Stefan me dio, los dejo en la parte superior de las escaleras y me dirijo hacia abajo, paso la sala de estar y voy más allá de la puerta cerrada de su oficina, a la biblioteca.

Allí, enciendo la linterna y le digo a la voz dentro de mi cabeza que me está gritando que me dé la vuelta, que suba las escaleras y llame a Helena, que se calle y me dirijo al fondo de la habitación.

Me paro frente a esa puerta de madera de aspecto antiguo durante un largo minuto, pensando que parece la entrada al infierno. El terror me invade. Sé que lo que voy a encontrar va a ser malo. Puedo sentirlo. Y una parte de mí espera que la puerta esté cerrada con llave, pero cuando lo intento, veo que la cerradura se ha roto y creo que debe haber sido Stefan o sus hombres quienes lo han hecho.

¿Sabe Gregory que él bajó aquí?

Abro la puerta y enciendo la linterna, ilumino la oscuridad antes de respirar profundamente, inhalando la mezcla de tierra y frío antes de entrar en la oscuridad.

AMELIA

La linterna parpadea, la batería debe ser vieja, pero proporciona suficiente luz para que al menos pueda ver a dónde voy.

Las telarañas se aferran a mi pelo y me hacen cosquillas en la cara. No quiero pensar en lo que está crujiendo bajo mis pies descalzos. Ojalá hubiera pensado en ponerme zapatos o, al menos, tomar un par de calcetines.

Solo sigo el camino y cuando llego al pasillo, voy a la derecha, como dijo Stefan, y juro que aquí es más oscuro y aún más frío.

Paso habitación tras habitación sin puertas y la oscuridad continúa sin fin. Cuanto más profundo voy, más se estira.

Cada vez que miro por encima del hombro, parece que detrás de mí hay cien caminos por elegir y creo que, si me diera la vuelta, nunca encontraría el camino de regreso. No a la biblioteca. Ni a la casa.

Ni a la vida que conocía antes de la cosecha.

Pero finalmente llego a una habitación con una puerta y sé que esta es a la que se refería Stefan.

Pienso en lo que dijo Gregory. Acerca de que la ignorancia es un regalo. Pero no puedo no entrar. Tengo que ver lo que hay aquí. Tengo que ver lo que esconde.

Al igual que la de arriba, esta puerta parece vieja y pesada, pero se abre con más facilidad de lo que esperaba, como si las bisagras hubieran sido engrasadas. Ilumino alrededor con la linterna y bajo la luz tenue, veo velas, muchas de ellas sobre piedras a lo largo de las paredes como estantes improvisados, y las hojas sobre hojas están pegadas a las paredes como carteles.

Pero es entonces cuando la linterna parpadea, se apaga y no importa cuánto la golpee o agite, no volverá a encenderse.

Entro en la habitación, extiendo las manos frente a mí mientras camino hacia donde vi las velas. La puerta se cierra detrás de mí, haciéndome saltar, animándome a moverme más rápido. Con mis manos, siento la pared áspera y fría, luego la cera lisa de una vela y hay una caja de fósforos a su lado, pero como busco a tientas caen al suelo y los fósforos se dispersan.

Me agacho y los busco, ciega en esta completa oscuridad, tratando de no pensar en lo que estoy tocando. Pronto tengo la caja y enciendo un fósforo y es el alivio más pequeño en toda esta oscuridad.

Mi mano tiembla cuando llevo el fósforo a la vela, y la llama amenaza con apagarse de nuevo cuando exhalo a medida que se enciende la luz.

Miro la hoja tenuemente iluminada que cuelga de la pared, tratando de distinguir lo que hay en ella. El fósforo me quema las yemas de los dedos, lo que me hace dejarlo caer y saltar hacia

atrás.

Desde el interior de la caja, tomo el último fósforo que no se cayó, lo sostengo contra la llama de la vela encendida y veo cómo se enciende el fósforo. Enciendo la siguiente vela, luego la siguiente y así sucesivamente hasta que creo que debe haber un centenar de ellas. Filas y filas en las piedras que sobresalen a lo largo de cada una de las cuatro paredes. Cuando el fósforo se quema, tomo una de las velas y me concentro en encender cada una, contando a medida que avanzo porque lo que vislumbro de las páginas pegadas a las paredes, no puedo pensar en eso. Todavía no.

Algunas de las velas no son más que trozos. Otras son nuevas. Y hay una caja llena de más contra una esquina.

Ciento ocho velas y la habitación está bañada por una luz suave y familiar.

Como la luz en la biblioteca durante la noche de la cosecha.

Y al igual que esa noche, giro en un círculo y lo veo repetirse a mi alrededor. Veo esa noche conmemorada. Boceto tras boceto, pegados uno al lado del otro, algunos tocándose, una segunda fila a lo largo de una pared.

Algunos son míos.

Todos las de esa noche en particular son míos.

El cuaderno de bocetos perdido. Aquí está. Aquí están todas las páginas de mi cuaderno perdido.

Camino a una de las dos ráfagas de color a lo largo de estas húmedas paredes de piedra negra.

Es el rojo que marca el vestido de Helena.

Debe haber utilizado el dedo para dibujarlo.

Rojo.

Rojo brillante.

Sangre de cerdo. Eso es lo que usaron para marcar su vestido.

Me pregunto si utilizó su propia sangre para marcar el boceto.

¿Exigieron que mis padres usaran sangre de cerdo? Fácilmente podrían haber usado un poco de pintura. ¿O mi madre eligió matar al cerdo? ¿Usar su sangre para castigarla aún más? Porque creo que odiaba a Helena. Simplemente no entiendo por qué.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras intento dar sentido a mi madre. Me pregunto si su distancia con nosotras toda la vida, fue para prepararla para lo que tendría que hacer.

O lo que pensó que tendría que hacer.

La cosecha.

Este loco contrato entre nuestras familias.

Todo lo que tenía que hacer para detenerlo era elegirnos en lugar del dinero y la casa.

Sacudo la cabeza para aclararla, porque eso ya no es importante. No importa en absoluto porque está hecho y Helena está en esa isla y yo aquí en medio de esta habitación.

Este homenaje.

Su homenaje.

¿A ella?

Recuerdo aquella noche cuando tuve la pesadilla por primera vez, cuando me despertó y lo vi, noté que sus dedos estaban sucios.

Carbón.

Lo estaba usando para dibujar.

Para modificar mis bocetos. Para dibujar sus propios. Para convertirse a sí mismo en un

monstruo.

Creo que voy a vomitar.

Me cuesta mucho lograr que mis piernas funcionen, caminar lentamente por la habitación de esquina a esquina, tomándome mi tiempo, estudiando cada página que está pegada a la pared, tocando algunas, trazando algunas de las figuras.

Esto es lo que ha estado ocultando.

Pero esto no es todo.

Ahora sé por qué no me deja ver su espalda. Sé lo que encontraré allí una vez que lo haga.

Dos botellas de *whisky* medio llenas están en el suelo junto al catre. Hay una almohada y una manta. Este debe ser el lugar donde duerme cuando desaparece por la noche.

Voy a la cama. Me siento y levanto la almohada. Me la llevo a la nariz, y lo huelo en ella, y mi corazón se tuerce y creo que lo odio. Quiero odiarlo.

Porque todo este tiempo, todo el tiempo que he estado aquí, solo ha estado pensando en ella.

Todo esto ha sido sobre ella.

¿Soy solo una réplica de ella?

¿Un lamentable segundo lugar?

Mis ojos se calientan con lágrimas por las que me desprecio y tomo una de las botellas y la abro, levanto las rodillas y las rodeo con mis brazos porque está helando aquí abajo, y creo que debería haberme puesto los zapatos.

Bebo dos sorbos de *whisky*.

Su *whisky*.

Su cama.

Su almohada.

Su manta.

Lo único que no es suyo soy yo.

¿Cree que soy ella?

¿Finge que soy ella cuando me toca? ¿Cuándo me folla?

El dolor se convierte en ira, se convierte en una rabia que hace hervir mi sangre y trago más licor ardiente y no puedo sacar mis ojos de los malditos bocetos.

Me siento allí por una eternidad solo mirando. Mirando por todas partes. Y cuando finalmente me pongo de pie, la habitación gira un poco. Sin embargo, puede que eso sea bueno. Tal vez si me desmayo, no tendré que ver.

No tendré que saber.

¿Estabas enamorado de ella?

Chupo las lágrimas y los mocos y pienso en lo idiota que soy. Dios. Qué tonta. Qué estúpida e idiota.

El *whisky* sale de la botella, gotea sobre mi barbilla y deja su pegajoso y dulce residuo mientras unas gotas caen sobre mi suéter.

No.

No es mío.

Es suyo.

Dejo la botella, solo por un instante, porque quiero quitarme el suéter. Quiero quitármelo, tirar de las mangas y sacarlo por mi cabeza y hace mucho frío, pero no me importa.

Vuelvo a coger la botella, tomo más *whisky*.

Estar aquí rodeada de esto, de todo esto, es como retroceder en el tiempo a una noche que no puedo olvidar.

A la noche que lo cambió todo.

Me obligo a dar otra vuelta, un lento círculo alrededor de la habitación, botella en mano. Estudio cómo ha alterado mis bocetos, solo ligeras modificaciones. Como las sombras de los fantasmas de las chicas Willow anteriores que se aferraban a los rincones de la biblioteca esa noche, ¿él también las vio? ¿Las sintió? Porque ahora son más prominentes, tanto en los míos como en los suyos.

Miro los otros bocetos, las escenas que no conozco, las que él debió haber presenciado de primera mano. Los que dibujó.

Qué bien me ocultó esto.

Qué bien lo ocultó todo.

Me paso el dorso de la mano por la cara y me obligo a ver porque es hora de que vea. Ya es más que hora de que vea.

Sebastian está sosteniendo a Helena aquí y ella está desnuda en sus brazos y sé que la ama. Puedo ver que Sebastian la ama.

No quiero odiar a mi hermana.

No es su culpa.

Bebo otro trago de *whisky*, el último de esta botella. No había mucho en ella. ¿Un cuarto de la botella? La dejo caer al suelo, no me importa que se rompa, no me importa pisar esos fragmentos mientras me dirijo a la segunda botella para vaciarla también. Beber hasta el olvido.

Su rostro. Los detalles de su rostro. Debe haber pasado horas solo en los detalles de su rostro.

Pero luego veo más.

Los veo.

Y lo he sabido todo el tiempo, ¿no? ¿No es lo único que tiene sentido?

Helena, Sebastian y Gregory.

Juntos.

Helena entre ellos.

Entre ambos.

Ambos hermanos la sostienen.

Ambos la tienen.

Presiono mis pies contra el vidrio, me estremezco ante el dolor que causan. Bebo.

Los celos arden.

La ira hierve.

Pero la traición es fría. Fría como el hielo

Y me estoy congelado.

La traición me hace temblar y me cuesta tragar.

Respirar.

Estoy de pie ante en el que Helena está en los brazos de Sebastian mirando hacia atrás, mirando hacia fuera del boceto. Sus ojos se encuentran con los míos. Supongo que era Gregory quien estaba donde yo estoy ahora. Quien observó a su hermano llevársela.

Observó a su hermano quitársela.

Estudio el rostro de mi hermana y el aspecto de sus ojos en este es extraño. Casi arrepentido.

Me muevo a otra y esta también tiene color. No tan brillante como el rojo, sino un naranja intenso. Un naranja fuerte y ardiente.

Helena está atada a un poste, con la espalda descubierta, el fuego cerca, arreciando por todas partes.

La va a consumir.

Los va a consumir a todos.

Quizás lo hizo.

Este ha sido partido en dos y luego pegado con cinta adhesiva. Gregory se desgarró a sí mismo y luego volvió a ponerse.

No puedo distinguir su cara. Es un borrón.

No, no es cierto. Me llevo el *whisky* a la boca y bebo, ignorando el frío bajo mis pies, ignorando el dolor del vidrio incrustado en la piel. Estudio este porque, por muy importantes que sean todos, este es inquietante.

Manchó los detalles de su cara, como si hubiera tomado carbón y hubiera intentado frotarlo, pero todavía puedo verlo. Lo veo a él.

Y lo que veo es dolor. Miseria

Lo que siento cuando miro esto es un dolor voraz, tan intenso y ardiente que duele. Me duele como el vidrio debajo de mis pies. Duele como si el fuego me estuviera quemando la piel.

Ese fuego lo consumió.

Y todo por fin tiene sentido. Su fascinación. Su obsesión.

Veo claramente por primera vez desde que me tomó. El guante también tiene sentido. Entiendo por qué lo usa, por qué nunca se lo quita.

Retiro ese de la pared y vuelvo a sentarme en el catre y con el dedo trazo su rostro. Y luego, un minuto después, lo rasgo, lo arranco justo a lo largo de la línea donde él lo había roto. Lo alejo de ellos.

Y ese fuego, esa rabia, arde dentro de mí y estoy rompiendo el papel, triturándolo en cien pedazos. Dejo que los restos se esparzan por el suelo y me levanto y tomo otro, uno mío, de la noche de la cosecha, y hago lo mismo con ese y con el siguiente, y el siguiente, y el siguiente porque ya no soporto mirarlos. Ni por un segundo más.

No soporto verlo así.

Ni sentirlo así.

La furia se desborda y grito, y no paro de rasgar, romper, destruir. No me detengo hasta que el suelo está lleno de los restos de esa noche, el pasado solo son trizas en el suelo a mis pies, las paredes están desnudas.

No me detengo hasta que la botella está vacía y no puedo caminar sin tropezar y cuando he terminado, cuando todo ha pasado, recuerdo dónde estoy y recuerdo a la niña y creo que es esto lo que ella quería mostrarme. ¿Es aquí a donde me estaba guiando?

Quiero irme.

Quiero salir de aquí. De esta habitación. De esta casa

Quiero irme.

Pero la puerta está al ras de la pared, sin pomo, solo un agujero donde estaría y no encuentro una forma de abrirla y cuando lo intento, fallo.

El pánico me abruma mientras escaneo la habitación de nuevo, veo dónde estoy, sé que estoy atrapada.

Vuelvo a tropezar con el catre, caigo sobre él cuando la parte posterior de mis rodillas lo golpean.

Es el licor. Debe ser el licor. Solo tengo que pensar. Mantener la calma y pensar.

Una respiración profunda me recuerda el olor de esos vestidos que usamos durante la cosecha porque ese olor a putrefacción también está aquí.

Tierra podrida.

Él también olía así esa noche cuando me despertó. Cuando estaba siguiendo a la niña aquí

abajo en mi sueño.

Había estado aquí.

Pero ahora hay más. Otro aroma. El de los cadáveres en descomposición.

Mi mente vaga hacia la niña.

Me acuesto porque de repente mi cabeza es demasiado pesada para sostenerla. Pero antes de poder cerrar los ojos, antes de dormir, tengo que hacer una cosa más. Una cosa más para quemar esa noche. Quemar cualquier evidencia de ello. Destruir el legado de la chica Willow.

Caigo de rodillas en el suelo, las piedras se sienten ásperas porque este vestido no proporciona protección. Empiezo a juntar todas las hojas de papel porque desgarrarlas no es suficiente. Necesitan ser destruidas y solo el fuego puede hacerlo. Convertirlas en ceniza.

Porque creo que he hecho lo que él me advirtió que no hiciera.

Porque creo que me he enamorado de él y no puedo.

Porque esto... viendo esto... no es a mí a quien quiere. Nunca lo fue.

Nunca lo *fui*.

Las lágrimas caen enormes y pesadas a mi alrededor y no sé cómo hay tantas para llorar.

Mis manos y brazos están sucios cuando he recogido la mayoría de los restos y veo la cara de mi hermana hecha pedazos ante mí. Veo sus ojos.

Creo que es donde ella mira hacia afuera mientras Sebastian se la lleva y ella me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada y no es su culpa. Lo sé. Pero una parte de mí la odia.

Busco en el suelo los fósforos esparcidos. Los necesito. Golpeo una vela en mi intento de agarrar la caja y la cera caliente me salpica el brazo, lo que me hace estremecerme. Sin embargo, la llama se apaga y tengo cuidado de recoger los fósforos y no tirar las velas.

El primer intento no funciona, tampoco el segundo, pero luego, el tercero sí y una llama estalla en mi mano y huelo el olor a azufre y miro dentro de la llama.

Miro la cara de mi hermana, sus ojos mirándome. Y dejo caer el fósforo en la pila de papeles y me sorprende lo rápido que comienza el fuego.

Casi como si las propias páginas se quisieran quemar.

Ser borradas de la historia.

De la memoria.

Sin embargo, ¿cómo las borras de la piel?

El calor me hace recostarme y un instante de terror me atrapa cuando pienso: ¿y si el fuego se propaga? ¿Qué sucede si no puedo salir?

Pero entonces hay un sonido, casi como si se levantara un pesado perno, la puerta golpea contra la pared y Gregory está allí, y me mira y mira al fuego, a todas las velas y veo horror en su cara y todo lo que puedo pensar es que está enfadado porque sus preciados bocetos han desaparecido.

Que su preciada Helena ha desaparecido.

Y quiero enfadarme.

Quiero gritar y rugir, pero hay un fuerte ruido detrás de mí y mientras mi boca se mueve para formar un grito, sus brazos me rodean, me está levantando y cargando, sacándome de la habitación, poniéndome fuera de peligro.

Regresa adentro y me siento allí, abrazo mis rodillas mientras toma la manta y lo veo apagar el fuego hasta que todo lo que queda es humo negro y ceniza.

Cenizas del pasado.

Solo quedan recuerdos ahora.

Los recuerdos son una maldición. Recordar es cruel.

Y parece que nunca puedo olvidar.

Gregory huele a humo cuando sale al pasillo y me mira, se agacha para tocarme la cara.

—¿Estás herida?

Solo lo observo. —Tenía razón, ¿no?

—¿Razón en qué?

Parece confundido, pero no puedo pensar en eso.

Empujo hacia arriba sobre mis rodillas y están heridas, arañadas por esta piedra implacable. Agarro esta camisa y la estoy desgarrando, rompiéndola, pero no cede, no de inmediato.

Pero él está quieto y me deja.

Me deja abrirla, sacarla de sus hombros, deja que cuelgue hasta la mitad de sus brazos y los toco, miro mis manos sobre él, tan pequeñas alrededor del poderoso músculo, tan pálidas contra toda esa tinta.

Me levanto y camino alrededor de él, estoy tosiendo por el humo y el olor a podredumbre y miro su espalda, el caos de tatuajes allí, imagen tras imagen tallada en su piel.

—Amelia. —Su voz es baja, silenciosa y calmada.

—¡No! —La mía es todo lo contrario.

Golpeo mi puño en su hombro.

—Te odio. Te odio.

—Detente, Amelia. —Pero él no se mueve para detenerme y está de rodillas a mis pies y yo lo golpeo con los puños y él me deja. Simplemente me deja.

Lo golpeo una y otra vez. Más fuerte. Quiero desprender su piel, arrancarla, desenterrar el pasado con mis uñas.

Quiero lastimarlo.

Quiero que sangre.

Y ese sonido, el de una mujer loca, soy yo. Son mis gritos.

Finalmente se levanta. Se gira, toma mis muñecas y me lleva hacia atrás, me aprieta contra la pared.

—¡No! —Grito de nuevo, peleando con él. Luchando contra él, pero queriéndolo. Necesitándolo.

Con la necesidad de odiarlo.

Con la necesidad de que él me quiera.

—¡Basta!

Sus ojos están oscuros, me mira y en el siguiente instante, está presionando su boca contra la mía; me está besando y la parte posterior de mi cabeza me duele por la piedra, pero no se detiene y por eso muerdo. Lo muerdo fuerte, quiero que le duela y todo lo que pruebo es el sabor metálico de su sangre, la sal de mis lágrimas y esto es lo que tendremos.

Esto es para nosotros. Tanto para él como para mí.

Sangre y lágrimas, dolor y odio.

—No soy ella —grito cuando se retrae un poco, su respiración es corta, irregular, mi lucha se agota, dejando mis extremidades pesadas, terminando con un ladrillo dentro de mi vientre—. No soy ella.

Me observa, con los dedos lastimándome la cara cuando trato de alejarme.

—No soy ella. —Estoy llorando. Sollozando—. No lo soy. Nunca seré ella.

Está rasgando mi vestido, destrozándolo. Tiene prisa y sus manos son rudas, y la piedra está rompiendo la piel de mi espalda.

—No la quiero —dice finalmente—. No la quiero.

Le clavo las uñas en la cara y él no me detiene. Simplemente sigue rasgando mi ropa.

—Te amo, Amelia. A ti.

No lo oigo. No puedo. —No soy ella. —Es como un mantra. Como un canto interminable—. No soy ella.

—No seas tonta. Eres *tú*. Tú eres para mí.

La piel se acumula debajo de mis uñas y él presiona su cuerpo contra el mío, atrapándome entre él y la pared, desabrocha sus *jeans*, mueve su agarre a mis caderas, me levanta un poco más solo para empalarme en su polla, gruesa, lista y dolorosa, lo suficientemente dolorosa como para hacerme gritar.

Me mira cuando lo hago y empuja de nuevo y sé que no se detendrá, y no quiero que lo haga.

Lo quiero. Lo quiero así.

Y lo odio al mismo tiempo. Lo odio por haberla deseado.

Cuando me besa, la sangre en sus labios me mancha la boca, la cara y cuando me folla, es duro y me está haciendo daño, y me aferro a él y a sus ojos, es como si vieran dentro de mí y creo que me va a partir en dos porque él tampoco puede acercarse lo suficiente. No puede acercarse lo suficiente.

Y todo lo que puedo pensar es en lo hermoso que es. Incluso ahora. Incluso así. Cuán jodidamente hermoso, como ese ángel entintado en mi espalda.

Derrumbándose.

Roto.

Hermoso.

Al mismo tiempo un monstruo roto y un ángel.

GREGORY

Alejo de mi mente la imagen de lo que vi detrás de la pared de piedra desmoronada. Me encargaré de eso luego.

Mi camisa cuelga de mis hombros, el vestido de Amelia es un trapo. Y ambos apestamos a esa habitación, a humo y fuego, y creo que no quiero volver allí nunca. Nunca quiero volver a estar bajo tierra.

Me saco de ella y la bajo.

Sus manos caen de mis hombros y cuando retrocedo, la veo deslizarse al suelo, llevarse las manos sucias a la cara y limpiar una lágrima solo para dejar una mancha de suciedad en su sien.

Cuando ella me mira, sus ojos, la mirada dentro de ellos, me rompe un poco.

Pensé que esa noche, aquella de la marca, pensé que esa me rompió. Pero me equivoqué porque esto, la forma en que me mira ahora es lo que me rompe.

—Amelia.

Pone una mano en el suelo, intenta ponerse de pie y cuando tropieza, casi cayendo, la agarro y cuando me empuja huelo *whisky* y fuego.

—¿Cuánto bebiste? —pregunto cuándo la tengo de pie. Si la suelto, se caerá.

Golpea mi pecho con sus palmas y veo el esfuerzo que le cuesta enderezarse.

—No soy ella —dice de nuevo.

Cuando intenta alejarme, agarro sus muñecas y estiro sus brazos hacia los lados y luego detrás de ella para sostenerlos en uno de los míos mientras agarro el cabello de la parte posterior de su cabeza con la otra mano y fuerzo su cabeza hacia atrás.

—Escúchame, Amelia —digo, acercándola para que mi nariz casi toque la suya—. No la quiero.

—No soy...

—No. La. Quiero.

La rabia en sus ojos da paso al dolor y mi corazón se retuerce al verlo y ella nunca debería haber estado aquí abajo. Ella nunca debería haber visto esa habitación.

Yo debería haber destruido todos esos bocetos hace mucho tiempo. Debería haberlos quemado yo mismo.

Suavizo mi agarre en su cabello y ella deja caer la parte superior de su cabeza en mi pecho, la escucho llorar, siento el calor húmedo de las lágrimas y estoy tan jodidamente harto de las lágrimas. Tan jodidamente harto del pasado.

Inclino la cabeza, pongo mis labios sobre los de ella. La beso y no creo que oiga mi susurro. Sé que no.

Cuando empecé esto, se trataba de Helena.

Cuando decidí esto, fue porque no conseguí a la chica.

Porque quería castigar a Helena.

Pero ahora es diferente. Todo es diferente. Ha sido diferente desde que entré por primera vez en ese apartamento y vi esos bocetos y dentro de ellos, la vi a ella. Vi a Amelia.

Envuelvo mis brazos alrededor de ella y está helada.

—Eres tú, Amelia. Tú. —Le quito el pelo de la cara—. Tú eres para mí.

No pelea conmigo cuando la levanto, pero sí gira la cara, la esconde en la curva de mi cuello.

Quiero sacarla de aquí. Lejos de este frío. Esta oscuridad.

La llevo a mi habitación, a mi cama. La acuesto y le quito los restos de su vestido. Limpio los cortes en sus pies por la botella rota de *whisky* y cuando termino, me acuesto a su lado, y beso sus mejillas, sus sienes, sus párpados. Tomo su mano en la mía, siento lo suave que es, y nunca había querido estar tan cerca de nadie. No, no es eso. No es querer.

—Fui yo —digo.

Me mira y creo que está cansada. Por completo agotada.

—Charlie. Liona. El apartamento. Todo fui yo. Los contraté. Les pagué. Lo arreglé todo. Fui yo desde el principio.

Se da la vuelta, pero le toco la cara, la hago que me mire.

—Podría haberte tomado, como hice de todos modos, pero quería el juego. Quería joderte. Y tenía razón. Todo era para lastimarla.

Su frente se arruga y pienso en todo lo que ella habrá visto allá abajo. Todas esas escenas de la isla.

Sebastian. Helena. Yo.

—Detente —dice débilmente, tratando de nuevo de apartar la mirada.

Niego con la cabeza.

—Pero luego vi los dibujos —digo—. Todo cambió cuando vi ese cuaderno de bocetos. Absolutamente todo.

Sus ojos tristes me estudian.

—Y luego te observé todas esas noches. Vi tu rostro. Y lo que vi, tu forma de ser tan... —busco las palabras y limpio las lágrimas que se deslizan por sus mejillas, veo mi mano enguantada y noto cuán extraña es, lo mucho que no pertenece aquí.

Ya no.

—Eras algo extraño, bello y roto. Estabas hecha pedazos. Y todo ese tiempo, lo que quería, lo que estaba haciendo era recolectar todas esas piezas de ti y ni siquiera lo sabía.

Ella toma mi mano en la suya y puedo ver en sus ojos lo que ella debió haber visto en esa habitación y siento de nuevo ese fuego intenso.

Cuando empieza a quitarme el guante, no la detengo.

Deja el guante a un lado.

No sé lo que espero que haga cuando lo vea. Saltar. Gritar. Sentir rechazo.

Pero no hace ninguna de esas cosas. En cambio, toca la piel cicatrizada y cruda de mi mano. Traza la profunda cuña en forma de medialuna quemada en mi palma.

—Impediste que le pusiera la marca.

Resoplo. —Ni soy el héroe, ni mi hermano es el monstruo. Hubiera sido por mi culpa si hubiera llegado a suceder. Solo detuve lo que empecé.

—¿La amabas?

Apoyo mi cabeza contra la cabecera y estudio el techo durante mucho tiempo antes de volver a mirarla.

—Necesito que respondas eso.

Merece una respuesta a esta pregunta. Lo sé. —Lo que sucedió en esa isla no tenía nada que ver con el amor. No en lo que a mí respecta.

Tristeza, solo tristeza.

—¿Escuchaste lo que te dije? —pregunto.

—¿Qué?

—Abajo. En las catacumbas.

—Dijiste que no la quieres.

—¿Qué más?

Su mirada se desplaza hacia su regazo, pestañas gruesas ocultan sus ojos de mí.

—¿Qué más, Amelia?

Le toma una eternidad mirarme. —Dijiste que me amas.

AMELIA

Lo observo mirarme.

Me toca la cara, se inclina hacia mí y me besa en la boca.

Cierro los ojos, y él es tan gentil, tan suave conmigo.

Coloco mi mano sobre su pecho y le devuelvo el beso y es como si lo estuviéramos haciendo por primera vez. Es como si fuera la primera vez que nos tocamos. La primera vez que nos besamos.

—Te amo —dice contra mi boca.

Deslizo mis dedos en su cabello mientras me hace rodar sobre mi espalda y se acuesta encima de mí, y me gusta su peso sobre mí. Se siente seguro y por alguna razón, me encuentro llorando de nuevo y él me está besando más fuerte y pienso en lo que me advirtió que no hiciera ese primer día. Cuando me dijo que no me enamorara de él.

Creo que lo he amado durante mucho tiempo. Mucho antes de que me trajera a esta casa.

Se retira, mira mis lágrimas.

Sacudo la cabeza, lo atraigo hacia mí. Olemos a humo y tierra, pero no me importa.

Lo beso de nuevo, envuelvo una pierna alrededor de su centro y cuando se desliza dentro de mí, me vuelve a mirar, como si le gustara ver cómo lo tomo.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué qué? —Deja de moverse, me quita el pelo oscuro de la cara, sus dedos suaves y cálidos sobre mi piel, más cálidos que ese cuero.

—¿Por qué me amas?

Sonríe. Es la sonrisa más suave que he visto. —Porque yo también estoy hecho pedazos y solo cuando estoy dentro de ti estoy completo.

Se mueve dentro de mí y es cálido, grande y me siento segura, siento que nunca me dejará ir y me aferro a él porque como él se siente es como me siento yo también.

Creo que necesitaba que me tomara como lo hizo. Creo que nunca hubo nada más para mí. Nunca nadie más.

Se retira un poco, mirándome mientras sus embestidas son más profundas, más rápidas, más duras, y me mira mientras lo hace, arqueo la espalda y me inclino para besarlo, con los ojos abiertos, para lamer su labio cortado y besarlo, sentirlo engrosarse dentro de mí y nos unimos, conectados en todos los sentidos, y creo que nunca podré estar sin él. Nunca podré estar lejos de este hombre. Porque todavía tiene esas piezas que ha recolectado y no las quiero de vuelta porque nunca estaré completa sin él.

Pero a medida que pasa el orgasmo y nos acostamos jadeando juntos, el gran peso de la realidad regresa.

—Tengo que decirte algo —digo.

Se pone de espaldas, mira hacia el techo.

—Helena está embarazada.

Su reacción es diferente a lo que esperaba, asiente lentamente y la extraña mirada en sus ojos es casi resignada.

—¿Sabías? —pregunto.

—Me enteré la otra noche —dice, dirigiendo su mirada hacia mí.

—¿Cómo?

—Mi madre.

—¿Cómo lo supo?

—Eso ya no importa. Nada de eso importa.

Tengo que decir la siguiente parte. No quiero. Dios sabe que no quiero, pero tengo que hacerlo. Y sé que él también lo ha pensado.

—Podrías ser el padre.

Como si fuera una señal, mi teléfono que se está cargando junto a la cama zumba. Lo miro, lo veo vibrar a lo largo de la mesita de noche. Está boca abajo, así que no veo quién es. Lo alcanzo, pero es demasiado tarde y la pantalla muestra la llamada perdida.

Todas las llamadas perdidas.

Me siento y las veo. Me desplazo llamada tras llamada.

Sebastian.

Todas son de él.

Debe haber veinte intentos en las últimas veinticuatro horas.

Empujo mi cabello detrás de mi oreja. —Algo está mal.

Antes de que pueda llamarlo, vibra en mi mano. Es Sebastian de nuevo.

Deslizo para responder. —¿Diga?

Tengo razón. Algo está mal. Puedo oírlo en la forma en que respira. Lo siento en el peso del silencio.

—¿Dónde has estado? —Su voz es tensa, ronca, como si apenas pudiera pronunciar las palabras.

—¿Qué pasó? —Ya estoy gritando.

—Intentó llamarte. Yo lo intenté... —Su voz se rompe.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunto, de repente frenética—. ¿Dónde está Helena?

—Tienes que venir.

—¿Dónde está Helena? —grito.

—Las bebés. —Se detiene como si no pudiera seguir y el silencio se filtra en el vacío.

Las bebés.

—¿Qué? —Por fin pregunto, mi voz apenas está por encima de un susurro.

Sin embargo, no tiene que decirlo. Lo sé. Ya lo sé.

—Es demasiado pronto. Una...

GREGORY

—Pero... es muy pronto —dice Amelia.

Le quito el teléfono, presiono el botón del altavoz.

—Fue demasiado para Helena. Era demasiado pequeña para llevar cuatro... —Oigo la voz de mi hermano quebrarse.

Lo escucho quebrarse.

Pensé que disfrutaría ese sonido. Que me daría placer.

Un nuevo pánico se apodera de Amelia. Lo veo en su pálido rostro. —¿Dónde está mi hermana?

—Está en el hospital. Todas lo están.

—¿Ella está bien?

—Lo estará, físicamente —hace una pausa—. Tienes que venir ahora. Ella necesita que vengas.

Amelia solo asiente, aliviada, pero como si todavía lo estuviera procesando.

—Ve al aeropuerto. Ven en el siguiente vuelo que salga. Te enviaré dinero.

Los ojos de Amelia se encuentran con los míos.

Me aclaro la garganta, quito el altavoz del teléfono y me lo pongo en el oído. —La llevaré.

Silencio, luego: —¿Gregory?

—Dime en cuál hospital. La llevaré.

Espero. Ahora es su turno de procesar. —¿Qué demonios...?

—Podemos luchar cuando llegue allí, hermano. Envíame la dirección. —Cuelgo el teléfono y me levanto de la cama—. Ve a ducharte, empacaré algunas cosas —le digo a Amelia.

—Pero...

—Está a unas cuatro horas en auto de Venecia. Estaremos allí por la mañana si nos apresuramos. —Abre la boca para hablar, pero la interrumpo—. Hazlo.

El viaje a Venecia es tenso. Amelia está preocupada por su hermana. Está preocupada por los bebés. Y estoy seguro de que está preocupada por lo que dirá Helena cuando la vea conmigo.

A mí me importa un carajo lo que Sebastian o Helena piensen de Amelia y yo. Y Sebastian y yo tenemos que hablar. Pero nunca lo había escuchado como sonaba por teléfono hace un momento.

El teléfono de Amelia vibra con un mensaje de texto cuando estamos a media hora del hospital.

—Quiere que le envíe un mensaje de texto cuando lleguemos allá. Dice que será mejor si entro sola.

Salgo de la autopista, la miro. —¿Qué quieres?

—No quiero sorprender a mi hermana. Me refiero a que —se toca el pelo, que ha estado usando separado por un lado para cubrir el puñado que corté—, ya me veo muy diferente.

Asiento, aunque no estoy seguro de cómo me siento al respecto. No me esconderé de ellos.

Una lluvia helada está cayendo para cuando llegamos al hospital, mi hermano está esperando justo dentro de la entrada. Sale tan pronto como me acerco a la acera.

Amelia abre la puerta y sale, se detiene.

Me doy cuenta de que esta es la primera vez que lo ve desde la cosecha.

Después de apagar el motor, salgo, me encuentro con sus ojos mientras se acerca a nosotros. Llego a Amelia al mismo tiempo que lo hace él y paso a medio camino entre ellos.

—Hermano —digo.

—Me encargaré de ti más tarde —me dice. Se vuelve hacia Amelia. Nota su pelo más corto y oscuro—. Primero me explicarás todo. Ni una palabra a Helena. No quiero que se moleste, ¿entiendes?

Asiente con la cabeza.

Pongo los ojos en blanco, sacudo la cabeza y resoplo.

—Te llevaré a verla —dice Sebastian, ignorándome.

—¿Cómo está? —pregunta Amelia.

—Sobre todo asustada. Triste.

—¿Las bebés...?

—En incubadora. —Su frente se frunce—. Son tan pequeñas. Y una... ella es... el doctor no está seguro... —su voz se rompe.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Me mira, casi no responde, pero Amelia hace la misma pregunta.

—Helena comenzó a tener muchas contracciones. Había estado sucediendo durante días, pero sabes cómo es. Acabo por desestimarlo. No quería hacer más grande algo sin importancia. —Niega con la cabeza—. Para cuando llegamos aquí, había perdido mucha sangre. Casi sufre un choque hipovolémico. La llevaron a cirugía de inmediato. Ni siquiera supo lo que había sucedido hasta después. No sabían que se llevaron a las bebés.

—Dios —la voz de Amelia es un susurro.

—Ella casi...

Los ojos de mi hermano están inyectados en sangre, su cabello despeinado. Hay manchas de color rojo oscuro en los puños de su camisa de las que no creo que sea consciente.

—Vamos —dice Sebastian.

—Estacionaré el auto —digo. Amelia vacila, se vuelve hacia mí—. Te veré en unos minutos —le digo.

—Esperarás en el vestíbulo —me dice Sebastian mientras vuelvo al auto.

Lo dejaré pasar tomando en cuenta la situación.

En el espejo retrovisor, veo a Amelia y Sebastian desaparecer en el hospital. Encuentro un lugar de estacionamiento y vuelvo a la entrada unos minutos después, entrando justo cuando se abren las puertas del ascensor y mi hermano sale a saludarme.

AMELIA

Nunca había visto a Helena tan frágil como ahora que yace en esa cama de hospital. Nunca la había visto tan triste.

Pero cuando entro, ella se sienta, haciendo una mueca, y noto que está adolorida.

—Amy. —Mi nombre suena como una exhalación.

Sonrío, me apresuro hacia ella y la abrazo. Extrañaba a mi hermana. La extrañé mucho más de lo que me di cuenta, y no sé cómo podría haber pensado que la odiaba.

—Helena, lo siento mucho. —Por tantas cosas.

Me abraza con fuerza y me mantiene así durante mucho tiempo, oigo su llanto y la sostengo.

—Lo siento mucho —repito mientras me suelta, se recuesta en la cama mirándome, observando mi nuevo color de cabello. Sin embargo, todavía no quiero hablar de eso—. ¿Cómo están mis sobrinas?

Ella sonríe ante eso y acomodo una silla junto a la cama para sentarme.

—Creo que cabrían en las palmas de las manos de Sebastian —dice.

—Eso es pequeño.

—Sabíamos que serían pequeñas, pero esto es muy pronto. Una de ellas, el doctor no está seguro de que vaya a lograrlo.

—No, no digas eso. Está viva. Todas lo están. Y tú también. Eso es lo que importa.

Dios. Mi hermana. Si algo le hubiera pasado, no sé qué haría.

Ella asiente, y puedo verla enderezándose. —Tu cabello —dice finalmente.

Lo toco, miro los mechones oscuros. Creo que es hora de volver a mi color natural. Esta no soy yo. Ya no.

Considero mentirle al respecto. Decirle que era para una sesión fotográfica. Pero la idea de tejer otra historia es agotadora.

—Quería algo diferente —digo.

Me estudia y me pregunto qué ve.

—Amy, ¿dónde has estado? Te hemos estado llamando durante días.

¿Qué le digo? ¿Qué le he estado mintiendo? ¿Qué Gregory Scafoni me secuestró? ¿Qué estoy enamorada de él?

Abro la boca para responder, no estoy segura de lo que voy a decir, no quiero molestarla, no ahora.

—¿Dónde están las bebés? —pregunto en su lugar.

—En cuidados intensivos.

—¿Ya tienen nombres?

Me está analizando, sus ojos son intensos. —Samantha, por la madre de Sebastian; Libby;

Charlotte, solo porque me gusta ese nombre; y la más pequeña es Helena. Por la tía Helena —aclara.

—Entonces es fuerte. —Siento que mis ojos se llenan de lágrimas—. Todas las Helena son fuertes.

—Te ves diferente, Amy.

Solo la observo.

—¿Qué te sucedió?

Miro hacia abajo a mi regazo, limpio una lágrima solitaria.

—¿Dónde has estado? —pregunta.

En ese momento se abre la puerta y entra una enfermera, sonriendo y llevando una bandeja de comida. —Hora de desayunar —le dice a Helena, luego se vuelve hacia mí, me da un cálido saludo—. ¿Es tu hermana? Puedo ver el parecido.

—Soy Amelia —digo, agradecida por la interrupción mientras me pongo de pie y empujo la silla hacia atrás para hacer espacio para que ella deje la bandeja.

—No tengo hambre —dice Helena.

—Pero tienes que comer. Esas niñas necesitan que seas fuerte ahora.

Creo que Helena volverá a llorar.

Un médico entra hojeando un gráfico. —Buenos días, Helena —dice—. ¿Cómo te sientes esta mañana?

La enfermera se vuelve hacia mí. —El médico solo necesita unos minutos. ¿Te gustaría un café?

—Me encantaría. —Aprieto la mano de Helena antes de escabullirme—. Vi una cafetería en el vestíbulo —digo, dirigiéndome rápidamente al ascensor, desapareciendo en él antes de que pueda decir algo.

GREGORY

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le pregunto a mi hermano.

—No son tuyas —dice cortante.

No sé lo que espero sentir ante eso, pero no siento nada en absoluto.

—Hicimos pruebas desde el principio. Soy el padre —añade.

—Bueno, felicidades.

—No seas un idiota, Gregory.

Cierro la boca. Tiene razón. Ahora no es el momento.

—¿Cómo está ella? —pregunto, mi tono es sombrío.

—Estará bien. Si hubiéramos llegado un poco más tarde, no lo estaría.

Asiento, porque ante esto, sí siento algo. Alivio. —¿Y los bebés?

—Aún es pronto. Solo tenía veintiséis semanas de embarazo y tres son más fuertes que la primera. La primogénita.

—¿Estarán bien?

—Las tres tienen más posibilidades, pero todas son aguerridas. Como su madre.

—Y su padre. —Admito eso y nos estudiamos durante un largo minuto.

—¿Por qué está Amelia Willow contigo? —pregunta finalmente.

Por supuesto, iba a preguntar eso.

—Esa es una historia interesante —comienzo con una risita, y me doy cuenta de que es mal momento, pero nunca iba a ser un buen momento para contar esta historia en particular, así que cuando Sebastian me agarra por el cuello de mi camisa y me empuja hacia atrás contra la pared, no me sorprende.

Pero sí me enfada.

También lo agarro y lo empujo contra la otra pared. —Supongo que tenías razón. Quería mi propia chica Willow.

Giramos en un círculo lento en el vestíbulo, con las manos en la garganta del otro, es la forma en que siempre parecemos terminar cuando la conversación se dirige a las chicas Willow.

—Si lastimas a esa chica...

—¿Qué? ¿Crees que eres el único que tiene derecho a una?

—Solo hay una, lo sabes. Las reglas...

—Sí, bueno, supongo que ya no juego con esas reglas.

—¿Qué le hiciste?

—No *le* tuve que hacer nada, hermano. Supongo que ahí es donde diferimos.

El ascensor suena y Amelia sale, jadeando. Imagino cómo nos ve. Como si estuviéramos a punto de matarnos.

—¿Qué están haciendo? —grita.

Ni Sebastian ni yo rompemos el contacto visual, ni respondemos.

—¿Están locos? ¡Suéltense! —Amelia está a nuestro lado, una mano sobre cada uno de nosotros tratando de separarnos, y recuerdo este mismo escenario hace unos meses en la oficina de Joseph Gallo. Era Helena la que intentaba separarnos entonces.

—¿Te lastimó? —Sebastian le pregunta a Amelia, pero no deja de mirarme.

Resoplo.

Él aprieta el puño y yo aprieto el mío en respuesta.

—Si te obligó a hacer algo... si te lastimó de alguna manera, debes saber que lo mataré —me dice más a mí que a ella.

—Mi hermano, siempre el caballero blanco. No sabes ni la mitad, Amelia. Dime algo, Sebastian. ¿Es el embarazo la razón por la que tenías tanta prisa por deshacerte de mí? ¿Por lo que no luchaste contra mis exigencias?

—Ya te lo dije, yo soy el padre, no tú.

—Basta. Los dos. Es suficiente —interviene Amelia.

—Estoy seguro de que no lo sabías tan rápido —digo.

—Vuelve arriba, Amelia. Estaré allí en un minuto —dice Sebastian que suena más tranquilo de lo que yo me siento. Pero le dice a Amelia qué hacer, como si ella fuera suya, me enfada como ninguna otra cosa.

—No puedes decirle qué hacer. —Sale un gruñido.

—No voy a ningún lado hasta que se suelten —dice Amelia—. ¡Ambos están locos!

Sebastian finalmente se vuelve hacia ella, la mira. Su mirada cae sobre su cabello oscuro y cuando me devuelve sus ojos entrecerrados, puedo imaginar lo que está pensando.

—Te voy a matar —dice Sebastian, empujándome contra la pared—. Voy a matarte, carajo.

—¡Basta! —Amelia se pone entre nosotros justo cuando Sebastian se prepara para golpearme.

—¡Amelia! —La empujo porque va a terminar herida, y en ese instante de distracción, el puño de Sebastian choca con mi cara y por un momento todo se vuelve negro y tropiezo.

Amelia grita.

Sacudo la cabeza, me enderezo, me abalanzo sobre mi hermano, mi puño en sus entrañas lo hace doblarse con un gruñido.

—No es lo que piensas —grita Amelia—. ¡Deténganse!

Pero antes de que cualquiera de nosotros pueda dar otro golpe, aparecen cuatro guardias de seguridad, dos para cada uno de nosotros, tomándonos de los brazos y arrastrándonos a la lluvia helada. Están gritando algo, pero no puedo oírlos, y no creo que Sebastian pueda.

—¿Fingiste que era Helena? ¡Maldito enfermo!

Los guardias lo detienen y veo que Amelia nos sigue y espero que no haya escuchado eso, pero creo que sí.

—Lo hizo ella misma, imbécil. Se tiñó el cabello incluso antes de que la tomara.

—¿Tomara? ¿Qué hiciste, acecharla? ¿Secuestrarla?

—¿Es diferente a lo que hiciste?

—¡No tenía otra opción y lo sabes!

—Tenías muchas opciones, al igual que yo, pero ¿conoces la diferencia entre tú y yo, hermano? Lo acepto. Soy el puto dueño de mis decisiones. —Me encojo de hombros ante las manos en mis brazos—. ¡Suéltenme! —Pero no lo hacen.

Amelia está de pie en la entrada, con la lluvia helada empapándola.

Nos está empapando a todos.

—He terminado —les digo a los hombres, deteniendo mi lucha—. Acabé.

Me sueltan. Me dirijo a ella, luego miro a mi hermano. —Sí quería a Helena. Antes. Eso también ha terminado. Terminó esa noche en la casa de Lucinda. Y lamento lo que le ha pasado. A ambos. A esas bebés.

Voy hacia Amelia, miro su lágrima y su rostro empapado de lluvia. Toco su mejilla, siento la piel helada.

—Pero no lamento haberla tomado —le digo a Sebastian, pero miro a Amelia—. Y no voy a renunciar a ti. —La última parte se la digo solo a ella porque que se joda mi hermano. No le debo nada.

Envuelvo mi mano alrededor del brazo de Amelia y me dirijo a Sebastian a quien los guardias han liberado.

Me mira, luego a Amelia y creo que una palabra de ella y él me matará. Pero ella apoya su cuerpo contra el mío, desliza su mano libre en la mía dañada.

—Te amo —dice ella, y la sostengo más cerca y no voy a renunciar a ella y nadie me la va a quitar. Mataré a cualquiera que lo intente.

Sebastian se frota los ojos, la cara. —Carajo.

Los dientes de Amelia castañetean.

—Hace frío —dice él—. Llévala dentro.

GREGORY

Es por la tarde antes de que Sebastian regrese al vestíbulo, a la cafetería donde Amelia y yo estamos esperando. No dice mucho, solo hace gestos para que lo sigamos.

El viaje en ascensor es tenso, ninguno de nosotros habla. No estoy seguro de qué esperar cuando bajemos del ascensor y nos dirijamos juntos a la habitación de Helena, pero la mano de Amelia está sudada en la mía. Está nerviosa.

Sebastian entra primero, se para en la cabecera de la cama junto a Helena, que mira a Amelia como si la hubiera traicionado. Pero entonces su mirada cae sobre mí y esa mirada es diferente. Casi violenta.

La analizo. Es la primera vez que la veo en meses. Está pálida y puedo ver que está incómoda, pero, aun así, a pesar de todo, es Helena. Es hermosa y fuerte. Y todavía me odia.

—Helena —comienza Amelia.

—No —interrumpe Helena, su mirada se desliza hacia la mía durante un instante antes de regresar a su hermana—. No, Amy.

La mano de Sebastian está en el hombro de Helena, apretando un poco y me pregunto cómo se lo dijo. Qué le dijo.

—Ella es inocente —me dice Helena.

Levanto las cejas.

—Y tú eres un desgraciado.

—¿Y qué eres tú? —pregunto porque a la mierda este doble estándar. Que se joda.

—Cuidado —advierte Sebastian.

Miro la cara de mi hermano y veo lo mismo que veía todos los días en esa isla y no sé cómo no lo entendí entonces. Él la ama ferozmente. La protegerá con ferocidad incluso contra mí.

Y supongo que así es como debería ser.

—Deberías haberla dejado en paz, Gregory. No es correcto —dice Helena.

—¿No puedo opinar sobre esto? —pregunta Amelia.

—No tienes la culpa... —comienza Helena.

—Lo amo —suelta Amelia, interrumpiéndola. Helena desvía la mirada hacia su hermana, y se suaviza al instante—. Y no necesito que me protejas, Helena. Ya no.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes amarlo? —pregunta Helena.

—¿Soy tan terrible? —Interrumpo con un bufido.

—Cállate —me dice Sebastian, con los ojos entrecerrados.

Helena nos ignora. —¿Cómo puedes amarlo a *él*?

La forma en que lo dice, el *él*, casi escupiendo la palabra.

Siento que Amelia se endereza a mi lado. Está endureciendo su espalda. Ella desliza su mano

de la mía.

—De la misma manera en que puedes amarlo —dice, señalando a Sebastian—. No hay diferencia. La forma en que comenzó para nosotros es la misma en que comenzó para ustedes. Y luego sucedió algo. Igual que lo hizo para ustedes.

Amelia camina hasta la cama y se sienta en el borde. Veo las lágrimas que llenan los ojos de Helena mientras desliza su mano sobre la de su hermana.

—Cuando crecimos, había dos conjuntos de reglas —comienza Amelia—. Uno para ti y otro para el resto de nosotras. No era justo para ti entonces y no es justo para mí ahora.

—Éramos niñas. Era diferente, Amy. Han sucedido tantas cosas, algunas que no puedes saber.

—Pero lo sé, Helena.

Helena la mira fijamente, supongo que sin creerle.

—Sé lo que pasó —continúa Amelia—. Lo sé todo. Él me lo contó todo.

—¿Estás segura? —Puedo ver que Helena está desgarrada. Sé que no quiere lastimar a su hermana.

—Sí. Lo estoy. Lo sé. Sé sobre ti, él y ellos.

La mirada de Helena se desliza de la de su hermana hacia mí por un momento.

—Lo sé todo y no importa. Ya no. —Amelia se pasa el dorso de la mano por la nariz, se pone de pie—. Por favor, no me hagas elegir, Helena. No quiero perderte.

Helena la observa y veo la lágrima deslizarse por la mejilla de Helena y recuerdo esa vez en la isla y vuelvo a pensar en lo rápido que cambian las cosas. Como el amor, no, como la indiferencia puede convertirse en odio tan rápido. En un abrir y cerrar de ojos.

Sebastian se inclina, le susurra algo.

Niega con la cabeza, aparta la mirada.

Lo vuelve a susurrar y le besa la mejilla.

—Lo sé —dice. Nos devuelve la mirada—. Quiero hablar a solas con Gregory.

—No creo que sea una buena idea —dice Sebastian, mientras Amelia da un paso hacia mí.

—Por favor, esperen afuera. Los dos.

Sebastian se endereza, me da una mirada de advertencia. —No la molestes —me dice mientras pasa.

Amelia sigue a Sebastian a regañadientes. Cuando la puerta se cierra, Helena me mira.

—¿Qué? —pregunto, levantando las cejas, sin sentir el odio que quiero sentir.

—Ella es joven.

—Tiene la misma edad que tú.

—Sabes a qué me refiero.

—No es tan ingenua como crees. Y ella sabe lo que quiere.

—¿Y ella te quiere?

—¿Es tan difícil de creer? ¿Soy tan monstruoso?

Baja las pestañas y no estoy seguro de si su mirada cae en mi mano por accidente o no, pero jadea cuando la ve.

Me la meto en el bolsillo, enojado conmigo mismo por darle importancia.

Cuando vuelve su mirada a la mía, me mira diferente.

Extiende su mano.

Me quedo quieto.

—Por favor —dice.

—¿Qué quieres, Helena?

Se mueve, hace una mueca de dolor mientras se levanta un poco.

Mierda.

—¿Te están dando algo para el dolor? —pregunto. No quiero preocuparme.

Asiente. —Está bien. Estoy bien. —Me devuelve la mirada—. Te escuché, sabes.

Las lágrimas acumuladas dentro de sus ojos se derraman por sus mejillas y las limpia con el dorso de su mano y todo lo que puedo hacer es quedarme allí y observarla.

—La noche de la marca. Te escuché.

Saco la mano del bolsillo, me froto la nuca, aparto la mirada de ella.

—Bueno, también lo sentía —dice—. Lo *siento*. Lo que hicimos estuvo mal. Lo sabía, pero lo acepté, fue egoísta y lo siento, Gregory. Siento haberte lastimado.

Me encuentro con sus ojos.

Pensé que no había escuchado cuando le susurré mis disculpas. Pensé que estaba desmayada.

Está esperando a que diga algo, pero simplemente asiento con la cabeza. Se mueve de nuevo, se agarra el vientre esta vez.

Busco el control remoto para presionar el botón de llamada, pero ella lo retira.

—Estoy bien.

—No estás bien.

—Mi hermana...

—La amo, Helena. No la voy a lastimar. Pero no te estoy pidiendo tu bendición. Ninguno de nosotros. Sé, sin embargo, cuánto le dolería perderte de nuevo. Solo sé que la amo. Que es real con ella.

Me estudia durante mucho tiempo y finalmente vuelve a extender su mano. —Déjame ver tu mano.

Me siento en el borde de la cama, la sostengo.

Traza el patrón quemado en ella y hubo un tiempo en que habría sentido algo a su toque, pero ese tiempo ha pasado. Alza la mirada para verme.

—Me salvaste de esto.

—Te puse en esa posición en primer lugar.

Permanece en silencio durante un largo minuto.

—¿Has visto a las niñas? —pregunta.

Sonrío. Esta es su aceptación. Su disculpa. Su perdón.

El mío también, quizás.

—¿Mis sobrinas?

Asiente.

—Aún no.

—Sebastian debería llevarte —dice, pero su sonrisa es triste.

Muevo mi mano, así que estoy sosteniendo la suya y aprieto. —Sobrevivirán, Helena. No tengo ninguna duda.

Y así es.

AMELIA

Seis meses después.

Todas sobreviven.

Y tras todas las generaciones de hijas Willow de cabello rubio, todas se parecen a Helena, pero solo la más pequeña tiene la raya plateada en el cabello.

—Esta es ruda —digo, devolviéndosela a Helena.

Estamos paradas en el muelle, Gregory y yo preparándonos para irnos. El sol es cálido y brillante y el agua del Adriático refulge por toda la isla. Es un lugar mágico. Pero no es nuestro hogar.

—¿No puedes quedarte? —Helena vuelve a preguntar.

—Ya es hora de que regrese a mi vida y descubra qué haré con ella.

He estado con Helena en la isla desde que fue dada de alta del hospital. Gregory ha estado yendo y viniendo desde Roma gestionando las etapas finales de la construcción de la casa.

—Te voy a extrañar —dice Helena.

—Yo también.

Nos volvemos para ver a Sebastian y Gregory caminando hacia nosotras, Gregory cargando nuestras maletas, Sebastian sosteniendo a otra de las cuatrillizas.

Sebastian y Helena tardaron unas semanas en aceptar completamente que Gregory y yo estábamos juntos, pero lo hicieron, y los hermanos arreglaron las cosas. Me alegro por ello porque por mucho que Gregory nunca admitiría sentirse herido o extrañar a su hermano, sé que lo hizo.

—Estaba quejándose —le dice Sebastian a Helena sobre la bebé—. No quería que despertara a las otras dos.

—¿Lista? —pregunta Gregory.

Asiento. Por mucho que extrañe a mi hermana, espero con ansias el próximo capítulo de mi vida. Siento que es el primero en el que tengo el control. De mí misma. Mi destino.

Helena le entrega la bebé a Sebastian, que todavía se ve extraño sosteniendo a las pequeñas, aunque es un gran padre y cuida maravillosamente a Helena. Ella me envuelve los brazos y yo le devuelvo el abrazo.

—Navidad en Roma —digo—. Tendremos un mes completo juntas.

Helena me aprieta. —No puedo esperar. —Ella retrocede y vemos a Gregory cargar las

maletas en el barco—. Eres buena para él —dice.

Solo asiento, sin quitarle los ojos de encima.

Se vuelve hacia mí, me toca el pelo rubio. —Y esto me gusta más. —Lo teñí de nuevo a mi color natural poco después de nuestra reunión.

—A mí también.

Gregory vuelve y Helena sonríe. —Será mejor que cuides bien de mi hermana —le dice, y aunque se supone que es una broma, sé que también hay seriedad.

—Tú cuida bien de mis sobrinas —le contesta.

—Las has mimado. —Lo hace. Gregory es mejor con los bebés de lo que supuse que sería.

—Es mi trabajo —dice.

—Si necesitas algo... —Sebastian comienza a decirme.

—Demonios —Gregory lo interrumpe, me envuelve con un brazo—. Si necesita algo, me encargaré de ello.

Helena toma a ambos bebés y Gregory y Sebastian se dan la mano, luego se abrazan como lo hacen los hombres, con una palmadita rápida en la espalda. —Nos vemos en unos meses, hermano.

Gregory asiente. —Nos vemos en unos meses.

Subimos al barco y Remy nos conduce, el motor es fuerte, la brisa no es muy fría. Cuando son solo puntos en la distancia, Gregory envuelve su mano alrededor de la mía.

—¿Todo bien? —pregunta.

Me giro hacia él. —Sí. —Le quito el cabello arrastrado por el viento de la cara—. Sí, estoy bien.

Envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me acerca más y la forma en que me mira a veces, es como si él todavía no pudiera creer que sea real porque sé que yo no puedo. Lo más extraño es de donde venimos y como empezamos. Lo más imposible.

—Te amo —dice.

Se inclina hacia abajo y me besa, envuelvo mis manos alrededor de su nuca y le devuelvo el beso y cuando rompemos el beso, apoyo mi mejilla en su pecho y cierro mis ojos.

—Yo también te amo.

GREGORY

Amelia no ha visto la casa en seis meses. El sol se está poniendo a medida que nos acercamos y me doy cuenta de que es la primera vez que la ve después del deshielo de la nieve.

Este invierno fue duro, con más nevadas y hielo de lo que la ciudad ha visto en cien años. Encaja, en cierto modo. Durante mucho tiempo, se sintió como si ella y yo estuviéramos congelados en el tiempo. Como si ninguno de nosotros pudiera ir más allá de lo sucedido.

Presiono el botón para abrir las puertas y ella se sienta, mirando ansiosamente hacia adelante, mirando hacia todas partes, contemplando los exuberantes jardines verdes, el agua que fluye de la fuente que una vez fue solo roca desmoronada.

Estaciono el auto, salimos, la miro y sonrío.

—Vaya —consigue decir cuando voy hacia ella, tómala de la mano—. Es hermoso.

—Espera a que veas el interior.

La acompaño y viene Irina a saludarnos, seguida de Matteo. El olor del pan casero flota en el aire y las habitaciones son luminosas con la luz del sol que entra por las ventanas.

—Se siente más brillante —dice Amelia.

Tiene razón, así parece, aunque físicamente nada ha cambiado.

Matteo lleva nuestras maletas y entramos en el salón.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

Su mirada vuelve hacia el pasillo que conduce a la biblioteca. —No —responde ausente—. Aún no.

Irina asiente y desaparece en la cocina.

—Ven —digo, acompañándola hacia la biblioteca.

Ella duda.

Me dirijo a ella, me encuentro con sus ojos cautelosos. —Está bien.

Ella asiente, me deja acompañarla a ese pasillo que ya no es tan oscuro ni tan frío. Abro la puerta de la biblioteca, y está inundada de luz y ella sonríe ampliamente porque he reemplazado los vitrales oscuros con colores que combinan con el fresco del jardín restaurado sobre nuestras cabezas y estamos bañados en azules suaves, amarillos brillantes y rosas profundos.

Todo lo que era oscuro ahora es luz.

El laberinto de estanterías está despejado, solo permanecen los libros que podían ser salvados. Tres paredes componen las estanterías ahora, todas apiladas con libros y en lugar del único sillón viejo, hay dos aquí ahora. Uno para ella y otro para mí.

—La puerta —dice, mirando hacia donde estaba la puerta que conducía a las catacumbas.

—Está sellada. Los estantes fueron integrados en la pared.

Me mira.

—¿Recuerdas el ruido ese día?

Ese día.

Asiente. Sabe a qué día me refiero.

—Fueron las piedras que cedían. Los huesos de la niña estaban enterrados detrás de ellas.

—¿Qué?

—La niña que vivía aquí.

—Tal vez era ahí a donde ella me estuvo guiando todo el tiempo. Quería que la encontraran.

—Tal vez.

—¿Estás seguro de que eran de ella?

—Sí. ADN. Suyos y de su cachorro. Ha sido enterrada junto a su madre en una tumba adecuada.

—Me alegro. Espero que esté en paz.

Camina por la habitación, toca algunos de los lomos de los libros.

La miro, pienso en la luz aquí y creo que tiene que ver con ella. Creo que trae luz a esta casa.

A mi vida.

Meto la mano en mi bolsillo y camino hacia ella.

Baja el libro que estaba mirando, me mira y me conoce tan bien ahora. Como si estuviera completamente en sintonía conmigo. Como si fuera una parte de mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con una sonrisa.

Extiendo mi mano, abro mi palma.

En su interior hay un anillo. Una banda de platino y diamantes rodeando un zafiro perfecto que palidece junto a sus hermosos ojos.

El diseño es complicado y único, como ella.

Lo mira, se toca la boca con los dedos de una mano como si no pudiera creerlo, toca la banda con los dedos de la otra. Vuelve sus bonitos ojos hacia mí, busca los míos.

—Quiero casarme contigo —digo.

Se ríe con una extraña risita nerviosa. Vuelve a mirar el anillo en mi mano.

Tomo su mano izquierda, deslizo el anillo sobre su dedo.

—¿Por qué?

La miro, me río con un movimiento de cabeza. —Haces las preguntas más extrañas en los momentos más extraños.

Ella mira nuestras manos y yo le pongo el anillo en el dedo. Le queda perfecto.

Tomo su cara en mis manos y la inclino hacia arriba. —¿Te casarías conmigo, Amelia?

Una lágrima se desliza por su mejilla, pero su boca forma una sonrisa y ella asiente. —Sí. Sí, Gregory. Me casaré contigo.

EPÍLOGO 1

SEBASTIAN

Navidad

Mi hermano me hace parecer un imbécil, pero solo estoy protegiendo lo que es mío. Lo que siempre ha sido mío. Él habría hecho lo mismo si hubiera estado en mis zapatos. Y ahora lo hará con Amelia Willow.

Pero el tiempo sí sana.

Gregory y yo no somos cercanos, pero nunca lo fuimos realmente. Sin embargo, ahora que tiene a Amelia, todo es diferente. Él es diferente. No tan ansioso ni ambicioso. No tanto en el exterior, tal vez.

—Esto es incómodo —dice Gregory, entrando en la sala de estar.

Lo miro y tengo que estar de acuerdo. El esmoquin *es* incómodo. Tiro del cuello del mío.

—No comerá si te escucha —dice Helena—. ¿No puedes ir a otro lugar?

Gregory le sonríe, camina hacia donde la pequeña Helena acaba de ignorar la botella y está buscando a su tío. Le da una sonrisa enorme en cuanto lo ve.

—No —dice Gregory.

Pongo los ojos en blanco mientras Gregory se agacha para tomar a la bebé y el biberón.

Ella se ríe cuando Gregory le hace cosquillas en el cuello y es el turno de Helena de poner los ojos en blanco.

—Así es, cariño. Tu tío favorito está aquí —se burla Gregory, tomando asiento y deslizándole la botella en la boca—. Tal vez puedas escupir en mi chaqueta para que tenga una excusa para quitármela.

—Eso no sucederá. Tengo otra. Si tengo que usar una, tú también —digo, mirándolos juntos. Observando como la pequeña Helena tiene su diminuta mano en su barbilla y lo está mirando mientras bebe su biberón.

Él también la está viendo, haciendo caras. Unas graciosas. Verlo así es muy extraño.

Helena viene a mí, se posa en mi regazo, los mira también, luego se vuelve hacia mí para darme una cálida sonrisa, colocando su brazo alrededor de mis hombros.

—Es raro —susurra.

—Lo sé. —Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura.

Es el día de Navidad y estamos reunidos en la casa de Gregory a las afueras de Roma. Y hoy es la boda. Me siento feliz por él. Por ambos.

—¿Estás bien? —le pregunto a Helena cuya expresión es más seria mientras los observa.

Se gira hacia mí. —Sí. Todo ha sucedido tan rápido. Para nosotros. Para ellos. Pero está bien. Es algo bueno.

Irina entra cargando a Libby que está bien despierta.

—Acabo de alimentarla, pero creo que quiere a su mamá.

Pero cuando camina hacia nosotros, Libby me extiende los brazos, su bonita carita resplandece con una sonrisa.

Helena se para mientras tomo a Libby, mi sonrisa se ensancha cuando me agarra las mejillas. Helena se inclina para darle un beso encima de la cabeza.

—Será mejor que vuelva con Amy —dice.

—Deberíamos salir pronto.

—El sacerdote esperará —dice Gregory—. Le estoy pagando lo suficiente para hacer esto hoy.

—Solo quiero asegurarme de que volvamos a tiempo para abrir la montaña de regalos para las niñas —digo, levantando las cejas—. Te das cuenta de que este día no es diferente a cualquier otro día para ellas, ¿verdad? Quiero decir, son muy pequeñas para saber que es Navidad o que su tío las mima.

—No me mires. Todo eso fue Amelia.

—Como su hermana. Mimándolas —le digo a Libby, haciéndole cosquillas en la nariz con la mía, tratando de que se suelte el puñado de pelo que tiene.

Las niñas están vestidas con bonitos vestidos blancos, listas para la ceremonia. Charlotte y Samantha siguen durmiendo en sus asientos de seguridad.

Me encuentro con la mirada de mi hermano cuando mueve a la bebé sobre su hombro, dejando el biberón vacío a un lado y frotándole la espalda. Ella le pone la cabeza encima, contenta.

—Míranos —digo—. Nunca hubiera adivinado que sería aquí donde estaría. Donde estaríamos.

Gregory sonríe. —Ni me lo digas.

Hay un minuto de silencio. —¿Todo bien? —pregunto.

Nunca hemos hablado realmente de esto. De cómo se fue. Hablamos sobre el contrato que le hice firmar para mantenerlo alejado de Helena antes de renunciar a mis derechos sobre su parte de la herencia.

—Sí. Todo bien, hermano —dice.

—Me alegro.

La pequeña Helena deja salir un pequeño eructo que nos hace sonreír mientras escuchamos el sonido de los talones en las escaleras. Caminamos hasta el borde de la sala de estar y miro a mi hermano mientras primero pone los ojos en Amelia y mi sonrisa se ensancha. Pongo a Libby en un brazo y le doy una palmadita en la espalda con la otra mano.

Él me mira.

—Dámela —digo, extendiendo mi brazo hacia la bebé—. Ve con tu chica.

Sonríe, me entrega a Helena y vuelve la mirada a las escaleras mientras Amelia desciende, vistiendo un vestido hecho a mano de encaje blanco con mangas largas, un escote alto y una generosa falda hasta el suelo.

Helena la sigue de cerca con el largo velo recogido en sus brazos.

Luce preciosa, las dos lo están.

Una vez que llegan al primer piso y Gregory toma las manos de Amelia, Helena viene a mi

lado y tiene lágrimas en los ojos y una sonrisa satisfecha en su rostro.

Beso su mejilla. —Te amo, ¿lo sabes? —susurro.

Me mira. —Nunca dejas de decirme eso.

Irina viene para llevarse a las bebés, y yo tomo a mi esposa en mis brazos.

EPÍLOGO 2

GREGORY

El regalo

—No se supone que me veas antes de la boda. Da mala suerte —dice Amelia una vez que todos han salido a asegurar los asientos de seguridad y estamos solos en la casa.

—Creo que tú y yo tenemos muchísima buena suerte —le digo, metiendo un mechón de cabello rubio detrás de su oreja—. Luces preciosa. —La atraigo hacia mí, me gusta la parte posterior del vestido ya que es a la vez recatada y sensual.

Se sonroja y aparta la mirada. —Gracias. Tú también.

—El esmoquin es incómodo.

—Ya supéralo.

Me inclino para besarla ligeramente en los labios. —Estoy ansioso por quitarte ese vestido.

—¿Tu cerebro nunca va a ningún lugar que no sea sucio?

—Rara vez.

La puerta se abre y Sebastian asoma la cabeza. —¿Están listos?

Amelia abre la boca para responder, pero la detengo. —Los seguiremos. Adelántense.

Sebastian se toma un momento para estudiarnos, asiente y desaparece.

—Vamos a llegar tarde —dice Amelia.

—Somos el evento principal. Esperarán.

La llevo a la sala de estar, busco entre los regalos apilados para las niñas y elijo el que quiero. Se lo ofrezco.

—Haremos lo de los regalos después —dice, mirándolo.

—Solo uno. De todos modos, esto es solo para nosotros.

Ella extiende la mano, lo toma, me da una mirada extraña cuando se da cuenta de que es solo una hoja de papel enrollada.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Tira de la cinta para desenvolverlo lentamente, despega el papel decorativo para desenrollar lo que hay dentro. Lo estudia, frunce el ceño y me mira.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Bueno —digo, girando la hoja para que ambos la veamos—. Esto me representa...

—Pero es un cráneo parcial.

—Mi lado oscuro. —Le guiño un ojo—. Y este, este eres tú en caso de que no estuvieras segura. —Pero debería estarlo porque los ojos son perfectos. Y la forma en que me sostiene la cara y me besa, bueno, ella debería saberlo—. El ave...

—Es el que siempre veo.

—Un nuevo comienzo. Borrando literalmente el pasado.

—¿Un tatuaje?

Asiento. —Aquí —toco el lugar donde la escena inacabada del poste de los azotes está en mi espalda.

Las lágrimas llenan sus ojos y ella me mira desde la hoja y cuando la tomo en mis brazos, enjugo la lágrima que se desliza.

—Tu maquillaje —digo, aunque no me importa si tiene rayas negras en la cara. Ella seguiría siendo la mujer más bella que he visto en mi vida.

—Te amo tanto, ¿lo sabías?

—Eso espero, teniendo en cuenta que estás a punto de casarte conmigo. —digo, tratando de aligerar el momento. La aprieto más cerca. Juro que nunca estaré lo suficientemente cerca. No con ella—. Te amo, Amelia. No me imagino estar sin ti. Y no quiero que me mires, ninguna parte de mí, y pienses que no lo eres todo.

Apoya su cabeza en mi hombro y toca mi mejilla.

—Porque lo eres. Tú eres mi todo.

MUESTRA DE DAÑO

GABRIELA

Una mirada alrededor me dice que estoy sola. Pero la puerta del dormitorio está abierta. Sé que la había cerrado cuando me fui.

Camino hacia ella. No hago un sonido.

Nadie debería estar aquí arriba. El soldado no habría dejado subir a nadie.

Empujo la puerta más y entro. El olor, es más fuerte aquí y me está dando náuseas.

La habitación está demasiado oscura para ver y estoy a punto de encender el interruptor de la luz cuando una figura se mueve. De pie, de espaldas a las ventanas, la luz crea una especie de halo a su alrededor y él tiene la ventaja. No puedo ver su rostro, pero él puede ver el mío con esa misma luz.

Trago saliva, trato de hablar.

—Se supone que no deberías estar aquí —logro decir finalmente, sintiendo algo peligroso. Y recuerdo que por todos los amigos que mi padre ha comprado, el número de sus enemigos es el doble.

—No, no debería —dice el hombre, su voz tiene un timbre profundo y seguro que me hiela la columna.

Da un paso adelante y doy uno hacia atrás, mi mano se cierra sobre el pomo de la puerta detrás de mí.

Peligro.

Emana de él.

—¿Qué es ese olor? —pregunto antes de que pueda detenerme.

—Morgue —responde, su voz baja y dura.

Camina hacia mí, sin vacilar en su paso, y antes de que pueda moverme, está parado a solo unos centímetros de mí.

El olor se aferra a él y me está enfermando. Cuando retrocedo, él se inclina hacia mí y abro la boca para gritar justo cuando algo hace clic.

Por un momento, creo que es un arma.

Pero entonces la habitación se baña en una luz suave y dorada. Acababa de alcanzar para encender la lámpara en la mesa a mi lado.

Exhalo, pero mi alivio es de corta duración.

El hombre es más alto que mi padre. Él es más de treinta centímetros más alto que yo y estoy usando tacones de diez centímetros.

Su cabello despeinado es oscuro, ojos color avellana y creo que está borracho. Él debe estarlo. Solo un borracho entraría en el dormitorio de la hija de Gabriel Marchese.

O uno con un deseo de morir.

—¿Quién eres? —pregunto.

No me responde, sino que estudia mi rostro. Sus ojos se entrecierran mientras me observa, su mirada baja hasta el oleaje de mis pechos levantados y empujados por este ridículo vestido. Es, como las rosas, rosa. Un rosa champán suave. Un color que no detesto.

—Vine con un regalo —dice.

Mete la mano en el bolsillo y, por un momento, me pregunto si sacará un cuchillo o una pistola. Si me va a matar después de todo. Porque sé que este hombre no es amigo de mi padre. Ni siquiera un socio comercial. Y por primera vez en mi vida, pienso en la protección bajo la que siempre he vivido. La protección que a menudo se sentía más sofocante que cualquier otra cosa.

—Es tu cumpleaños, ¿no? —pregunta, ladeando la cabeza, poniendo una mano en la puerta sobre mi cabeza. Se inclina tan cerca que puedo sentir el calor saliendo de su cuerpo.

Trago.

—¿Cómo llegaste aquí? —Hay guardias por todas partes.

Deja que lo que sostiene cuelgue y mi mirada se desplaza hacia él, hacia el colgante que cuelga de una cadena de oro. Está demasiado oscuro para distinguir los detalles.

—No deberías estar aquí arriba. La fiesta…

—No estoy aquí para la fiesta. Estoy aquí por ti, Gabriela.

Se me hela la sangre con sus palabras.

Mi padre, por mucho que odie admitirlo, me asusta. Pero este hombre es aterrador.

Sus labios se curvan en algo malvado. Una sonrisa. Una burla. Me pregunto si puede sentir mi miedo. Tal vez lo huele emitiendo mí. Los hombres así pueden, ¿no?

—Date vuelta.

—¿Por qué? —pregunto débilmente.

—Así puedo darte tu regalo de cumpleaños.

—No quiero…

—Dije que te dieras la vuelta.

Debería gritar. Alertar a un guardia. Hay un montón de ellos. Pero sigo mirando sus ojos color avellana y pienso en lo extrañamente hermoso que es, incluso para lo jodido que parece. Tan borracho como obviamente está. Como loco.

—Por favor, solo vete —me las arreglo.

—Date. La vuelta.

Es una orden.

Trago. Me giro.

Mueve su mano por encima de mí una vez que estoy de espaldas a él, así que cuando levanta la cadena sobre mi cabeza y la baja para colocar el colgante contra la hinchazón de mis pechos, huelo ese olor de nuevo. En las mangas de su traje. En la piel de sus manos.

Miro hacia abajo al colgante, pero lo tira más alto para que no pueda verlo. En cambio, noto el anillo en su dedo, un anillo pesado y oscuro.

Pero luego esos dedos tocan mi piel y es como tocar un cable con corriente. Jadeo, escucho el martilleo de mi corazón, me pregunto si él lo escucha. Si siente ese choque de electricidad.

No me muevo mientras tira de la cadena con fuerza, el colgante en mi garganta. Él tira y un nuevo pánico se apodera de él. Creo que me va a estrangular con él.

Hago un sonido, un gemido patético. Debería gritar, pero es como si mi garganta se hubiera cerrado.

—Está roto —dice—. Eso es de mala educación, ¿no? ¿Darte un regalo roto? —Su voz

profunda es baja, su aliento en mi cuello enviando una extraña sensación por mi columna—. Pero así es como lo conseguí, también.

Me doy cuenta de lo que está haciendo. Está atando la cadena. Debe ser eso.

Extiendo mi mano para tocar el colgante y cuando lo hago, algo crujiente se desprende.

Una mirada a mis dedos muestra una escama de color rojo oscuro y sé que es sangre. Lo sé.

Mi estómago se agita y aprieto mis músculos, tratando de sofocar las ganas de vomitar.

—Listo —dice. Huelo *whisky* en su aliento ahora que está más cerca y lo escucho inhalar mientras la piel de su mandíbula rasca mi hombro desnudo y me estremezco.

Sin inmutarse, inclina mi cabeza hacia un lado y presiona sus labios en la curva de mi cuello. A mi pulso.

Se me corta el aliento y no puedo moverme.

Esto no es un beso, no.

Este hombre no me está besando.

Pero sus labios son cálidos. Y ese repugnante olor a químicos y muerte, me va a enfermar. Debe sentir que mis rodillas ceden porque envuelve un brazo poderoso y musculoso alrededor de mi cintura, apretando su agarre mientras me sostiene contra él.

Acerca su boca a mi oído respira hondo.

—¿Sabes quién soy? —pregunta en un susurro que hace que se me erice el vello de la nuca.

Sacudo un poco la cabeza.

Me gira para que esté frente a él, me presiona contra la puerta con una mano en mi vientre mientras los dedos de su otra mano recorren la línea de mi clavícula y tocan el colgante.

Cuando finalmente me encuentro con su mirada, lo que veo en sus ojos me hace sentir frío.

—Stefan Sabbioni —dice—. El hermano de Antonio.

Esos nombres no significan nada para mí. ¿Deberían significar algo?

—Y quiero que le des un mensaje a tu padre de parte mía —comienza, haciendo una pausa tan larga que parece que el aire es más pesado por las palabras no pronunciadas. Para las que aún están por llegar—. Dile que volveré para llevarme algo valioso también.

Pasa una eternidad antes de que retroceda.

Se me doblan las rodillas y agarro el pomo de la puerta para permanecer erguida. De repente hace mucho frío en mi habitación y estoy temblando.

—No te olvidarás de darle mi mensaje, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Es todo lo que puedo hacer.

Él asiente, entrecerrando los ojos, una sonrisa que no es una sonrisa en absoluto tira de las comisuras de su boca hacia arriba.

—Feliz cumpleaños, Gabriela —dice y, con eso, se va.

¡Puedes encontrarlo *Daño (Daño Colateral nº 1)!*

ACERCA DEL AUTOR

Natasha Knight es la autora más vendida del *USA Today* de novelas románticas de suspenso y romance oscuro. Ha vendido más de un millón de libros y ha sido traducida a siete idiomas. Actualmente vive en los Países Bajos con su esposo y sus dos hijas y cuando no está escribiendo, está paseando por el bosque escuchando un libro, sentada en un rincón leyendo o explorando el mundo siempre que puede escaparse.

